

EL SECUESTRO

SERIE DAVID RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

EL
SECUESTRO
SERIE DAVID RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *El secuestro*
© 2019, Alfredo de Braganza

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2019, Alfredo de Braganza

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: UN TRAJDOR ENTRE NOSOTROS

1

2

3

4

5

6

SEGUNDA PARTE: MISIÓN ENCUBIERTA

7

8

9

10

11

12

13

14

15

TERCERA PARTE: UN HOMBRE PELIGROSO

16

17

18

19

20

21

22

23

CUARTA PARTE: LA CHICA ESPAÑOLA

24

25

26

27

28

29

30

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTRAS OBRAS DEL AUTOR](#)

A Fuld, a Jesner y a Lubarsky
Para mis hijos

Los amigos suelen abandonarnos a la hora de la desgracia; los enemigos nos siguen hasta la muerte.

CONDE DE ROMANONES

PRIMERA PARTE
UN TRAJDOR ENTRE NOSOTROS

David Ribas se encontraba tumbado en la cama contemplando el ventilador de techo, que giraba frenéticamente sus aspas. Los incesantes ruidos de vehículos, el parloteo en hindi y en urdu y los olores nocturnos de Nashik —a humo rancio, a comida frita callejera con mantequilla, a las *dosas* y a jugo de betel— se elevaban desde la calle al interior de la habitación número ocho del hostel Babasaheb.

Desde que se formó como municipio bajo la colonia británica en 1864, la ciudad de Nashik, a tres horas y media de Bombay por carretera, siempre había destacado como un centro de actividades revolucionarias.

Convertida en el siglo XXI como un centro industrial floreciente, y también educativo, era ya una ciudad similar a Gurgaon o Bangalore: un centro mundial de subcontratas, donde grandes corporaciones extranjeras de tecnología, del sector automovilístico y de la construcción se habían instalado en ella.

Pero también era conocida por ser un conglomerado de centros de atención al cliente, donde los empleados de las empresas subcontratistas trabajan en horario laboral de Estados Unidos, con auriculares inalámbricos sobre sus cabezas. Por eso en aquella hora de la noche las calles estaban llenas de vendedores ambulantes de té y comida frita que ofrecer a los empleados durante sus recesos laborales.

David suspiró y cerró los ojos. Durante un instante rememoró imágenes de su pasado: la primera vez que llegó a la India con su mujer, cómo el viento movía su cabello en el interior del vehículo que los conducía al hotel Taj Mahal Palace de Bombay, su risa, su alegría, su entusiasmo; el momento en que, entre lágrimas, le dijo que estaba embarazada, la cena en el restaurante, y, de repente, los ruidos de las explosiones, el tableteo de los fusiles de asalto. Había pasado mucho tiempo y parecía que había sido ayer.

El teléfono móvil no dejaba de sonar. Abrió los ojos. Extendió el brazo hasta la mesilla de noche al tiempo que se incorporaba y accionaba el botón verde.

—¡David! Soy Himanshu. El grandullón ya está aquí.

Era hora de irse.

Se encontraba desde hacía dos días en la ciudad de Nashik con intención de matar a un hombre. Se llamaba Vijay Chopra, un asesino a sueldo.

Decían de él que poseía una elevada estatura, de más de metro noventa, y un peso superior a los ciento treinta kilos. Operaba en Calcuta y se había oído decir que había llevado a cabo asesinatos en Nueva Delhi por orden de políticos y empresarios. Ahora tenía intención de asesinar a Hassena, la jefa del crimen organizado en Bombay.

Vijay se había hospedado en la ciudad de Nashik para no levantar sospechas entre los muchos empleados de Hassena que operaban por las calles de Bombay. Sin embargo, había sido un confidente de ella en Calcuta quien la había avisado del nuevo objetivo del sicario y dónde se alojaría.

Hassena había enviado a su mejor hombre: un español que vivía en la clandestinidad en la India y a quien habían dado por muerto en su país de origen tras el asalto al hotel Taj Mahal

Palace de Bombay, donde casi doscientas personas perdieron la vida y más de trescientas fueron heridas.

Tras cruzar a zancadas el vestíbulo, en cuanto salió agilizó el paso hacia un coche aparcado en una calle paralela a la principal, en la que no había mucha actividad.

Abrió una de las puertas traseras y entró en el vehículo. Himanshu, sentado frente al volante, se giró hacia atrás. Tenía una frente muy arrugada, su piel era muy oscura y su ancha nariz dominaba su rostro.

—Ha entrado con una chica.

David se agachó y de debajo del asiento del copiloto extrajo un envoltorio pesado. Abrió las hojas de papel de periódico y sacó una Glock.

—Será una prostituta que ha conocido en el burdel que ha estado frecuentando —dijo David comprobando que el arma estaba bien cargada y lubricada.

—Me ha parecido algo sofisticada. Era muy atractiva. De hecho, estoy seguro de que es una actriz de cine.

—Venga, hombre.

—Con lo que gana en su trabajo se puede permitir un servicio de acompañantes. Pero yo juraría que era una actriz de cine de Hyderabad.

—¿Has visto entrar a alguien más?

—¿Quieres decir si hay alguien más en el apartamento?

—¿Tú qué crees que te estoy preguntando?

—No. No ha entrado ni salido nadie más. Ya te dije que, por lo que me han informado, este hombre trabaja solo.

Al cabo de media hora llegó un taxi. Aparcó frente a la entrada, iluminada por la potente luz amarilla de una farola. A los cinco minutos, una atractiva joven salió del edificio.

David la observó desde la distancia. Era sofisticada, con clase. Himanshu tenía razón, era una actriz de cine regional. Había visto su foto en carteles pegados en las paredes anunciando una película mediocre de acción, explosiones y romance en la que se le veía vestida con un ceñido traje de color rojo.

—Ves, es ella —dijo en tono ufano Himanshu—. Es la actriz de la película *Mahashainik Returns*.

Durante dos días se habían estado turnando para vigilar aquel apartamento. David había hecho el turno de día antes de retirarse a descansar en el hostel. Dejaron pasar quince minutos.

—No voy a esperar más —sentenció David.

—¿Quieres decir que vas a entrar ahora?

—Pero vamos a ver, ¿tú entiendes lo que yo digo en hindi?

—Solo quería estar seguro.

David le tocó el hombro para que se girase y le mirase a la cara.

—¿Seguro de qué? Tú estás aquí para hacer un trabajo de vigilancia, no para entrometerte.

Ya estaba cansado del comportamiento de aquel hombre. El día anterior no estaba dentro del vehículo, sino varios metros más allá, en cuclillas, haciendo sus necesidades. Y después, como si tuviese todo el tiempo libre del mundo, se fue a comprar un zumo de fruta.

David le esperó veinte minutos hasta que entró en el coche. Le tuvo que recriminar que durante ese tiempo alguien podía haber entrado en el apartamento.

Era importante saber si el sicario estaba acompañado o no. Como asesino profesional, Vijay Chopra nunca viajaba con su propia arma, sino que un contacto se las hacía llegar para cometer el crimen por el que estaba contratado. De ese modo, al analizar la munición utilizada los

investigadores policiales no sabrían el paradero del dueño del arma ni del asesino.

David salió del vehículo, se colocó el arma en la cintura trasera del pantalón y se dirigió con paso decidido hacia la entrada del edificio.

Un ruidoso autobús pasó por la calle principal tocando su ensordecedor claxon, sin duda para amedrentar a algún vehículo que tendría por delante. Un perro apareció de pronto cruzando la acera, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Otro perro ladraba desde la distancia.

Una vez dentro, se detuvo en el rellano de la escalera para comprobar si se oía algo. Sacó el arma y subió despacio las escaleras, manteniendo la espalda pegada a la pared con movimientos precisos y sigilosos.

Cuando llegó a la primera planta, pegó el oído a la puerta de la izquierda. No se oía música. Ningún indicio de que estuviera alerta, en la ducha o hablando con alguien por teléfono. Nada.

Sacó la copia de la llave que habían obtenido antes de que llegase Vijay Chopra a la ciudad. La adrenalina le tensó los músculos. Abrió muy despacio la puerta y con el mismo sigilo la cerró tras él. Levantó el arma apuntado hacia el interior.

No detectó ningún movimiento, lo que le llamó la atención para poner todos sus sentidos en alerta.

—Te estaba esperando —dijo una voz de hombre amortiguada desde el interior.

A David le invadió una nueva ráfaga de adrenalina. Pero de nuevo se puso en alerta. Era una trampa. Entró en el salón con el arma dispuesta a disparar.

Vijay estaba de espaldas, observando tras los cristales de la ventana el fondo de la calle nocturna. Se giró y entornó los ojos ante la presencia del español.

Por un momento, una serie de destellos de luces de vehículos se reflejaron en las ventanas y parte de la estancia, iluminando el rostro de los dos hombres. Pero enseguida la habitación quedó sumida otra vez en la penumbra.

—No vas a disparar a un hombre desarmado, ¿verdad? —dijo Vijay encendiendo el interruptor de la luz.

Aquel tipo era como le habían descrito a David: un hombre muy alto y musculado, capaz de intimidar a cualquiera con su sola presencia física. Era calvo y de cuello grueso. Solo le faltaba el bigote para parecer el forzudo de un circo.

Vijay le miró fijamente. Su expresión atrevida era una parodia de condescendencia divertida. Miró a los ojos del español, se fijó en la pistola y volvió a mirarle a los ojos. Ambos intercambiaron las miradas con las que todo luchador en la arena toma conciencia exacta de la fuerza que posee el otro.

En la mente de David comenzó a sopesar la situación. Aquello estaba planeado con antelación. Le estaba esperando. ¿Habría recibido un soplo? ¿Los había visto vigilando el apartamento? ¿Les había delatado una indiscreción de Himanshu? Sí, esto último era lo más probable que hubiera ocurrido, pensó. «Maldito sea Himanshu», se dijo así mismo.

En alguna parte de la estancia se oyó un ruido metálico. Supo enseguida de qué se trataba. Se giró y levantó el arma hacia esa dirección. Efectuó dos disparos con el ruido seco de un profesional bien entrenado. Los dos fueron a incrustarse en la cara de un hombre de su misma estatura. El desconocido cayó al suelo soltando la pistola que tenía en las manos.

Acto seguido, Vijay le embistió. Pero David lo vio venir. Se hizo a un lado y el hombre acabó rodando por el suelo.

David retrocedió, se colocó el arma a la espalda y dijo:

—Bien, quieres jugar sucio, ¿no es así?

Vijay gruñó, poniéndose de pie, y exclamó unas palabrotas.

—Buen movimiento —dijo mientras se levantaba.

El hombre le embistió de nuevo con una rapidez sorprendente. David se inclinó y se incorporó con toda su energía, levantando del suelo a su adversario y tirándolo al aire, aterrizando de nuevo en el suelo.

Vijay volvió a levantarse con agilidad, sacando una navaja militar oculta en su tobillo derecho.

—Vuelves a jugar sucio.

—Eres hombre muerto, *firangi*, extranjero.

David extendió los brazos, como si fuese a abrazarle. Esquivó un zumbido que cortó el aire, y otro más. Tras este último movimiento le lanzó un puñetazo al escroto. El hombre se quedó sin aire y se dobló sobre sí mismo. En aquel instante determinado le dio un golpe en el antebrazo, que le hizo soltar la navaja, y le dobló el brazo al tiempo que le golpeaba en una pierna, haciéndole perder el equilibrio. Cayó de rodillas y entonces le arremetió dos golpes, rompiéndole el cúbito y el radio. Vijay soltó un grito de dolor, hizo amago de propinarle un gancho con el otro brazo, pero David apartó la cabeza, y en el acto, le dio un golpe seco en la nariz con la palma de la mano, rompiéndole el tabique nasal y cayendo al suelo de golpe, una vez más.

El grandullón se levantó gruñendo, agarrándose a una silla. Se tocó la nariz, que le sangraba a chorro; el reguero le bajaba hasta la barbilla y goteaba sobre su camisa. Cogió la silla, pero antes de levantarla David le asestó un golpe en el estómago, se echó a un lado, y agarrándole rápidamente de la cabeza con una mano y del mentón con la otra, se la giró y le rompió el cuello. Empujó hacia delante el cuerpo inerte, que cayó con un estrepitoso golpe.

Himanshu, al ver que se aproximaba, salió del vehículo. David le cogió por la camisa y le empotró contra la puerta.

—Decías que estaba solo, ¿eh?

El rostro de Himanshu, ancho y oscuro, se dobló hacia dentro en un resignado ceño.

—No vi a nadie más, te lo juro —dijo tras un profundo suspiro.

David notó cómo templaba de miedo. Con la mano levantada hizo un gesto para golpearle, pero la bajó y ordenó:

—Ahora conduces tú de regreso a Bombay.

Era medio día cuando David Ribas llegó en su motocicleta al abarrotado taller mecánico Mahmood Car Workshop.

Un empleado le saludó muy ceremoniosamente. El ambiente estaba impregnado de aceite de motor. El gerente, un hombre bajo, calvo y con barba teñida de un color entre anaranjado y canoso, se apresuró a salir haciendo continuas reverencias y apremiando a un jovencuelo para que llevara té.

Aquel hombre con aspecto de extranjero, que hablaba hindi y marathi como uno de ellos, era respetado porque vivía bajo la protección de Hassena *madame*, la jefa del crimen organizado en Bombay.

David le fue explicando, mientras sorbía el azucarado té masala, el problema mecánico en su Royal Enfield Bullet 500, mientras daban vueltas alrededor de la motocicleta y el gerente, con sus serviles modales de un empresario de pompas fúnebres, asentía sujetando su caliente taza de plástico, sorbiendo ruidosamente su brebaje humeante.

El gerente le prometió que al final del día un empleado suyo dejaría la motocicleta en el aparcamiento del complejo en el que vivía. Cuando se marchaba, David rechazó el ofrecimiento de que uno de sus ayudantes le hiciese de chófer con uno de sus vehículos durante el resto del día, y se fue caminando.

Aquella mañana había mucha afluencia de gente en las calles.

Era la mejor temporada para visitar Bombay, porque el monzón aún no había comenzado. Había muchos comerciantes y turistas, en grupos, solitarios y con guías que hablaban en inglés con pronunciado acento británico.

Deslizándose entre esa maraña, el español caminaba desapercibido. Serpenteando cerca de él estaban los vendedores ambulantes de tambores, que arremetían improvisados y estruendosos sonidos en cuanto un turista mostraba por sus productos el menor asomo de interés.

Había quien vendía incienso mientras andaba despacio por la calle agitando un palito al aire, limpiadores de oídos con sus distintivos gorros rojos, masajistas con su aceite de mostaza y portadores ambulantes con sus jóvenes empleados repartiendo a los comerciantes té y comida previamente encargada, además de guías locales que ofertaban visitas guiadas a las zonas de chabolas. «Le cambiará el sentido de la vida», anunciaban.

Emprendedores. Así es cómo muchos comerciantes y artesanos de Bombay les gustaba definirse. Pero no eran más emprendedores que en otros lugares, sino que debían emprender para subsistir.

Conforme se adentraba por una zona periférica de la ciudad, vio a nómadas acróbatas procedentes de Rajastán, los que decían poseer el don de leer el futuro en las palmas de las manos, domadores de monos, mendigos, acólitos de templos hindúes, musulmanes, negros somalíes y encantadores de serpientes.

Aquellos que ocupaban esas concurridas calles comerciales volvían a los suburbios por las noches, a dormir en sus calzadas o en improvisadas tiendas o chabolas.

La India se considera una potencia emergente. Sin embargo, gran parte de su economía no paga impuestos debido a que se engloba en la economía sumergida. La que tiene una actividad regulada, es una porción mínima. La que no está regulada es todo lo demás: conductores de taxis y

de otros vehículos, millones de tenderos, señoras de la limpieza, sastres, granjeros, trabajadores de la construcción, vendedores ambulantes, traperos y otras tantas profesiones diversas.

Todos y cada uno de ellos acaban quebrantando de algún modo la ley, con estafas y fraudes, porque todo es cuestión de codicia y control: el crimen comercial. El turista mochilero que calleja, en algún momento se lleva al bolsillo una pequeña pulsera que expone en su puesto un comerciante indio despistado. Por el contrario, otro vendedor estafa al turista extranjero ignorante, vendiéndole imitaciones o cobrando de forma desorbitada alguno de sus productos.

En aquellas calles de Bombay, ladrones, sinvergüenzas, timadores, rufianes de toda casta y religión, carteristas, funcionarios que permiten ciertas licencias al vendedor tras aceptar sobornos o el propio policía, el juez y el político, todos, en su búsqueda de dinero inmediato, están dispuestos a quebrantar la ley. Sin embargo, los que más éxito tienen son los que la quebrantan profesionalmente: los traficantes del mercado negro. Y sobre ellos se situaba la figura reverenciada como una deidad, Hassena *madame*.

David llegó al edificio.

El ayudante de Hassena le informó de que deseaba verle de inmediato en su despacho.

El vestíbulo y los umbrales estaban llenos de gente. Pasó entre el gentío, y siguiendo al ayudante, entró en una amplia habitación.

El español se quedó en un rincón apoyado junto a la pared. Era una de tantas reuniones que la mafiosa atendía para arreglar disputas familiares de los habitantes que vivían en su zona, bajo su protección. Varias veces a la semana, abría las puertas de su residencia y dejaba entrar en el salón principal a los habitantes del suburbio para celebrar un foro, llamado *majlis*, en el que los vecinos expresaban sus pesares, problemas, disputas familiares o comunitarias, o simplemente pedían ayuda. Hassena asumía entonces el papel de juez y policía.

Iba vestida con un *salwar kameez* en dos tonos de verde; la larga túnica, de verde claro, y los pantalones, sujetos a los tobillos, de un tono más oscuro. Como siempre, calzaba unas chancletas de las más comunes y baratas en el mercado. Al español siempre le daba la impresión de estar enfadada, de que llevase su pasado grabado en las hogueras de sus ojos, y de que alimentaba esas llamas con la dureza de sus acciones a la hora de castigar a quien lo considerase.

Había un hombre de pie junto a tres chicas adolescentes. Se llamaba Salman, y por lo que comprendió David, era un conductor de taxi que ahorra dinero para la educación y la sustanciosa dote de sus hijas, ya que cuando llegase el día conveniente quería casarlas de la mejor manera posible.

Como le comentaba a Hassena en un fuerte acento marathi, a su diario agotamiento por todos los tormentos y angustias que impone la pobreza, ahora se encontraba con que alguien en el barrio le pinchaba los neumáticos.

Tras cuestionarle ella si mantenía rivalidad o enemistad con alguien de la comunidad, respondió que se había negado a unirse a un gremio de conductores que querían crear una cooperativa, donde hubiese una tarifa estándar para todos. Las intimidaciones crecieron hasta que la noche anterior alguien le dejó una nota bajo su puerta en la que le advertían de que sus hijas no andarían seguras por la calle, y que si no dejaba el taxi en la cooperativa, sufrirían un ataque de ácido en el rostro.

—Esa unión puede garantizarte una cierta seguridad económica —dijo Hassena sin alterarse un ápice—. ¿Qué viste de malo?

—Eso mismo pensé yo, Hassena *madame*. Pero mi vehículo quedaría en propiedad de la cooperativa, del que harían uso otros conductores en turnos de noche. Les dije que no me convenía ese trato.

Hassena tomó la resolución de castigar a aquellos que habían amedrentado y hostigado a Salman. Le prometió que no debía preocuparse por la seguridad de sus hijas.

Después, dedicó un tiempo a conversar muy cordialmente con ellas, preguntándoles por sus conocimientos y adelantos en los estudios y sus perspectivas futuras para entrar en la universidad.

Luego, cuando el padre y sus hijas se fueron, llamó a su guardaespaldas personal.

Arjun parecía una estrella de cine indio. Había quien decía que había sido actor de doblaje para las escenas de acción y riesgo de las estrellas más taquilleras de Bollywood, como Salman Khan y Aamir Khan. Era musculoso y siempre iba vestido con pantalón vaquero y camisa corta ajustada.

El español nunca interactuaba con Arjun. Era la sombra de Hassena cuando se movía en público. Tras varios intentos de asesinato, la jefa del crimen organizado no se movía sin él a su lado. Además, le encargaba los trabajos más violentos dentro del territorio bajo su protección.

Al entrar en la sala y acercarse, Hassena le susurró algo al oído. Tras escuchar sus instrucciones, Arjun asintió levemente con la cabeza y enseguida salió. David supo que en breve saldrían a por aquellos hombres de la cooperativa un grupo de matones armados y les darían una única y última lección en nombre de Hassena *madame*.

Hassena hizo un gesto al español para que se acercase. Le dijo al ayudante que cerrase la puerta y que en diez minutos llamase al siguiente grupo que esperaba fuera.

Comenzó a contarle que la tierra donde nació y se crio Gandhi, el estado de Gujarat, era considerada una de las mejores zonas del mundo para observar pájaros.

—Sin embargo, el pacífico y tranquilo santuario natural contrasta con un dato que la gente desconoce. En un recorrido de kilómetros sobre la costa se encuentran los astilleros de Alang, un auténtico cementerio marítimo. Es el centro mundial más importante para el desguace de buques de todos los tamaños, incluidos barcos de cruceros.

Le fue explicando cómo grandes petroleros, transbordadores, buques portacontenedores y un número cada vez mayor de barcos de cruceros eran llevados a aquella playa de Alang durante la marea alta, donde una vez que retrocede, cientos de trabajadores, de manera manual y muy precaria, se encargan de dismantelar cada buque y de este modo salvar lo que pueden, reduciendo el resto para el desguace.

—A pesar de la prohibición de la Unión Europea, que establece que las compañías que poseen registrados sus buques en Europa no pueden desguazar sus barcos en la India, los barcos europeos siguen llegando a Alang. La intención de la Comisión Europea es disuadir a los navieros de la utilización de instalaciones que han demostrado tener un peligro muy real para la vida y el medio ambiente en general.

—Imagino que, para eludir la burocracia, cambian sus registros o banderas por los de países sin tales reglas antes de llegar a aguas indias.

—Efectivamente. Existe un tipo especial de banderas válido para unos meses que no requieren un operador que deba establecer una actividad en el país de emisión. Las banderas que utilizan son de lugares tan dispares como Tuvalu, Nevis y Comoras. Estas banderas que utilizan las compañías propietarias de los buques no significan un alto coste para quienes eligen la India como viaje final de sus embarcaciones.

—Y en un lugar donde bordean la ilegalidad, tarde o temprano florece otro tipo de negocio lucrativo. ¿Es a esto a lo que quieres llegar?

Ella sonrió ligeramente.

—Están introduciendo armamento, como fusiles de asalto AK-47 —dijo clavando en él su mirada de absoluta determinación—, que esconden en las bodegas de esos buques y que más tarde

transportan a Pakistán para caer en manos de grupos terroristas afines al Estado Islámico, que hacen uso de ese armamento, cómo no, para hacer todo daño que estén dispuestos a infligir a Occidente o a la minoría ismailí de la rama chií del islam, y también para infiltrarse en la frontera con la India. Además, se ha convertido en una ruta para el contrabando de droga.

—¿Qué tipo de droga?

—Hachís, pero sobre todo drogas químicas, emergentes, como las llaman, que imitan al cannabis y son distribuidas a Nueva Delhi y Punjab, pero también a Goa. Hasta ahora, el periplo de la heroína conllevaba mucho tiempo y riesgos. El opio salía de Afganistán oculto en bolsas de poliuretano y precintadas a lomos de burros o camellos a través de la frontera hasta Pakistán y más tarde unos técnicos tenían que convertirlo en heroína. El nuevo método les está resultando más fiable y cómodo.

Entre ambos hubo un profundo silencio.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió David.

—Que te infiltres en esa célula haciéndote pasar por un traficante de droga que quiere adquirir unos fusiles para tu protección personal. El que maneja el contrabando de armas en Alang se llama Laeeq Ansari. Una vez que te ganes su confianza, tienes que averiguar quién es su jefe. Tal vez esté en Nueva Delhi, escondido en un pueblo perdido del interior, en Calcuta o sentado en algún lugar de Bombay negociando con terroristas. Quiero el nombre de esa persona.

Hassena le dijo que por la noche, de camino a la estación de tren, recogiera una mochila que contenía heroína como señuelo para Laeeq Ansari. Le confirmó que, a través de terceros, había contactado con él y que le estaría esperando para venderle armamento.

Como ella no traficaba con droga ni ninguno de sus hombres estaba metido en el negocio, David tenía que recogerla personalmente en una determinada zona norte del centro de Bombay. Una vez hecho esto, debía coger el tren Rajdhani con destino a Surat, que salía de la estación central de Bombay cada cuatro horas, y allí tomar otro ferrocarril a Alang.

Serían casi nueve horas de viaje, si no se producía retraso alguno, para un recorrido de seiscientos cuarenta y cuatro kilómetros: la distancia entre la metrópoli financiera de la India con el cementerio marítimo mundial.

Aquella noche no había luna. Las pocas estrellas visibles tachonaban la negra cúpula del cielo parpadeando con intensidad.

Era una barriada muy concurrida en la zona de Dharavi: el segundo centro de chabolas más grande de toda Asia.

Caminó por encima de unos enormes tubos de cemento y se adentró por intrincadas callejuelas. Debía de llegar al otro lado de aquella zona donde, como le había informado Hassena, frente a un puesto callejero de té llamado Latika le esperaría su contacto.

Pasó por una calle repleta de depósitos de almacenaje de plástico, recogidos y ordenados por colores. Cualquier elemento tirado en las calles de Bombay tenía algún propósito comercial para los habitantes del suburbio, aunque fuese recogido directamente de la basura.

Se adentró por una zona donde la fetidez era inaguantable. Los excrementos humanos y desechos de comida podrida iban durante la época de lluvias de un lado a otro como una marea de cieno; pero ahora, cuando se demoraba la prevista temporada del monzón, en Dharavi se habían quedado estancados desde hacía tiempo junto a animales muertos en descomposición, y a los habitantes ni a nadie le importaba, ni siquiera al servicio municipal. Todos esperaban a que la lluvia llegase.

Siguió caminando por el interior de una callejuela en la que vio a dos jóvenes con los torsos desnudos y empapados de sudor frente a un gran cubículo de metal en el suelo, de donde salía un fuego incandescente y un hedor que era veneno puro. Removían a ratos chatarra fundida, sin protección alguna. Por un instante alzaron la mirada despreocupadamente hacia el español. Tenían los ojos fuertemente enrojecidos y respiraban agitadamente. Sin prestarle más atención, siguieron con su quehacer.

Fue callejeando durante los siguientes diez minutos sin encontrarse con nadie. Los olores nocturnos de las chabolas de Bombay, a jugo de betel, a humedad y a excrementos, aumentaban conforme se adentraba en aquellos pasadizos laberínticos como una mezcla perniciososa.

Oyó un susurro y un chillido. Se paró a escuchar y entonces su presagio se hizo cierto al percibir un inconfundible sonido. «Oh, no. Qué asco. Otra vez no, por favor», se dijo a sí mismo.

En aquel estrecho camino convergían dos callejones. En la oscuridad, David logró distinguir de dónde procedía aquel ruido inconfundible y se quedó quieto como un palo, anticipándose a lo

que se le venía encima. Respiró hondo y expiró.

Entonces, llegaron las ratas.

Tenían una fuerza brutal, ya que iban a la carrera, todas juntas. Eran enormes, más grandes que gatos. Pasaron corriendo entre sus pies; unas trepaban por encima de las otras a la altura de sus rodillas. David las conocía muy bien. Aquellas bestias solían pasar a horas intempestivas de la noche. El truco era quedarse quieto, como si fueras un objeto en medio de la calle.

Apretó los dientes y sintió el remolino de aire que salía y entraba por su nariz al respirar nerviosamente, hasta que recuperó el control de sí mismo manteniendo una absoluta calma.

David era consciente de que, si te asustas o intentas con aspavientos alejarlas de ti, se te pueden echar encima y morderte hasta matarte. Las personas que dormían en la calle, sobre el suelo, las dejaban pasar por encima. A los habitantes de las chabolas no les importaba, a fin de cuenta el dios elefante Ganesh tenía como mejor amigo un roedor. Pero también las ratas eran permitidas porque dejaban limpias las calles.

Todas las noches, a aquella hora, las hordas de ratas emigraban de los mercados y pasaban por los suburbios para sumergirse en las alcantarillas de los altos edificios de los ricos habitantes de Bombay.

Durante cinco largos minutos se prolongó la avalancha de olas negras chillando y golpeándole las piernas como las aguas de una cascada.

Cuando el silencio volvió, llegó procedente de algún lugar el llanto de un bebé y a su madre calmándolo con una bella canción llena de ternura en idioma marathi. Continuó su camino.

Un hombre con una mochila de deporte bajo sus pies vio acercarse desde la oscuridad una silueta, se irguió y prestó atención.

David pasó por debajo de una bombilla amarillenta colocada sobre el resquicio de una puerta y el desconocido supo de inmediato, por la descripción que le habían dado, que era el hombre de Hassena *madame*: pelo negro, lleno de canas a los lados, largo y rizado; una persona atlética, delgada y con barba descuidada.

No hubo intercambio de palabras. El desconocido, vestido con un *kurta* blanco hasta las rodillas, y con gorro distintivo musulmán sobre su corta cabellera, le tendió la mochila al tiempo que movía la cabeza hacia el fondo de la calle.

Un motorista se había detenido, permaneciendo a oscuras bajo la marquesina de una tienda.

—Ten cuidado. Te han seguido.

David se giró, vio el resplandeciente metal de la motocicleta aparcada a lo lejos. Volviendo su mirada al hombre, le preguntó:

—¿Alguna idea de por dónde puedo salir de aquí?

—Sigue todo recto. Dentro de unos cinco minutos verás un solar donde están construyendo un edificio. Aquel es el final de Dharavi. Una vez que lo sobrepases, estarás fuera. —Señalando la mochila de deporte, le dijo—: Antes de irte, comprueba que la mercancía que te doy es correcta.

Una vez que David abrió la cremallera y observó el interior, asintió con la cabeza y se marcharon cada uno por caminos diferentes.

Continuó caminando con el paso acelerado cuando el haz de luz de la motocicleta barrió el aire. Consciente de lo expuesto y vulnerable que se encontraba, echó a correr. A su espalda, la motocicleta cogió velocidad rugiendo entre las estrechas callejuelas.

David pasó por el agujero de una valla metálica y descendió por una cuesta a la zona de construcción.

Las malas hierbas crecían por todas partes. Siguió andando por aquella obra entre un laberinto de vigas oxidadas y bloques de hormigón.

Llegó a un solar y se agachó para bajar por una escalerilla. Desde arriba, el motociclista se detuvo a escasos metros y disparó rápidamente varios proyectiles. Era un subfusil, pensó David mientras descendía los escalones de dos en dos; aquel hombre era un sicario de la mafia que traficaba con droga, no tenía duda alguna. Pero ¿cómo habían dado con él? ¿Quién les había proporcionado la información? Le extrañaba que hubiera solo uno. Serían dos personas, pensó. Uno conduciendo y otro en el asiento trasero, dedujo.

Varios proyectiles se estrellaron contra una pared metálica del solar. Escuchó el rugido de la motocicleta bordeando la zona alta de aquella área construcción.

Una inspección detallada le hizo saber que estaba a escasos metros de salir de allí. Corrió hacia un extremo cuando una ráfaga que estuvo a punto de derribarlo le hizo agacharse en cuclillas. De una zancada pasó al otro lado del solar con su superficie recién revestida de cemento y con las barras altas de metal apuntando hacia el cielo oscuro.

Arriesgándose a echar un vistazo, vio que uno de los dos hombres le seguía. No tardaría mucho en alcanzarle. Así pues, se situó al lado de un barril metálico, dispuesto al contraataque.

El hombre apareció jadeando. David dejó la mochila a un lado y se lanzó contra él. El subfusil cayó en algún hueco rebotando y despertando ecos metálicos. En aquel mismo instante el hombre se irguió, pero David desde el suelo le hizo una palanca con las piernas, empujándole hacia el vacío. Un instante después se escuchó un ruido seco y un gemido. Abajo, una barra de hierro le había perforado el torso.

Agarró la correa de la mochila y echó a correr.

Llegó a un sótano, que parecía ser la construcción de un aparcamiento. Varios tubos fluorescentes iluminaban el lugar. Había muchos cubos metálicos y de plástico color azul, así como sacos de cemento y montañas de gravilla. Exceptuando una motocicleta Honda CG 125 y varias maquinarias, el aparcamiento estaba vacío.

Se puso la mochila en bandolera y corrió hacia la Honda. Hizo un puente con los cables hasta que consiguió ponerla en marcha. Enfiló hacia la rampa que conducía al exterior del solar.

Con la moto acelerada, salió como una flecha a la calle de tierra, dejando atrás el solar con sus cimientos en construcción.

Oyó de cerca el rugido de la motocicleta de sus perseguidores: quien quiera que fuese, se disponía a interceptarlo. Parecía claro que le había estado esperando en un sitio clave para poder atraparlo antes de que saliese del suburbio.

Decidió dar un giro inesperado. Aceleró doblando hacia la derecha, dirigiéndose hacia una valla metálica que rodeaba el solar. La endeble valla se derrumbó y David continuó la marcha dando tumbos.

Tras él, el motorista saltó, rebotó, con los amortiguadores acusando la mayor parte del impacto en el momento del aterrizaje, y continuó la persecución.

David vio varias hogueras frente a él. Se dio cuenta de que había entrado en una zona donde varios vagabundos y trabajadores de la obra estaban durmiendo al raso, cubiertos con sábanas.

Pasó por encima de una fogata y varias personas gritaron histéricamente despertando a otras almas perdidas, que observaron con temor al segundo motorista que se precipitaba hacia ellos de igual modo.

Aquel grupo corría en todas direcciones con el miedo de no saber qué estaba sucediendo, temiendo que fuese la policía que acudía a echarles del lugar.

David giró a la izquierda. Justo cuando iba a dar contra otra fogata, frenó en seco derrapando

por la gravilla y cayó al suelo. Se levantó y se echó a un lado. El motorista que iba detrás no vio la Honda tendida, chocó y salió despedido por los aires.

Oyó al motorista gruñir mientras intentaba levantarse. David se aproximó corriendo y le propinó una patada en pleno rostro. Pero en ese instante alguien disparó y los proyectiles dieron a un bidón metálico. Echó cuerpo a tierra. No eran dos, sino tres los que iban desde un principio sentados en aquella moto.

Se arrastró hacia el motorista, le registró y le quitó una pistola de la cintura. A lo lejos se escuchaba el parloteo insistente en hindi y marathi de los habitantes de la zona; fueran quienes fuesen los causantes de aquel alboroto, ellos nunca se atreverían a llamar a la policía.

Otra ráfaga le pasó muy de cerca, dando a la motocicleta y al cuerpo inerte del motorista. Cerró los ojos un momento intentado averiguar de qué lado habían surgido los disparos. Entonces, tras esperar tumbado a que otra oleada de balas surgiera por el aire, se levantó, se giró ochenta grados hincando la rodilla derecha en el suelo, miró hacia la oscuridad, alzó el arma y efectuó varios disparos. Su atacante se desplomó sobre una fogata, soltando chispas a su alrededor.

Los habitantes de aquel lugar le rodearon. No había animadversión o violencia, sino curiosidad en sus miradas. David les habló pausadamente en hindi con palabras sueltas en marathi. Fingió ser de la brigada criminal contra el crimen organizado, que había sido perseguido por unos matones. Les dijo que podían quedarse con las dos motocicletas; en el mercado negro conseguirían en pocas horas nuevas matrículas y estarían aleradas las partes para no ser identificadas.

Un hombre se acercó y le dio una botella de agua; otro hizo lo mismo. Una señora le tendió un trapo. David lo agradeció. Se lavó el rostro y se limpió la ropa de barro. Varios niños le miraban asombrados como si fuera una estrella de cine de acción sacada de la pantalla.

Aquellas personas habían emigrado a Bombay, concentrándose como muchos otros en las barriadas o inmundos suburbios que no les ofrecían más que disentería, trabajos mal pagados, fiebres, cólera y vicio.

Las refriegas entre sectas y religiones surgían de vez en cuando, asolando las calles de Bombay como vendavales de sangre y odio; sin embargo, reconocían a un ser desvalido de fuera de su comunidad al que prestar sus atenciones e incluso se sentían dispuestos a acoger a un extraño con buena voluntad.

A pesar de las condiciones ínfimas en las que vivían y sus andrajos, afloraba en aquel suburbio el altruismo. Pero esto no significaba que muchos de ellos no hubiesen caído en una degradación moral desde que llegaron a la gran ciudad.

Desde un principio los inmigrantes de los pueblos se agrupaban con individuos afines con su propia comunidad o creencias. Durante un tiempo conservaban los valores tradicionales con los que crecieron en sus pueblos, pero tras el transcurso del tiempo, con las calamidades y la falta de trabajo en Bombay, la fidelidad a su propio origen iba ignorándose hasta olvidarlo por completo y convertirse en individuos egoístas y avariciosos, a los que nada ni nadie importa excepto su propio beneficio.

El español era consciente de aquel comportamiento tan intrínseco entre los indios y al mismo tiempo tan contradictorio. Sin embargo, de una cosa sí estaba seguro: los oprimidos siempre estaban dispuestos a compartir, mientras que los ricos habitantes de la ciudad vivían al otro lado encerrados en sus oasis de lujo.

Antes de irse, con la mochila en bandolera, recogió las armas, las desmontó y las lanzó separadamente al fondo de varios pozos y agujeros en el solar de construcción.

A la mañana siguiente, nada más salir de la estación de tren, cogió un *autorickshaw* y se apeó muy cerca de los astilleros de Alang, donde como le había informado Hassena, desguazaban y reciclaban aproximadamente la mitad de los buques de todo el mundo, por lo que estaba considerado el mayor cementerio mundial de estas naves.

Además, le había comentado que los astilleros generaban una gran controversia acerca de las condiciones de vida de los trabajadores y el impacto sobre el medio ambiente. Según le explicó, los buques transoceánicos, al estar diseñados para soportar fuerzas extremas en las zonas del planeta más hostiles, están contruidos con materiales tóxicos. De este modo los trabajadores, descalzos, rompían manualmente los barcos sin protección alguna, exponiéndose a toxinas como el amianto y el plomo.

«El problema más importante —le dijo Hassena— es que a pesar de que se suceden gran cantidad de accidentes de trabajo, el hospital más cercano está a cincuenta kilómetros de distancia, en Bhavnagar». Por esta razón le comentó que el doctor Santosh Sharma, de una organización no gubernamental, estaba asistiendo a los trabajadores de la zona y era con quien debía contactar nada más llegar.

Caminando cuesta abajo vio muchos niños. Contaminados por metales pesados y partículas tóxicas de pintura, los más pequeños pasaban el día hundidos en el fango. A las preguntas de David, la mayoría afirmaron tener catorce años, porque era eso lo que les habían instruido a responder ante cualquier extraño, ya que era la edad mínima exigida por la ley para trabajar en los astilleros de desguace. Los jefes los preferían jóvenes porque no solo eran muy baratos como operarios, sino que eran imprudentes al no conocer los peligros y, además, con sus cuerpos delgados y pequeños podían acceder a lugares más difíciles para un adulto.

Cerca de la playa caminó entre dos estructuras metálicas enormes. De repente, una lluvia de chispas cayó desde una altura de varios pisos. Alguien se asomó, y agitando los brazos, gritó:

—¡Fuera de ahí! ¡Estamos cortando este lateral!

Continuó con la mochila al hombro hasta que se aventuró a preguntar a un vendedor de té ambulante. Este le indicó que el doctor Santosh Sharma trataba a sus pacientes en una clínica situada a dos kilómetros de distancia. Un repartidor local de leche que iba a pasar por el lugar se ofreció a llevarle en su moto.

Tras recorrer la distancia, el conductor paró en la cima de una colina. Le dijo que era lo más cercano que podía llegar, ya que decía que había una epidemia en aquella zona de la playa y él no quería que sus tarros metálicos de leche fueran robados, como anteriormente le había pasado, por jóvenes desesperados.

Había un olor desagradable que iba en aumento conforme bajaba la pendiente, además de un martilleo constante de metales. Había mucha humedad y tenía pegada a la piel la camisa empapada de sudor.

Pasó por delante de unos jóvenes que jugaban sobre el suelo a las cartas. Les preguntó por el doctor Santosh Sharma. Uno de ellos, sin levantar la mirada, señaló hacia el fondo de la calle.

—En la clínica —dijo sin perder un segundo la atención en su manojo de cartas.

David entró en una clínica construida sobre un solar con medios muy precarios. Plásticos azules y de anuncios publicitarios colgaban a los lados en forma de paredes. Había unas veinte

personas tumbadas en el suelo sobre sábanas y sacos. Un hombre alto y con gafas estaba observando el termómetro de un enfermo. Llevaba alrededor del cuello una mascarilla con la que se tapaba la boca al examinar a los pacientes.

David, de un solo vistazo, pudo saber que había una epidemia de cólera. Él mismo había padecido en una ocasión aquellos síntomas. Se aproximó y preguntó:

—¿Santosh?

—Doctor Sharma —le corrigió con cierto enojo.

—Vengo de Bombay.

—¿Qué haces aquí? —preguntó exasperado mientras tomaba notas en un cuaderno.

—He venido a ayudar.

—¿Ayudar a qué? —preguntó de nuevo con voz cansina, esta vez observando de cerca al visitante.

—A destruir el almacén de Laeeq Ansari.

Sobre sus cabezas, una ligera llovizna comenzaba a repiquetear contra la cubierta de aluminio del techo.

El doctor se quitó la mascarilla.

—Entonces, te ha enviado Hassena *madame* —murmuró cambiando totalmente de expresión.

En alguna parte, alguien soltó un penetrante chillido de dolor.

—Así es. —David miró a su alrededor. Un joven de no menos de quince años se retorció y se agitaba en el suelo húmedo—. ¿Sabe ella lo que está sucediendo aquí?

—No. Tan solo le pedí ayuda para quitar la mala influencia que están ejerciendo las actividades de Laeeq Ansari en sus astilleros. A los trabajadores más jóvenes los está volviendo drogadictos. Algunos se ofrecen a distribuir su droga en el mercado local. Como ignorantes que son, la acaban probando. Muchos se gastan sus salarios mensuales en drogarse y trabajan bajo el efecto de las drogas, lo que ha incrementado los accidentes mortales. Los negocios de ese hombre están poniendo en peligro la vida de cientos de jóvenes.

Algunos jóvenes, situados a escasos metros, tenían el cuerpo retorcido en un nudo de dolor y el cabello largo y liso empapado de sudor. No tendrían ni veinte años.

—Y ahora, por lo que veo, el cólera ha empeorado la situación.

—Tienes que marcharte. Este lugar es demasiado peligroso para ti. La gente está muriendo por todas partes.

El cólera se había propagado entre aquella población de trabajadores a causa del agua contaminada. Tras alojarse en el intestino delgado, había provocado la diarrea, los vómitos y la fiebre. Le explicó el doctor que, como primera medida urgente, habían comenzado a purificar los depósitos de agua y vasos, vasijas de cerámica y cubos. Sin embargo, el agua empantanada en charcos y riachuelos por toda la zona era un oasis para la bacteria *Vibrio cholerae*.

—¿Hay alguna farmacia por aquí cerca?

—No, solo dos tiendas de comestibles que vende también alguna que otra medicina, pero ya se han quedado incluso sin tabletas de glucosa.

—Pero ¿cuándo empezó esta epidemia?

—Hace aproximadamente dos semanas.

—¿Y el hospital?

—El mayor hospital está a una distancia de cincuenta kilómetros. Intenté llevar a tres enfermos en una furgoneta, pero murieron por el camino. No dejan de vomitar y expulsar diarrea. Las pequeñas clínicas que hay en los pueblos están sobresaturadas.

—Lo que mata esa bacteria es la deshidratación, pero me imagino que faltan pastillas para la

purificación del agua.

El doctor asintió.

—Primero hubo diez casos graves, pronto hubo casi cien. Morían por la noche, al mediodía, en cualquier momento. Esperamos que la epidemia no se extienda a otras zonas. Llamé al Departamento de Sanidad, pero lo único que pudieron hacer fue enviar un cargamento de sales.

David le sugirió que lo inmediato era retirar los cadáveres y dividir todo aquel suburbio de chabolas mal construidas donde vivían hacinados los trabajadores.

—¿Dividirlos? Entonces el trabajo se nos haría imposible. No tengo a tantos ayudantes.

—En la entrada de cada zona, ponéis desinfectante. Esto hará que cada trabajador que entre y salga de su zona esté obligado a mojarse manos y pies en la solución antiséptica.

—Necesitaré más jabón, más cubos nuevos.

—Eso está hecho. Hablaré con Hassena ahora mismo.

Cogió el móvil. Tras contestar la llamada y explicarle el caso, Hassena se comprometió a enviar inmediatamente más personal, sacos de sales, cuencos, vasos esterilizados, bombas para la extracción del agua y hasta comedores portátiles para suministrar comida hervida en condiciones.

Conformen se alejaban de la clínica bajo un paraguas, el doctor le comentó con detalle cómo aquellas personas adultas, jóvenes, adolescentes y niños, vivían diariamente, sin protección alguna, ante los peligros de manejar materiales y productos químicos peligrosos en revestimientos de pintura, tubos de luz fluorescentes con mercurio, termómetros, interruptores eléctricos, aparatos de luz y detectores de incendios e indicadores de niveles de tanques, por mencionar algunos, según dijo.

Por otra parte, estaban expuestos al asbesto en revestimientos de suspensión, la masilla bajo el aislamiento, los cables, los forros y el aislamiento de tuberías y cascós, los adhesivos, las juntas de conexiones de tuberías y los envases de válvulas.

—Como puedes suponer, el desguace de buques es un proceso difícil debido a la complejidad estructural de los navíos y de los muchos temas que tratan del medio ambiente, de la seguridad y de la salud, que a nadie parece importar. Hay continuamente un ruido excesivo, ¿lo oyes?

—Sí.

—Ese sonido es debido al uso de moliendas, el incesante martilleo y cortes de metal. Además, suele haber explosiones e incendios provenientes de aislamientos, combustible residual, lubricantes y otros líquidos inflamables.

Había dejado de llover cuando llegaron a un extenso barrio de chabolas surgido en torno a las instalaciones de desguace. El aire tenía un fuerte olor a gasóleo y a salitre.

Pasaron junto a un grupo de jóvenes. David se fijó en que muchos estaban llenos de cicatrices. Algunos habían perdido un ojo e incluso los dedos de una mano. A pocos metros, un grupo de niños reían mientras se zambullían en el agua con ayuda de planchas de metal que utilizaban para sumergirse.

Mientras caminaban, el doctor le siguió explicando el proceso de desguace. Comienza cuando una empresa de desguace compra un barco a un agente que comercializa con los buques que han llegado al final de su vida útil. Se contrata a un capitán, cuya especialidad reside en varar grandes buques en una trama de playa de unos cien metros de largo. Cuando el barco está encallado en el fango, se extrae mediante bombeo cualquier líquido que pueda contener: aceite de motor, restos de gasóleo y todo tipo de sustancia que se puede revender, hasta los extintores de incendios. Luego se desmontan máquinas, motores, generadores, kilómetros de alambre de cobre, botes salvavidas y hasta las literas de la tripulación, todo lo vendible. Cuando ya solo queda el

esqueleto de acero, enjambres de trabajadores se dedican a desmontar la carcasa con sopletes oxiacetilénicos. El siguiente paso es el transporte de todo ese material a la costa, que posteriormente será fundido y utilizado como varillas de refuerzo en la construcción de edificios.

—Pero decenas de personas mueren durante todo este proceso. Muchos jóvenes mueren aplastados por trozos de acero que se desploman. Incluso muchos fallecen asfixiados o caen al vacío desde grandes alturas.

—¿Y los beneficios son sustanciosos? —preguntó David señalando a lo lejos un barco que estaba siendo desguazado.

—Depende del precio del acero, varían de un barco a otro. Ten en cuenta que la vida de este tipo de embarcaciones ronda los veinticinco años y el valor se centra en el acero de sus cascos. Pero un barco desguazado en unos cuatro meses puede llegar incluso al millón de dólares.

El español, sorprendido, asintió con la cabeza al tiempo que realizaba una mueca. Nunca se hubiera imaginado aquella cifra.

Más allá, unos pescadores echaban sus redes en busca de unos peces muy diminutos muy apreciados en la cocina local. El doctor se paró a escasos metros de una valla, donde se leía «Prohibido el paso sin autorización».

—Ahí abajo tienes el almacén que andas buscando. Ándate con mucho cuidado. Hay casi cien operativas de desguace como la de Laeeq Ansari en un tramo de unos diez kilómetros, aproximadamente. Por supuesto, unos se apoyan en otros. Todos tienen grandes intereses en los negocios relacionados con el reciclaje, sobre todo con el de las varillas de acero, que se venden y se utilizan en la construcción. Si ven a alguien que intenta dañar sus negocios, se aseguran de que no salga con vida.

—Espero que no sea una intromisión, pero ¿por qué sigues tú en este lugar?

—Hace casi veinte años yo trabajé aquí, desguazando uno de esos barcos. Mi padre y mi hermano mayor murieron por la explosión producida cuando un soplete topó con una bolsa de gas atrapada en la bodega. Murieron achicharrados ante mis propios ojos. Cuando alcancé la costa, corrí y cogí el primer tren que apareció en el andén de la estación.

—¿No fuiste ni al entierro?

—No. Estaba tan asustado que ni siquiera reclamé al jefe de los astilleros los honorarios obtenidos hasta entonces. Tuve miedo de que no me dejaran salir con vida para contarlo. Intimidan a los trabajadores para que no hablen de los accidentes. Estudié en una gran ciudad, me doctoré y ahora trabajo para una ONG.

—No me lo digas, te financió los estudios Hassena, ¿no es eso?

El doctor no contestó, suspiró hondo y dijo señalando al horizonte:

—Para salir de aquí no utilices este camino de vuelta. Te aconsejo que camines por la costa hacia el sur, cojas en aquel otro astillero un vehículo, en este lugar todo el mundo está dispuesto a llevar de pasajero a cualquiera que lo pida, y de allí a la estación de tren. —Mirándole fijamente, añadió—: No sé quién eres ni de dónde vienes. Me da la impresión de que eres extranjero. Que te haya enviado Hassena *madame* significa mucho. Te deseo suerte.

El apretón de manos fue firme y confiado.

David Ribas caminó junto a trozos enormes de metal y bajo gigantes hélices. Hileras de portacontenedores y de petroleros estaban varados en la playa.

Se deslizó por las colosales sombras proyectadas por sus chimeneas y superestructuras. Alzando la mirada podía leer los nombres pintados en la popa y no pudo evitar preguntarse: ¿en qué puertos habrán recalado?, ¿con qué tripulaciones habrán navegado?, ¿qué carga habrán transportado?

Pasó junto a una cuadrilla de desguazadores muy jóvenes provistos de sopletes oxiacetilénicos que habían desmontado el equipamiento de un barco. Hablaban entre ellos sobre quién comenzaba a trocear las cubiertas mientras el resto se tomaba un descanso.

Llegó a lo que parecía ser un edificio de oficinas, justo en la playa.

Un hombre salió sujetando una silla, caminó varios metros y se sentó. Otros dos le siguieron muy despacio, colocándose a su espalda. La imagen le resultó al español muy pintoresca; con la inmensidad de la playa a sus espaldas, con grandes buques varados a escasos metros, como esperando ser retratados para la revista *National Geographic* o grabados para una película neorrealista o incluso de ciencia ficción.

Laeq Ansari conocía más bien poco la doctrina del yihadismo y a los primeros seguidores del profeta Mahoma a quienes el Estado Islámico pretendía imitar con sus atentados. Sin embargo, sus conocimientos de los bajos fondos e influencia en los astilleros le confería una apreciación indiscutible dentro de la célula yihadista en la meseta del Decán indio.

—Según creo recordar, te ordenaron venir solo —dijo David mientras se acercaba.

—Yo estoy solo aquí sentado.

—¿Y esos? —David indicó con la cabeza hacia donde estaban dos hombres de pie.

Uno de ellos tenía los ojos turbios y llorosos. El otro fumaba hachís, aspiró el humo con placer y le pasó el porro a su compañero.

—Esos solo contemplan el paisaje y disfrutan del clima.

—Ya —dijo David observando el decrepito lugar lleno de trozos de barcos, metales de todo tipo y cables. El cielo estaba siendo taponado por unas nubes. Se presagiaban más lluvias.

—Hablas hindi como los de Bombay —repuso Laeq—, pero no tienes aspecto de indio.

—A decir verdad, no eres la única persona que me lo menciona, pero qué vamos a hacer, cuestión de genealogía, digamos. Provengo de una familia de parsis, mi padre se casó con una británica y así hemos salido la siguiente generación.

—Vayamos al grano: me han dicho que estás interesado en veinte Kaláshnikov.

—¿Te parecen pocos?

—No, qué va. Puedo aceptar pedidos pequeños y grandes.

—Cómo de grandes, por curiosidad.

—La curiosidad en este sitio se paga muy cara —murmuró—. Pero te diré que unos cien o doscientos. Puedo conseguir lo que quieras, granadas, minas antipersonas, pistolas y todo tipo de munición.

Se levantó de la silla e hizo un gesto para que le siguiera. Detrás, los dos hombres les seguían los pasos mientras fumaban en silencio.

Entraron a un almacén. Se alzaba sobre un montículo lleno de hierros y trozos inservibles de

metal.

Laeq pulsó el interruptor y dos fluorescentes del techo se encendieron parpadeando, seguido poco después de un tercero. Hizo un gesto a sus hombres y estos, caminando como autómatas, fueron a una serie de cajas de madera; tras quitar la tapa a una de ellas, dejaron a la vista el armamento.

El español sacó un fusil, inspeccionándolo con sumo cuidado. Los indios vieron que estaba familiarizado con las armas. Luego devolvió el Kaláshnikov al interior de la caja.

—Muy bien —dijo David.

—Ahora tú me enseñas lo que llevas ahí dentro —comentó Laeq señalando la mochila.

David la puso en el suelo, abrió la cremallera, sacó un paquete de plástico blanco de polvo marrón, del tamaño de una barrita de pan, y se la lanzó. Laeq la cogió con sumo cuidado con las manos, la abrió, se chupó el índice y probó el interior. Tras comprobar la pureza, asintió con una sonrisa.

—Esto sí que es calidad, no la mierda que recibimos.

—Confiaba en que dijeras eso. Pero ¿de dónde recibís vosotros la droga?

—De Libia, Pakistán... —contestó dejadamente. Echó una distraída mirada a su alrededor y exhaló un profundo suspiro. Dejó la bolsita encima de una caja de armamento, dando a entender que era ya de su pertenencia, al igual que el resto de la heroína. No tenía intención de venderle los fusiles.

David se encontraba rodeado por tres delincuentes profesionales, de ahí que dedicara los siguientes segundos a ensayar los movimientos que tendría que realizar para salir de allí con vida. Laeq seguía de pie frente a él, y los otros dos hombres, pendientes de instrucciones por parte de su jefe.

—Matadlo —dijo mirándolos.

Lo siguiente sucedió muy deprisa. Antes de que el primero pudiera sacar el arma que llevaba bajo su chaqueta, David había sacado su pistola y disparado dos veces. Un tiro fue a incrustarse en medio de la frente de uno, y el otro, en el pecho del otro. Acto seguido, se giró, apuntó a Laeq, que sacaba en ese instante una pistola guardada en su espalda, y reaccionó como un profesional bien entrenado. Dos disparos al pecho. Había tumbado a los tres como si fueran objetivos de un campo de prácticas de tiro.

David se guardó la pistola, se agachó y comenzó a registrar los bolsillos de Laeq Ansari. Sacó un teléfono móvil. Leyó un mensaje: «Mátalo cuando te entregue el cargamento», decía un número sin nombre en la bandeja de contactos. Comprobó el registro de llamadas y por las veces que habían estado conversando últimamente, aquel número pertenecía a su jefe.

David llamó a Hassena. Le dio el número de teléfono y le comentó lo sucedido.

—Te pedí que te infiltraras en la célula. No te dije que los mataras.

—Consideraré la posibilidad de disparar a sus armas para que las soltaran, pero eso solo ocurre en las películas.

—Dentro de un momento te devolveré la llamada. Será mejor que te deshagas de la droga.

David salió y vio un Tata Safari. Condujo el vehículo al interior del almacén, abrió el depósito y prendió fuego. Todo el edificio fue preso de las llamas.

Por el camino de regreso a la estación de tren, recibió una llamada.

—Ese número pertenece a un hombre llamado Ishaan Mukherjee. Es bengalí, tiene unas oficinas en la zona de Seawoods de Navi Bombay. Es un pez gordo. Por este motivo no ha querido que un insignificante comprador de un puñado de armas como tú se entrometa en su almacén. No solo es multimillonario, sino que es conferenciante. Tiene incluso un canal en YouTube en el que

habla de liderazgo y éxito, dando consejos y charlas. Hasta ha participado en una conferencia TED en Londres. No sabía hasta ahora que lideraba la venta de armas a grupos terroristas.

—¿En qué lugar concreto de Seawoods tiene sus oficinas?

—En el sector 48.

—Bien, nada más llegar a Bombay me pasaré a ver qué encuentro.

—Esta vez no mates a nadie antes de averiguar qué se traen entre manos.

—Descuida. Seré muy cortés en mis procedimientos.

—Como siempre...

—Después de esto creo que aceptaré tu ofrecimiento de pasar una temporada en un retiro de meditación a los pies del Himalaya —dijo con cierta ironía.

—Te vendrá bien un cambio de aires.

Mientras caminaba quitó la tarjeta SIM, la dobló y la lanzó lejos. El móvil lo tiró dentro de un agujero lleno de chatarra y bolsas de plástico. Tomaba las precauciones necesarias para mantener su seguridad. Su localización física podía ser sometida a seguimiento si llevaba encima su teléfono móvil, aunque estuviese apagado. Cambiaba de número de móvil de manera permanente, así como de operador. Utilizaba teléfonos de prepago con poca huella de seguimiento y siempre pagaba en efectivo.

El homenaje a Durga había comenzado. La diosa hindú destructora del demonio hace de la comunidad bengalí de Bombay un centro religioso donde durante cuatro días y noches se convierte en una ciudad de luz y devoción.

David llegó a un barrio de viejos hangares donde centenares de artesanos confeccionaban suntuosas representaciones de la diosa Durga y otras divinidades con paja trenzada, arcilla gris y pinceladas de muchos colores. Aquellas estatuas eran encargadas con antelación a la festividad para que durante los días auspiciosos fuesen sumergidas en el mar junto con montones de guirnalda y flores.

De camino al sector 48 pasó por entre una multitud ruidosa: las mujeres iban vestidas con coloridos saris y con la cabeza recubierta con velos bordados; los más jóvenes iban vestidos como príncipes y princesas. De repente, se escucharon petardos, gritos y risas.

Entró en una solitaria callejuela. Frente a él, un *jeep* Maruty Gypsi de la policía se detuvo y salieron cinco hombres armados con palos de bambú. David dio unos pasos hacia atrás cuando apareció otro vehículo de la policía interceptando su paso, del que bajaron cuatro hombres. Se adelantó uno de ellos. Estaba embutido, como la mayoría de policías en toda la India, en un uniforme de al menos dos tallas menos de la necesaria. Se produjo un silencio entre ellos al tiempo que le rodeaban.

—¿Qué sucede? —preguntó David en inglés—. Soy un turista en Bombay.

—Sube al coche sin mostrar resistencia —ordenó en hindi.

—Creo que se han equivocado. ¿Me pueden explicar qué quieren?

—No nos hemos equivocado —contestó está vez en inglés—. Sube al *jeep*.

David calculó las pocas probabilidades que tenía de salir de aquella encerrona. Así pues, levantó las manos dejadamente y se dirigió hacia la parte trasera del vehículo. Dos policías le empujaron con fuerza hacia adelante mientras los demás subían a los *jeeps*.

Al entrar en la parte trasera le hicieron sentar en el suelo, sujeto entre todos.

David supo que alguien le había delatado porque sin duda alguna su detención no había sido por causas fortuitas. Él estaba oficialmente muerto en su país de origen y en la India no existía. Todos los posibles motivos de aquella detención comenzaron a bullir en su cabeza.

Cruzaron Panvel Creek, se saltaron un semáforo en rojo y rodaron a gran velocidad al incorporarse por la carretera 384A en dirección JNPT Road.

Habían pasado quince minutos cuando entraron en el aparcamiento de una comisaría.

Una vez en el interior, un oficial rechoncho se dirigió a los hombres que lo habían traído. Sin inmutarse, como si el español no estuviera presente, dijo:

—Abajo. Dadle una paliza.

Cuatro de los hombres lo llevaron agarrado escaleras abajo. Desde arriba, se escuchó de nuevo al oficial:

—Golpeadle bien, pero no le rompáis ningún hueso.

Si sabían quién era, ¿por qué le habían detenido de aquel modo como un delincuente común? Si no lo sabían, habría preguntas sobre su identidad. Habría hasta pruebas de huellas dactilares, y si su auténtica identidad saliera a la luz, podrían expulsarle del país.

No tenía tiempo que perder. Lanzó una patada a uno, al tiempo que con el codo golpeaba el

rostro de otro, cayendo ambos escaleras abajo. Agarró de la pechera a un tercero y lo lanzó hacia abajo; el siguiente policía no vio llegar el golpe con la palma de la mano que le rompió el tabique nasal.

David subió corriendo las escaleras.

El oficial de la entrada, al oír los ruidos, se apresuró a ver qué estaba sucediendo cuando David, alcanzando el último peldaño, le atizó un golpe seco en el vientre. Al inclinarse hacia adelante le propinó un rodillazo en el rostro, y cogiéndole del grueso cinturón marrón, lo arrojó escaleras abajo.

—Un paso más y te vuelvo la cabeza, amigo.

David se dio la vuelta y vio a un hombre vestido de paisano, guardando la distancia y apuntándole con una pistola.

David se maldijo en su interior, no lo había visto. Estaba tan cerca de alcanzar la salida y tan concienciado de que lo conseguiría, que se había confiado. Mientras observaba el rostro de aquel hombre vestido de paisano, y sopesando quién podría ser con una pistola en una comisaría, recibió por la espalda un golpe en la cabeza y quedó inmovilizado en el suelo.

Cuando se despertó, estaba colgado de una tubería y atado de manos y pies con cuerdas de cáñamo. Miró alrededor.

Todo estaba en penumbra. El olor era pestilente. Era una habitación de techo alto. Había ventanas cubiertas de barrotes de acero con melladuras que daban a zonas abiertas del edificio.

En la India los centros carcelarios pueden ser como agujeros negros en el espacio, donde las ratas acompañan al detenido y donde no hay ventilación ni filtro alguno de luz.

A pesar de su disciplina, David sintió un escalofrío. Notó que un hilillo de sudor le corría por la espalda. No había sentido nada parecido desde que tuvo que matar por primera vez. ¿Quién le habría delatado? ¿Quién había sido el traidor?

Hizo memoria de todas las personas que pudieran conocer a dónde se dirigía: Arjun, Himanshu, el ayudante personal de Hassena, su chófer particular... La voz de Hassena penetró como un susurro en su mente: «Estás destinado a morir, y al mismo tiempo, a nacer», le dijo cuando le salvó la vida unos años antes, tras el asalto terrorista al hotel Taj Mahal Palace, donde su mujer murió asesinada. «Tú y yo estamos unidos en esta vida». «¿En qué?», le preguntó David, escéptico. «En acabar con la lacra del terrorismo islámico». Hassena le había salvado la vida, por lo que era una insensatez dudar de ella en aquellos instantes.

Intentó liberarse de las ataduras. La puerta de acero se abrió y entraron dos policías acompañados por el misterioso hombre de paisano.

—Viajas por la India bajo nombre ficticio. No eres indio. Eres un extranjero blanco. —Se acercó a David y le dio un puñetazo en pleno estómago—. El hecho de que un extranjero blanco nos siga los pasos por estos rincones de la India me llena de preocupación —continuó, y volvió a golpearle de nuevo, pero esta vez repetidamente con los puños, como si lo estuviese haciendo a un saco de boxeo. Exhausto, se detuvo—. Al mismo tiempo, me llena de curiosidad la verdadera identidad de quien nos sigue.

David guardó silencio. Sentía un dolor espantoso. Obligó a su mente a soportar el dolor.

—Eres europeo. De eso estoy completamente seguro. ¿Interpol? ¿CIA?

El hombre sonrió. David conocía esa sonrisa: la de una persona que disfruta causando dolor, era una sonrisa cruel. Bien sabía que el silencio es la mejor venganza del torturado. Siguió sin pronunciar palabra. Levantó la cabeza y mantuvo la mirada firme, observando bien el rostro de

aquel hombre, para retenerlo en su memoria, porque se juró que si salía con vida de aquel agujero, lo buscaría, lo encontraría y lo mataría.

—Te voy a hacer pagar por lo que le hiciste a Laeeq Ansari y por mandar a cinco policías indios al hospital.

Se acercó a David y, abriendo el pulgar y el índice como si fueran una pistola, apretó contra la base del cráneo.

—¡Pum, pum! —espetó riendo con ganas, mostrando unos dientes roídos por tabaco de mascar.

Nadie había sido testigo de su detención. David sentía acelerado el ritmo del corazón. «¿Será verdad que nadie sabe que estoy aquí? Y Hassena, ¿no dará conmigo?».

—Estás acabado —dijo de nuevo, agarrándole el cabello con fuerza—. Tu vida ha terminado.

Le soltó dos patadas en los costados y comenzó a golpearle el rostro con el puño. Luego pidió un palo de bambú a un policía y comenzó a propinarle golpes. David sintió que todo su cuerpo intentaba cerrarse como un puño.

La puerta se abrió y entró un oficial muy alarmado.

—Hassan *sir*, nos están atacando.

—¿Quién?

—Gánsteres. Es mejor que nos vayamos.

El hombre lanzó con visible enfado el palo hacia el interior de la habitación, y antes de salir apresuradamente, dijo a los policías que se mantenían en pie en un rincón:

—Matadlo.

Un violento escalofrío recorrió todo el cuerpo de David.

Las varas de bambú, popularmente conocidas como *lathis*, restallaban y zumbaban. Algunos golpes le daban en la cabeza, pero era en los brazos, las piernas y la espalda donde le desgarraban, produciéndole cortes. Blandidas con fuerza contra la piel son una mezcla de descarga eléctrica y de la quemadura que produce el metal caliente.

David alzó la cabeza en un determinante esfuerzo por ver por última vez el rostro de sus verdugos. Había retenido el nombre de aquel hombre, Hassan, y había memorizado su rostro.

Un ruido ensordecedor se produjo en la estancia.

Lo último que pudo ver antes de perder el conocimiento fue la imagen borrosa de los dos policías siendo abatidos. ¿Sería él el siguiente?

SEGUNDA PARTE
MISIÓN ENCUBIERTA

Como todos los años, se esperaba que las fuertes lluvias monzónicas de la temporada suspendieran los servicios aéreos y los transportes públicos ante el temor de la subida del nivel del mar.

Desde hacía días el departamento meteorológico había anunciado lluvias; sin embargo, la temporada del monzón sobre Bombay, el corazón financiero de la India, se estaba retrasando.

El cielo presentaba un color plumizo cuando Eduardo Muñoz, cónsul de la embajada española en Bombay, se bajaba de su coche oficial y caminaba hacia la entrada del hotel JW Marriott en la zona de Juhu.

Una vez más, al cruzar el *lobby*, pensó que los indios tenían unos gustos por el lujo absolutamente desmesurado. Atravesó el enorme y precioso vestíbulo, sorteando a un grupo de extranjeros cargados de maletas, y con el andar rápido y decidido, como quien llega tarde a una cita concertada, bajó las escaleras que descendían a la cafetería.

Tras identificar la mesa, se dirigió a ella apresuradamente. Un indio le esperaba sentado al lado de la cristalera desde donde se podía apreciar la piscina exterior. Al ver al español, se levantó y los dos se dieron la mano efusivamente.

—Un tiempo magnífico —dijo Eduardo, colocando su maletín en una silla vacía—. Hace fresquito, para variar.

—En esta época del año tenemos el mejor clima en Bombay —comentó Asgar Khan—. Solo hasta que caiga el monzón.

—Me alegro mucho de que se concediese el contrato a la empresa española —dijo Eduardo, yendo al grano. Le incomodaba la presencia del indio, actitud que no pasaba desapercibida—. Ahora toca pagar al flautista.

Asgar se giró e hizo un gesto de asentimiento hacia Saabir, un hombre con barba y pelo largo y rizado, quien le entregó un abultado paquete de color amarillo. Se lo dio a Eduardo, que lo puso en su regazo, lo abrió discretamente, pasó un dedo por el fajo de billetes de quinientos euros y lo guardó en su maletín.

—Cincuenta mil euros.

—Como acordamos.

—Si quieres contarlos...

—Ya sabes que no hace falta.

—¿Te fías de mí?

—Si no nos fiásemos mutuamente, no saldríamos beneficiados.

—Así es. Tú me das una información y yo te pago lo convenido.

Durante los dos últimos años se habían estado reuniendo en diversas ocasiones. Se conocieron un 12 de octubre, en la fiesta nacional de España que organizó la embajada de Nueva Delhi. Días después, de regreso a Bombay, Asgar le pidió una reunión. El español sabía de sobra el motivo.

Las actividades de aquel hombre se las había dado a conocer sin tapujos durante la conversación que mantuvieron en los jardines de la embajada. Sabía a qué atenerse. Pero Eduardo estuvo a punto de dar marcha atrás ante la precaución que mostraba el indio.

Le dio instrucciones que aparcase en el aparcamiento subterráneo de los grandes almacenes

Big Bazaar, saliese a la superficie, comprase un café en el cercano Barista, cogiese un *autorickshaw* y fuese a la farmacia Gupta de la calle Patel Road.

Allí, él estaría esperándole dentro de un Audi negro. Tenía que apearse del *autorickshaw* y entrar en la farmacia, donde debía de permanecer cinco minutos, tiempo en el que Asgar se aseguraría de que nadie le había seguido.

Tras el tiempo mencionado, desde el interior de la farmacia Eduardo tenía que observar a través de la ventana que su ayudante Saabir tenía las dos manos apoyadas en el volante, lo que significaba que podía acercarse al coche. En caso contrario, la reunión quedaba anulada.

Con el paso del tiempo realizaron negocios satisfactorios para los dos. Hubo ocasiones en que el cónsul, haciéndose valer de su inmunidad diplomática, había enviado contenedores de veinte pies a Europa; Asgar le presentaba unas facturas proforma en las que se mencionaban muebles fabricados en el estado de Rajastán, alegando que era para hacer un favor puntual a un amigo distribuidor de productos para el hogar.

Siempre se reunían en la cafetería del hotel JW Marriott de la zona de Juhu. La mesa estaba ubicada deliberadamente por Asgar de tal forma que no podían ser captados por las cámaras del circuito cerrado del hotel.

Una camarera se acercó y pidieron un café cada uno. Estuvieron hablando unos minutos de cosas intrascendentes: los resultados de la Champions League, la proximidad del estreno de una película de Bollywood, que no dejaban de publicitar insistentemente por todo Bombay desde hacía un mes, y un escándalo de prostitución que había sacudido la industria de cine hindi tras arrestar la policía a varias actrices en una fiesta privada donde se consumía droga.

Cuando la camarera volvió y les sirvió los cafés, Asgar, arrugando el ceño, le preguntó:

—¿Qué te parecería ganar un millón de euros?

Eduardo se echó a reír, incrédulo.

—Tendría que venir aquí con una carretilla para recogerlo y dejar un furgón blindado en la entrada.

Los ojos de Asgar asumieron una expresión dura.

—Lo digo en serio.

Eduardo alzó las manos en gesto defensivo.

—No pretendía ofenderte, pero no me interesa. La avaricia rompe el saco. Y yo ya me considero satisfecho con todo lo que he ganado desde que nos conocimos. Pronto me destinarán a un puesto cómodo en los Estados Unidos y más tarde me espera una jubilación de oro en la costa del Mediterráneo.

—Pero yo quiero que participes.

El español apuró su café y sonrió.

—Mira, Asgar, yo no me meto en tus negocios. Son peligrosos para mí. Yo me considero un comisionista, un intermediario, como quieras llamarlo. Te doy una información y gano por ello una cierta cantidad. Nadie sale perjudicado, porque indirectamente estoy ayudando a empresas de mi país a firmar contratos millonarios con el tuyo. Pero en cosas ilegales, como las que tú tienes entre manos... no me meto. Yo tengo mi dinero —dijo palpando el sobre—. Y ahora, como siempre hemos hecho, nos despediremos y cada cual se irá por su camino.

Eduardo se levantó e hizo amago de marcharse, pero Asgar hizo un gesto a Saabir y este se interpuso en su camino.

—Siéntate, Eduardo, antes de que la gente note que nos estamos peleando —le conminó Asgar.

El español tragó saliva, nervioso, y se volvió a sentar.

—Bueno, dime, ¿qué quieres? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Así me gusta, que escuches mi propuesta.

—Suéltalo de una vez, Asgar.

—Me vas a dar un nombre de una persona de nacionalidad española que sea un rico empresario o que tenga una familia con un alto poder adquisitivo.

Eduardo se estremeció.

—¿Un empresario millonario?

—Sí.

—¿Y?

—Mis hombres lo secuestraran cuando llegue a la India y pediremos un rescate de cinco millones de euros.

El comentario disparado a bote pronto lo dejó como si le hubieran clavado un cuchillo en el pecho. Tras dudar unos instantes, Eduardo dijo bajando la voz.

—Tú estás loco.

—Te llevarás un millón —dijo señalándole con el índice—. No en un sobre como ese, sino en una cuenta bancaria que debes abrir en Andorra o Suiza, donde quieras.

La camarera pasó junto a la mesa y sonrió al español. Eduardo no dijo nada hasta que la mujer hubo pasado de largo.

—Te has equivocado de persona.

—Lo único que debes hacer es proporcionarnos un nombre y su reserva de hotel. Con tranquilidad. Tenemos mucho tiempo. Tienes que estar muy seguro de que esa persona es rica. Y cuando llegue el momento de discutir el pago que demandarán los secuestradores, aconsejarás a la familia que pague, argumentando que es la mejor forma de garantizar su seguridad. Ya está. —Asgar fijó sus ojos negros en Eduardo y lo observó sin pestañear. Eduardo desvió la vista, nervioso—. Admítelo. Te gusta el dinero tanto como a mí. El dinero no lo es todo, cierto, pero estarás de acuerdo conmigo en que hace que la vida sea más fácil. ¿Qué haces tú para divertirte? Antes de conocerte te investigamos.

La vida de Eduardo en la India era totalmente anodina. Odiaba el país. Pensó en un principio que su destino duraría seis meses, pero desde que se iba prolongando, su antipatía hacia la India iba en aumento.

Nunca cocinaba en casa. Por las mañanas se tomaba un cuenco de cereales Weetabix, comprados en el supermercado de productos importados frecuentado por diplomáticos, y se hacía el café en su despacho, con su máquina Nespresso. Se alimentaba de productos precocinados y frecuentaba las pizzerías y restaurantes de comida rápida. Utilizaba su casa solo para dormir, ya que en su despacho del consulado se sentía más a gusto. Además, prefería su ordenador de mesa, su móvil, su tableta y su ordenador portátil a sus colegas españoles.

El dinero que ganaba fraudulentamente era un medio para sentirse importante. Le gustaba el lujo, pero sin ser ostentoso, le apasionaba conocer países extranjeros y siempre estaba adquiriendo los últimos modelos en tecnología, como programas y productos informáticos.

—¿Qué quieres decir con que me investigasteis? —preguntó tragando saliva—. ¿Quiénes?

Asgar sonrió.

—Tranquilízate.

—¿La policía?

Asgar soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Te he dicho que te tranquilices. No te preocupes por la policía, que aquí en la India hacen lo que se les dice y quien manda es don dinero.

—Eso espero.

—Llevas en la India mucho tiempo. Hasta el momento, divertirse no ha constituido una prioridad en tu vida. Pues ya ha llegado el momento. ¿Vas a esperar años a que te destinen a un cómodo puesto en los Estados Unidos? Sabes tan bien como yo que, dado el gobierno actual que hay en España, a ti no te destinan allí ni a los sesenta años. Lo más probable que te espera es Sri Lanka o un país mugriento africano. Yo te estoy ofreciendo un millón de euros, Eduardo. Lo suficiente para tu retiro dorado en el Mediterráneo.

Eduardo respiró hondo. Habría sido más fácil si le hubiese obligado a participar haciendo uso del chantaje. Quizá tenía pruebas grabadas de los negocios que habían estado realizando, pero Asgar le hablaba con paciencia, serenidad y calma, abrumándole con la lógica de sus argumentos.

—¿Lo sabe alguien más?

—Solo tú y yo.

—¿Y si sale algo mal?

—Nada saldrá mal. Cuidaremos de esa persona durante el tiempo que dure el secuestro. Incluso estará bien alimentado. No correrá peligro. Tienes mi palabra. Lo alojaremos en una habitación de lujo, con baño, una cama cómoda, como si fuese exactamente una suite de este hotel.

Eduardo abrió la boca, pero decidió no decir nada y tamborileó con los dedos la superficie de la mesa.

Asgar le señaló con el índice.

—Un millón, Eduardo. Piénsalo.

Tenía varios piratas informáticos en nómina. Uno de ellos era Jamal, un mago de internet. Trabajaba en el enorme edificio de Hassena que utilizaba también como residencia. Frecuentemente daba la sensación de oler su aliento a comino y a aceite de almendra que se echaba en el pelo.

Desde que ella le había encomendado el trabajo de encontrar al traidor, no lo habían visto salir de la habitación en la que trabajaba ni abandonar el edificio.

Alguien había dado el chivatazo en Nashik, con la entrega de la droga y con la presencia de David hacia el sector 48 de Navi Bombay.

Sentado ante su ordenador, utilizaba un *software* encriptado y conectado a varios servidores remotos. Tenía varios portátiles encendidos por su ancha mesa de trabajo, muchos discos duros y otro ordenador de mesa en otro lado de la estancia.

Había estado rastreando todos los teléfonos móviles de cada uno de los empleados de Hassena, además de sus cuentas corrientes y correos.

Aquella mañana, cuando Hassena abrió la puerta, vio el fantasmagórico resplandor azul electrónico bañándole el rostro.

—Ya lo tengo, Hassena *madame* —dijo Jamal levantando la vista, con un tono de alegría.

—Dime su nombre.

—Himanshu.

Por un instante la jefa del crimen organizado se quedó callada; asintió ligeramente con la cabeza y salió de la habitación.

Himanshu se encontraba en el exterior, fumando un cigarrillo. Era mediodía y había ajeteo por las calles.

Observó lascivamente a dos jóvenes vestidas con sari caminando en su dirección. Sus pulseras en los tobillos tintineaban al andar. Llevaban flores de jazmín en el cabello y se dirigían al templo hindú de la vecindad.

Cuando se dispuso a abordarlas, alguien le tocó el hombro. Al girarse vio a Arjun, acompañado de dos hombres.

Sintió miedo e intentó echar a correr, pero otros cuatro le cerraron el paso. Los conocía a todos.

—No me hagáis esto.

—Son órdenes de Hassena *madame* —le espetó Arjun.

—Sus razones tendrá —añadió otro.

—Me dejáis ir y le decís que no me habéis encontrado —dijo con un tono de voz más suave.

—Será mejor que vengas con nosotros —le conminó Arjun, dando a entender que no había otra alternativa posible.

Intentó hacer amago de echar a correr por un lateral, pero uno de ellos lo sujetó, y los demás corrieron a llevárselo en volandas.

—¿A dónde me lleváis? ¿Qué vais a hacer conmigo?

—No lo sé —replicó Arjun con mordacidad—. No sé dónde acabarás, la verdad. Pero seré

yo quien haga las preguntas y te recomiendo que las respondas una a una.

Llegaron a un almacén en el que despachaban suministros de alimentos. Se abrieron paso entre montones de sacos llenos de todo tipo de lentejas, garbanzos, además de azúcar y paquetes de té, hasta llegar al fondo del local, donde bajaron al sótano.

Era una habitación desnuda, provista de una mesa y unas cuantas sillas incómodas de plástico, con las paredes pintadas de blanco roto.

Arjun encendió la luz e hizo un gesto a sus hombres para que hiciesen sentar a Himanshu. Era una silla de madera *sheesham* muy grande, con posabrazos muy anchos y alargados, y llenos de corte profundos.

De debajo de un trapo de cocina Arjun sacó un cuchillo de carnicero para despellejar. La curvatura de la hoja se convirtió en un rayo blanco a la luz de un tubo fluorescente parpadeante del techo.

—Querido amigo mío, quiero que me cuentes todo lo que sabes de tu traición.

El sudoroso Himanshu se quedó paralizado, sus ojos se abrieron como platos, no dejaba de temblar. Intentó decir algo, pero el miedo le paralizó la garganta.

—Te prometo una muerte muy rápida —dijo Arjun levantando los brazos—. Si no... que tu venerado Sai Baba te ayude, porque ningún ser humano debería morir de la forma en la que voy a acabar contigo.

Himanshu quiso levantarse, pero lo agarraron y ataron fuertemente a la silla.

Comenzó a suplicar cuando Arjun se acercó con el cuchillo. Se bamboleó violentamente, se hubiera caído hacia atrás si no fuera porque lo sujetaron a tiempo por los hombros.

Mantuvieron su mano derecha extendida en el ancho posabrazos.

Arjun apretó el mango hasta notar la resistencia del hueso.

Himanshu gritó de dolor al sentir la hoja hundiéndose en su carne.

El dedo índice cayó al suelo.

A los veinte minutos Himanshu, con los ojos vidriosos, estaba atado a la silla con dientes rotos, ojos hinchados y huesos fracturados. Respiraba trabajosamente. El forcejeo para librarse de las cuerdas le había dejado las muñecas y los tobillos desgarrados.

El aire apestaba a sudor rancio. Todos estaban empapados de sudor. En el suelo de cemento había tres dedos amputados.

—Ha perdido el conocimiento —dijo un hombre agarrándole del pelo y echándole la cabeza hacia atrás.

—Todavía me cuesta creer que nos haya estado engañando —comentó otro levantando de nuevo la mano para golpearle.

—Déjalo —ordenó Arjun—. Ya lo sabemos todo.

—Tiene mérito, ha durado más de lo que podría aguantar yo —dijo una cuarta persona mientras encendía un cigarrillo.

—Pues espero que no tenga que atarte yo a esta silla para comprobarlo —le advirtió Arjun—. Y si lo tuviese que hacer, emplearía alambre. Solo tienes que hacer dos cosas para que eso no suceda: mantente fiel a Hassena *madame* y mantén la boca cerrada.

Una vez fuera del local, Arjun fue directo a la residencia de Hassena.

—El chivatazo en Nashik lo dio a Vijay Chopra para liquidar a David. Cobró cien mil rupias

y Vijay le prometió otras cien mil una vez muerto el español. Al sobrevivir David, quiso ganar más dinero y contactó con el empresario Ishaan Mukherjee a través de su guardaespaldas, un tipo llamado Hassan Qazi. Por eso Laeeq Ansari estaba prevenido. Al volver David a Bombay, fue Hassan quien organizó la encerrona y quien le torturó en la comisaría de la policía.

—Muy bien. De momento no toques a Hassan ni a su jefe. ¿Te has desecho de Himanshu?

—No, aún no.

—Pues hazlo de una vez, con el tratamiento del cemento.

A la víctima se le ponen los pies dentro de una caja, que se rellena con cemento, le llevan a alta mar y lo tiran a las profundidades: una forma efectiva de hacerlo desaparecer para siempre.

Hay quien dice que, a pocos metros de la costa de Bombay, el mar Arábigo alberga un cementerio mucho mayor que cualquiera de los situados en tierra firme.

David Ribas permaneció una semana en el hospital privado Fortis Hiranandani de Bombay. Tras una serie de radiografías, resonancias magnéticas y tratamientos médicos, lo trasladaron al aeropuerto con destino a Cochin, en el estado de Kerala, para someterse a una intensa cura. En la escalerilla despidió a los enfermeros dándoles las gracias y subió al avión por su propio pie, con mucho esfuerzo.

Hassena le había informado de que Himanshu había sido quien le había delatado, el traidor entre los suyos, le dijo. David era consciente de que ella era capaz de toda violencia que considerase necesaria.

Si había mandado a un grupo de *goondas* —gánsteres— a entrar en una comisaría de policía, matando a todos lo que se interpusieran en su camino con el fin de rescatarle, no le cupo duda alguna de que el destino final de Himanshu había sido muy cruel.

Quien fuese responsable de un daño a los intereses de la jefa del crimen organizado en Bombay lo pagaría muy caro. Aunque un traidor huyese, la organización de Hassena lo perseguiría sin ningún descanso, hasta que en algún momento y lugar consiguieran asesinarlo.

La mano derecha le dolía y el menor movimiento le causaba un doloroso espasmo en el pulgar. Tenía que mejorar si quería volver a utilizar un arma con la precisión con la que estaba acostumbrado.

Siguió un programa de rehabilitación a base de medicinas y tratamientos ayurvedas en un centro privado de la ciudad de Allepey. Durante los primeros días apenas se movía de la cama. Más tarde, comenzó a dar paseos y realizar meditación y yoga en el área habilitada para tal uso.

Pasó tres meses de curas y tratamientos, hasta que decidió volver a Bombay.

Tras una hora conduciendo la moto muy deprisa, aunque relajado y sin esfuerzo aparente por las afueras de Bombay, en dirección a Nashik, se desvió antes de llegar a la población de Asangaon.

Recorrió un camino polvoriento, cruzó un cartel de prohibido el paso. El anodino edificio situado frente a él, un bloque insulso de hormigón, era una fábrica de textil abandonada; seguía en pie, con las ventanas rotas y el hormigón deteriorándose.

Empujó con mucho esfuerzo la enorme puerta corrediza de metal roída y un rayo de luz se filtró en el interior. Todo era polvo y telares mecánicos abandonados. Unas palomas sobrevolaron hacia el techo.

Cerró la puerta con un fuerte portazo y encendió una linterna. Se dirigió hacia el fondo de la nave industrial.

Abrió una puerta y entró en una decrepita habitación. Dejó la linterna encendida apoyada sobre un armario.

Se ató un pañuelo a la nuca, cubriéndose la nariz y la boca. Se agachó y apartó una alfombra estampada de plástico sintético. Una humareda de polvo se levantó, invadiendo el ambiente. Tiró de una fina argolla de hierro y abrió una trampilla.

Una vez abajo, pulsó el interruptor. A lo largo de las paredes estaban expuestas muchas armas modernas.

Salió empujando una caja y una bolsa. Detrás de la nave industrial había un campo de

prácticas de tiro.

Los recuerdos del pasado le vivieron a la mente mientras comenzaba a sacar el armamento.

—La clave para hacer un buen disparo está en la postura —le decía su hermano Miguel levantando la pistola con las dos manos y enseñándole la posición de cadera y pies.

Iban juntos a un campo de tiro para practicar con armas de fuego. Hacían variantes de distancia, como corta y media, y utilizaban como objetivos las pantallas esféricas reglamentarias para el reconocimiento de impactos y corrección de tiro.

Habían crecido huérfanos. El padre los había abandonado en un orfanato tras morir la madre de un cáncer. El mayor pronto destacó en los estudios, pero David era todo lo contrario: no era capaz de hacer cosa alguna sin la ayuda de su hermano mayor y nunca quería estar solo, sin él.

Su hermano fue el responsable de que asistiese a la Escuela Nacional de Policía, en Ávila, de que destacase por sí mismo y de que encontrase allí su verdadera vocación.

David cogió una Glock, tomó uno de los cargadores del interior de la bolsa y lo insertó en la culata. Frente a la zona de tiro, adoptó la típica postura para disparar, con las piernas separadas unos cuarenta centímetros, el pie izquierdo más avanzado y las puntas de los pies hacia dentro.

Sostuvo la mano derecha con la izquierda y apuntó. Le vino a la memoria su primera instrucción con su hermano, un intenso entrenamiento de tiro con pistola desde las posiciones de pie, de rodillas y de tendido, contra blancos móviles, fijos y sorpresivos. Entonces utilizaban protectores para los oídos, tapones de gomaespuma de color naranja.

—La HK Compact no me gusta mucho, ni la Taser tampoco —decía Miguel—. Me gusta mucho la SIG-Sauser. Pero hoy vamos a conformarnos con la Glock, ¿te parece bien?

—Dicen que no suele encasquillarse —comentó David con intención de darle conversación, ya que sabía que a su hermano le entusiasmaba hablar de armas.

—No suelen encasquillarse las pistolas. Lo que se encasquilla es la munición.

En ese instante David disparó contra una serie de latas de bebida gaseosa situadas sobre bidones oxidados. Los disparos reverberaron en el interior de la nave industrial. Pero inevitablemente eran los recuerdos lo que seguía reverberando en su cabeza.

Su hermano disparó contra uno de los blancos. Cuando vació el cargador, pulsó el botón que acercaba la diana para comprobar dónde habían acabado los impactos de bala. Su puntería era excelente.

—Los profesionales añaden a la Glock ocho cartuchos en el cargador para evitar forzar el muelle, aunque la policía utiliza el cargador de diez —seguía explicándole Miguel—. Es un arma corta muy recomendable.

David cargó el arma y adoptó una nueva posición. Esta vez apuntó a unas botellas de cristal.

El cielo, totalmente despejado de nubes, era de un azul vivo. Había partido de Bombay esa mañana con el frescor del amanecer, pero en ese momento el calor era intenso. La camiseta mostraba grandes manchas de sudor bajo las axilas y en la espalda.

David se acercó a los bidones oxidados, sitiados a cincuenta metros. La furia le cruzaba el rostro por los recuerdos que había sentido con tanta intensidad.

—Cuando estés en la calle —le explicaba su hermano— debes efectuar los disparos de uno en uno, solo en el campo de tiro está muy bien eso de apretar el gatillo dos veces seguidas.

Su hermano volvió a disparar ocho balas sobre un blanco concéntrico de sesenta centímetros de diámetro. Sus disparos penetraron el centro de la diana.

—Vaya puntería —dijo David.

Los dos hermanos reían.

—Puedes conseguir esta misma puntería con la práctica —le indicaba Miguel—. Solo se

requieren tres cosas: práctica, práctica y práctica.

Siguió recordando con más intensidad a su hermano.

—Pon el pie izquierdo algo más adelantado que el derecho, la mano derecha empuñando la culata y la izquierda sosteniendo a la derecha. Muy bien. Colócate cómodamente y esfuérzate en relajarte. Ahora, dispara.

Se detuvo a escasos metros de los bidones y disparó en rápida sucesión, rompiendo el resto de las botellas de vidrio y desplazando a lo lejos las latas de metal, que utilizaba como blancos de tiro. Su puntería era excelente.

Sacó el cargador vacío e insertó otro. Volvió a disparar, pero esta vez impulsado por una furia descontrolada contra los diversos objetos esparcidos en el suelo.

David se convirtió en un experto en antiterrorismo. Había pertenecido a una división de la Policía Nacional cuya labor consistía en el seguimiento de extremistas musulmanes. Fue él quien dio el aviso de alarma en el año 2004 tras encontrar indicios fiables de que en un apartamento, en la localidad madrileña de Leganés, se estaban realizando unas actividades sospechosas. Informó a sus superiores, pero le dieron la orden de no tomar contacto ni aproximarse a la zona. Cuando el Grupo Especial de Operaciones (GEO) llegó al lugar e intentó acceder a la vivienda, los supuestos terroristas se inmolaron en el interior, matando con la explosión a un miembro del Cuerpo de Policía, a Miguel Ribas.

—Como policía, solo puedes disparar si hay una vida en peligro, ¿me entiendes?

—Entendido.

—Si el peligro es inminente, y si los malos levantan sus armas o sueltan las armas, ya no son objetivos, debes dejar de disparar. Los policías no somos matones de barrio, solo disparamos cuando es imprescindible para neutralizar la amenaza. Recuerda, en el Cuerpo Nacional de Policía cada disparo cuenta y hay que justificarlo en los informes. No quiero verte envuelto en problemas.

David se sentó en el suelo de tierra, dejó la pistola a un lado y se tumbó boca arriba, recordando el pasado.

Tiempo después, Miguel le contó que había sido seleccionado para el GEO.

—No consiste en matar a gente, sino en defender a tu país. Esto es en lo que consiste el GEO. Te ponen a prueba constantemente, hasta el límite de tus posibilidades, porque cuando llegue el momento de enfrentarte a los más indeseables de este país, tienes que dar lo mejor de ti con tu equipo, con tus compañeros.

Al volver a Bombay decidió darse un baño en la playa. Las olas morían en las arenas doradas. Se metió en el mar. El agua crecía y le golpeaba en la cara. Se zambulló, permaneciendo bajo el agua hasta que no pudo contener más la respiración. Salió bruscamente a la superficie, inhalando y exhalando con fruición. Sentía su fuerte pulsación frente a la inmensidad del océano.

Era ya medio día cuando en una zona llena de rocas se encontraba sentado junto a un grupo de pescadores pertenecientes a una comunidad autóctona de Bombay, llamada Kolis. Aquella gente vivía allí mucho antes de que los británicos pusieran un pie en suelo indio.

Recibió un mensaje en su móvil. Hassena le preguntaba sobre su ubicación. Pensó que quizá ella estaba por la zona.

Mientras David leía un periódico local, escuchaba a los pescadores sobre cómo había sido la pesca la noche anterior, cuando salieron al mar a media tarde y regresaron a la playa al día siguiente por la mañana temprano.

Uno de ellos se quejó del precio que pagaban en la lonja local. Otro argumentaba que el número creciente de habitantes en Bombay estaba ensuciando el agua y llenando sus aguas de basura, sobre todo de plásticos y cestas utilizadas durante las festividades religiosas, que sumergían siguiendo la tradición. Otro comenzó a hablar sobre el coste del nivel de vida y que pensaba irse al sur, a Goa, donde la vida, según él, era más llevadera. Otro le daba la razón: el precio del diésel había subido considerablemente a lo largo del año, haciendo muy costoso prolongar la pesca con los botes en alta mar.

David alzó la mirada. A lo lejos vio a un hombre acercarse. Por su modo de andar y su figura, no le costó identificarle.

Julián Fernández vestía pantalones chinos y camisa blanca y llevaba la chaqueta sobre el hombro izquierdo. Su atuendo, unido a su aspecto físico, algo enjuto, junto a su cabello alborotado y gafas, le daban el aspecto de ser un profesor despistado en busca de algún alumno al que darle la lata, y no de un espía de pura casta. Él dirigía en España un servicio de inteligencia secreto. Lo llamaban el Cervantes. Eran un grupo reducido de personas de ingenio y aguda inteligencia. Eran verdugos, se encargaban de despachar los asuntos relacionados con el terrorismo que nadie se atrevía o quería asumir.

Pese a algunos errores que no pudo evitar, Julián había logrado detener a numerosas células terroristas en España y protegido el país de muchos atentados. Hacía un año, junto a la colaboración de David, habían podido eliminar a un terrorista a punto de atacar en Inglaterra. En el proceso murió una joven española reclutada por el grupo yihadista.

David se levantó y alzó una mano. Desde la lejanía, Julián le devolvió el saludo y se apresuró a aproximarse. Los dos se dieron un efusivo abrazo.

—¿Qué restaurante recomiendas para que vayamos a comer?

—¿Mi preferido?

—Pues sí. Cómo no.

—Eso está hecho.

Encargó comida por teléfono móvil. Julián pudo escuchar una retahíla de palabras que jamás había oído y que desconocía su significado; *malai kofta*, *pollo byriani*, *dhal*, *korma*, *papadams* y *chutney* de mango verde.

Caminaron juntos por la arena y se sentaron en un restaurante al aire libre, bajo un amplio toldo de hojas secas de palmera.

Julián no pudo evitar un cierto gesto de incomodidad.

—¿Aquí?

David sonrió.

—No te preocupes, que nada te sentará mal en el estómago.

Un joven les trajo la comida todavía humeante en envases cubiertos de papel de celofán.

David volcó el contenido sobre grandes hojas de banano, y sonriendo ante la cara de estupefacción de su compatriota, le convidó a probar la comida.

—¿Con las manos?

—Sí, con las manos.

—Por favor, pídemme aunque sea una cuchara —dijo haciendo una mueca de desagrado—. Concédeme al menos este privilegio.

David se rio y sacó el cubierto envuelto en celofán.

—Ya lo había hecho —dijo riéndose y tendiéndole la cuchara—. Solo quería ver la cara que ponías.

—Ya no te vuelvo a preguntar dónde comer. La próxima vez no me muevo de mi hotel y te cito en el restaurante.

David comía con avidez mientras le contaba de qué se componían los ingredientes de cada comida y cómo era el método de preparación. Julián comía con delectación tortitas con mantequilla y probaba un poco de cada ingrediente.

—Me llamó Hassena y me contó lo que te sucedió hace unos meses. ¡Por dios! Casi te matan a palos. Te trataron varias costillas rotas, además de las lesiones causadas por golpes en el rostro. ¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor. La verdad es que los primeros días cada bocanada de aire y cada movimiento me resultaban un suplicio. Pero ahora estoy perfectamente recuperado.

—Ya me ha comentado Hassena que recurrió a los mejores médicos.

—Sí, y hasta hace unos días he estado siguiendo un tratamiento en una clínica ayurveda en Kerala.

—Me pidió que viniese a la India lo antes posible, y eso hice. Cuando llegué esta mañana temprano a Bombay, y fui a verla y me comentó lo sucedido, le pregunté por qué había tardado tanto tiempo en informarme. ¿Sabes qué me dijo?

—No.

—Un nombre. Ishaan Mukherjee. Me explicó que esta persona es actualmente el nuevo contacto en la India con el Estado Islámico. Y que si había tardado en informarme era para esperar a que estuvieses recuperado y así poder reclutarte.

—Ishaan además trafica con drogas, lava dinero negro y lo transfiere al Estado Islámico.

—Sin embargo, por lo visto ahí no se queda todo.

—Dime.

—Hassena me ha dicho que, dando con él, podríamos obtener su contacto en Europa, y acabar así con esta célula yihadista, que tarde o temprano atentará en España.

—Así es.

—He hablado con mi gente.

—¿Con quién?

—Con Goyo y Laura. A ella ya la conoces.

—Muy buen operativo. Fue un placer trabajar con ella en la pasada operación en Inglaterra.

—Por cierto, te manda recuerdos.

—Gracias... —repuso vagamente.

—Ellos están averiguando todos los aspectos de ese tal Ishaan Mukherjee. Por lo que sabemos, es un empresario multimillonario. Su negocio legal es la fabricación y distribución de

una marca de cerveza muy popular llamada BluTiger, además de dar conferencias sobre liderazgo.

—Julián, ¿por qué has venido? Yo me encargo de este asunto. No sé por qué Hassena te ha hecho llamar.

—Porque ella teme por tu vida, David. Tú solo no puedes meterte ahí dentro y dar con su contacto en Europa. Necesitas medios más sofisticados. Un equipo humano. A mí. A nosotros. También porque hay algo más. Desde el consulado de España en Bombay, el cónsul ha estado vendiendo información a terceros. Da la casualidad de que es el hermano de Diego Muñoz, el director del Cuerpo Nacional de Policía, antiguo compañero mío.

—¿Qué clase de información?

—Empresarial. Ha estado recibiendo por ello una serie de comisiones bastante grande. El cónsul ha estado haciendo saber a un intermediario indio llamado Asgar Khan qué empresas españolas están interesadas en obtener contratos en la India, y este se ha dedicado a facilitarlos exigiendo a cambio una mordida. Lo hubiésemos dejado ahí.

»No es nuestro cometido la lucha contra los sobornos y el enriquecimiento ilícito de los funcionarios del Estado. Sin embargo, en nuestra sede tenemos acceso al sistema de escuchas PRISM del gobierno estadounidense, una parte de la red ECHELON, la mayor red de espionaje y análisis para interceptar comunicaciones electrónicas que existe hoy en el mundo. Y en las escuchas que hemos interceptado a Asgar Khan ha mencionado el nombre de un terrorista, Omar Adbulla.

—¿El cónsul ha contactado también con él?

—No, no. El cónsul no sabe ni quién es, solo vende información empresarial a Asgar Khan, y este seguramente hace trabajos sucios para Omar Adbulla, como el lavado de dinero. Omar se encuentra en algún lugar de Europa, forma parte de una nueva generación de terroristas que ha unido fuerzas con el narcotráfico y el crimen organizado de Asia.

Ambos guardaron silencio.

David meneó la cabeza.

—¿Quieres meterte en esto?

—Me interesa, pero mi prioridad no es el imbécil del cónsul enriqueciéndose ilícitamente, sino cazar a Omar Adbulla, el contacto en Europa de Ishaan Mukherjee, y borrarlo de la faz de la tierra antes de que cometa otro atentado. Omar se vuelve cada vez más fuerte e influyente entre los extremistas islámicos. No hay ninguna agencia que haya podido descubrir su base.

—¿Otro atentado? ¿Qué quieres decir?

—Desde hace tiempo sabemos que hay una nueva célula en Europa, con un jefe muy influyente, adoctrinando a nuevos lobos solitarios. Estos son los autores de los últimos atentados, como el último producido en Italia, donde un hombre armado irrumpió en un centro comercial matando a cuantas personas se encontraba por su camino. Treinta y cuatro muertos, incluidos dos *carabinieri* y el terrorista que detonó un chaleco explosivo.

Del bolsillo interior de la chaqueta sacó un sobre, lo abrió y le mostró varias fotografías. Aunque no eran muy nítidas, en ellas se veía a Omar Adbulla, un hombre con barba negra, nariz larga, frente ancha y pelo peinado hacia atrás. Estaba sentado en una cafetería hablando con tres hombres, en otra entrando en una mezquita y en otra subiendo a un automóvil. David retuvo su imagen en la memoria y se las devolvió.

Guardaron silencio. Tras un instante, continuó:

—La guerra global contra el terrorismo islámico ha sido muy beneficiosa para muchas empresas privadas y empresarios sin escrúpulos, lucrándose a costa de víctimas inocentes. Ya va siendo hora de que acabemos con ese Ishaan Mukherjee.

—Julián, tú sabes tan bien como yo que nada cambiará eliminándolo. Si Ishaan Mukherjee dejara de vender armas a grupos terroristas, alguien empezaría a hacerlo mañana.

—No vengas ahora a darme una charla sobre el sentido de nuestra existencia, que nada existe por sí solo y nada es casual, y demás diatriba metafísica de yogi hindú.

Ambos se sumieron en un profundo silencio. Solo se oía el ruido de las olas y el grito de varios niños jugando en la playa.

David miró el horizonte de manera pensativa.

—Después de tanto tiempo aún me cuesta asimilar lo que he perdido.

Julián desvió la mirada hacia la playa. Él fue quien le encomendó la misión de viajar a Bombay para estudiar el sistema de seguridad del hotel Taj Mahal Palace antes de la visita de los reyes de España. Además, le aconsejó llevarse a su esposa, por dos motivos, según le argumentó: pasaría desaparecido al viajar con su pareja y después de su informe de seguridad podría tomarse unos días de descanso por otros destinos más atractivos en Asia. El ataque terrorista lo frustró todo.

—Conocí a tu esposa. Cristina no pudo haber tenido mejor marido que tú. Por favor, no me hagas culpable de lo sucedido.

David lo miró enojado.

—Eso es una estupidez.

Julián alzó las manos en un gesto defensivo.

—Te admiro mucho y te aprecio más de lo que te crees. Pero tú nunca has tenido ocasión de dar un frenazo a tu vida y asimilar la pérdida de Cristina.

David sintió como si le hubieran asestado un golpe en pleno plexo solar.

—No me voy a poner a llorar.

—No quiero que lo hagas.

—Entonces, ¿por qué sigues con esta conversación?

—Es bueno hablar. Expulsar lo que uno tiene dentro. Abrirse a los demás. Por eso existen esos centros de ayuda en los que uno habla de sus problemas con sinceridad.

—¿A dónde quieres llegar?

—Conozco un buen psicólogo.

—Venga ya, Julián. Lo que menos me hace falta ahora es que me consideres un loco.

—No lo estás, pero que no te quepa duda de que si estuvieses tan mal te lo diría o más bien haría lo imposible para secuestrarte a la fuerza y llevarte a España, aunque fuese con camisa de fuerza. Estoy constatando un hecho.

—Que es...

—Que vives aquí en la India con mucho estrés y tienes que saber enfrentarte a él. Yo puedo ayudarte si vienes conmigo a España. Tengo una persona que puede resolver los problemas de raíz.

—¿Un psicólogo para calibrar mi estado mental y así cuestionar si soy apto para llevar a cabo trabajos para tu organización?

—No estoy diciendo que estés paranoico ni pidiéndote que te tumbes en un sofá y hables sobre la existencia de la vida. Solo te estoy ofreciendo ayuda. Mejorar tu situación emocional actual. —Y añadió con tono neutro—: No puedes seguir aquí toda tu vida.

David Ribas guardó silencio durante un instante. Una ligera brisa procedente del mar removía lentamente la humedad de la tarde.

—Aún no estoy preparado para viajar a España —replicó.

—De acuerdo, pero después de esta misión me gustaría que volvieras. Quizá necesites un

tiempo para vivir el duelo por la pérdida de Cristina. Te beneficiará, de verdad. Considéralo.

Estuvieron hablando durante la siguiente hora sobre cómo y cuándo proceder con la operación. David sugirió que dos personas se adentraran en el círculo del empresario Ishaan Mukherjee. Julián recomendó a Laura y al *hacker* Varun Grover, el indio que había reclutado durante la última operación.

Se estaba haciendo tarde. Julián debía coger su vuelo de vuelta a España. David llamó a Hassena y al cabo de un instante ella le devolvió la llamada confirmándole que el conductor les esperaría en el paseo marítimo.

Al llegar, los españoles se abrazaron. El conductor salió del vehículo y abrió la puerta de atrás.

Antes de que David se marchara, Julián le gritó:

—Cúidate.

—Tú también.

Julián quiso decir algo más, pero David ya estaba muy lejos y se apresuró a entrar en el vehículo.

La película en la que debutó Anita Bhaduri la puso en el estrellato. Convertida en una estrella emergente de Bollywood, durante tres años sus películas fueron muy exitosas y el público la quería por su carisma. Los críticos la alababan. Las revistas de cotilleos aireaban supuestos romances con sus colegas de profesión. Había quien decía que mantenía una estrecha relación con cierto afamado productor.

Llegó el día en que sorprendió a todos con el anuncio de su matrimonio con un prometedor empresario llamado Ishaan Mukherjee. Ante la sorpresa del público, dejó la interpretación.

Pero el ascenso de la cuenta corriente de su marido iba en paralelo a la cada vez más desastrosa relación matrimonial. Sus negocios requerían más atención, sus viajes eran cada vez más frecuentes. Las tensiones se manifestaban en casa y pronto Anita fue blanco de su creciente malhumor. Por este motivo, y para que tuviese la mejor educación que pudiera recibir, pusieron a la única hija que tenían en un internado exclusivo en la ciudad de Dharjeeling.

Ishaan Mukherjee se codeaba con políticos, estrellas y productores de Bollywood, así como con empresarios de éxito y magnates de la industria tecnológica india. Exceptuando algún pequeño roce con la justicia, relacionado con el fallecimiento en extrañas circunstancias de su primera esposa, que se había solventado lejos del escrutinio público, su imagen y reputación en la India seguían siendo irreprochables. Cuando hacía presencia en un lugar público no necesitaba más séquito que su propia presencia.

Con fines económicos, un chófer, dos señoras de la limpieza y un cocinero se ofrecieron testificar contra él. Unos días antes del juicio, el cocinero fue encontrado degollado en una calle poco frecuentada y el chófer apareció muerto ese mismo día en la cuneta de una carretera. Este hecho amedrentó a las señoras de la limpieza, que desaparecieron de Bombay. Al final, el caso se había cerrado por falta de pruebas.

Un día había ganado medio millón de dólares y forzó a su mujer a viajar con él de compras a Kuala Lumpur, y después, a un lujoso *resort* en la playa. Otra vez le dijo que se preparara en cuestión de minutos para irse con él a Grecia. En menos de un año, había viajado con él a distintos lugares de Europa. Pero ya no eran de placer, sino de negocios.

La utilizaba para no llamar la atención. Le servía como tapadera. Anita siempre se quedaba sola en el hotel y se aventuraba a tomar un *tour* organizado junto a otros turistas extranjeros. A él lo veía para cenar y había veces en que no volvía al hotel a dormir.

Llegó el día en que se negó a acompañarle. Le cuestionó el motivo de aquellos viajes tan frecuentes y la naturaleza de sus negocios. Fue la primera vez que la pegó, pero no la última.

En el Cervantes elaboraron un fichero sobre Ishaan Mukerjee que expuso el segundo al mando de la organización, Goyo Lebrede, en la sala de reuniones. Oprimió el botón *play* y la gran pantalla sobre la pared se iluminó. Las imágenes mostraban al empresario codeándose con famosas estrellas de Bollywood, en el Festival de Cine de Venecia, en primera fila en un reputado desfile de moda en Milán y en una fiesta de inauguración de su nuevo restaurante que había fundado junto con otros socios y que había sido todo un éxito; se había gastado muchísimo dinero para aquella ocasión, ya que puso en nómina a varias estrellas femeninas de Bollywood para que hicieran su aparición, y a medios de comunicación y columnistas para asegurarse de que durante

una semana no se hablase de otra cosa en los suplementos y canales de televisión.

Visualizaron varios vídeos del empresario en su canal de YouTube donde hablaba de éxito y liderazgo. Vestía, como casi siempre, de negro y blanco, como para dar a entender que era un hombre de contradicciones.

Un vídeo que había tenido casi el millón de visitas se titulaba «Cómo vender un bolígrafo», en el que explicaba la base de todo instinto del buen vendedor y cómo las ventas de un producto cualquiera se originaban no por una necesidad, sino por un instinto natural que impulsa a adquirir el producto.

—Desde luego, como charlatán es un auténtico profesional —dijo Goyo.

—¡Lo bien que se expresa! —exclamó Laura.

—O quizá quieres decir lo bien que disimula su sólido historial de venta de armas a organizaciones terroristas —añadió Goyo.

En muchas de las fotografías captadas en la India aparecía el empresario millonario con su fiel guardaespaldas, Hassan Qazi, pero no así su esposa.

—¿Por qué creéis que es eso? —preguntó Julián.

—Igual es una mujer a la que no le gusta las fiestas, la vida social —respondió Goyo.

—Se siente sola —comentó Laura.

—¿Por qué? Si lo tienen todo —preguntó de nuevo Julián.

—Porque sabe el secreto de su marido, de dónde procede toda esa riqueza —respondió—. Ese guardaespaldas sabe tanto como ella, quizás más, pero la diferencia es que a ella le asustan los negocios en los que se ha metido su marido.

—Más que un guardaespaldas, tiene pinta de ser un matón, un sicario... —agregó Goyo.

En las fotografías obtenidas en la India aparecía una mujer con la cabeza agachada, mirando hacia otro lado. Anita Bhaduri Mukherjee no se dejaba ver en público tan a menudo como su marido. Excepto en alguna ocasión ineludible, como la boda de los jóvenes hijos de algún político importante o de un conocido o amigo. En aquellas imágenes solía aparecer su marido rodeándole los hombros con el brazo, como si quisiera demostrar que le pertenecía.

—Estoy convencida que sabe de verdad de dónde saca el dinero su famoso marido millonario —expuso Laura.

—Acercarse a ese mundo de altas esferas en Bombay nos llevará tiempo —dijo Goyo mirando la imagen de aquella mujer india.

—Lo tenemos.

—Podemos esperar a que se encuentre en suelo europeo para detenerle junto con su contacto islamista.

Julián abandonó su silla y se estiró apoyando las manos en sus vértebras lumbares; dando lentos paseos, les explicó lo que había planeado con David.

—Pero ¿por qué él? —preguntó Goyo—. Una vez más, nos arriesgamos a estar asociados con David Ribas, que se supone que está muerto y enterrado.

—Porque no es la violencia lo que le da valor, sino una frialdad consciente. Él está convencido de que en la India está haciendo lo que debe. Lo necesitamos, y punto.

—Lo conocí en la pasada misión en Inglaterra y estoy convencida de que en esta nueva operación no cejaría en su empeño más que muerto —sentenció Laura.

La noche había comenzado con ganas de lluvia y tormenta, pero el cielo se resistía a dejar caer ni una sola gota. Algunos perros ladraron en medio del silencio. Todo Bombay parecía paralizado.

Normalmente David controlaba sus emociones, pero esa noche, cuando se sentó en la cama, se echó hacia atrás y se quedó contemplando las aspas del ventilador. Respiró y expiró hondo. Le pareció que Cristina suspiraba, pero solo era la respiración de la ciudad.

Durante los últimos años ella le había creado un profundo dolor que le atormentaba todas las noches. Poco a poco, cayendo en un pozo de recuerdos sobre una persona cercana a él que ahora estaba muerta. Cristina seguía en su mente, una mujer a quien deseaba tocar y hablar, y no podía.

El viaje que habían iniciado en la India comenzó a ir mal cuando ella, en la habitación del hotel, le dijo que estaba embarazada. Entonces él quiso adelantar el regreso. En su primer día de estancia en el Taj Mahal Palace ya había concluido que los medios de seguridad eran nefastos como para dar su visto bueno a la presencia de los reyes de España en el hotel, durante su programada visita oficial a la India.

Ella le había acompañado porque en su día no tuvieron viaje de novios, y porque deseaba fervientemente conocer Japón, país que tenían programado visitar después del trabajo de David en la India.

Aquella ilusión de formar una familia, aquel viaje y aquella vida fueron fulminantemente cercenados por un grupo de terroristas islamistas.

Las finas cortinas estampadas se agitaban sacudidas por el viento. Olía a una mezcla de arena mojada y humedad. En su sueño, David, gravemente herido, se aproximaba al cuerpo tendido de su esposa. Tenía un orificio en la cabeza. Se tumbaba encima de ella. Pensaba que moriría junto a ella. Sentía su sangre palpitante y cálida de su cuerpo. De repente, ella abrió los ojos y sus labios se movían. Escupía sangre por la boca. Intentaba decirle algo. Se esforzaba en oírla. Entonces, ella decía: «¿Por qué has llegado tarde? Me prometiste que volverías a por mí».

Un escalofrío recorrió la espalda de David. Tumbado en la cama, movía la cabeza, perlada de sudor, de un lado a otro, repitiendo «Lo siento, lo siento».

Se despertó y todavía sintió la voz de Cristina diciéndole las mismas palabras acusadoras: «¿Por qué has llegado tarde? Me prometiste que volverías a por mí».

David había acabado convencido de que no había hecho lo suficiente por salvarla, por eso sufría en sus sueños aquellos ficticios diálogos de Cristina. Era una paranoia constante. Giró la cabeza y observó las cortinas.

Se sentó en el borde de la cama. Las lágrimas corrieron libremente por sus mejillas.

Volvió a tumbarse, y como hacía cada noche que tenía esos sueños, cerró los ojos y quiso imaginarse un momento feliz vivido por ambos. Oyó su risa arrastrada por el viento, recordó sus caricias. Las pestañas empezaron a pesarle y se adormiló, hundiéndose lenta e inexorablemente en el delicioso almohadón del sueño.

Se despertó al amanecer. Tras un rápido desayuno, se cambió y puso su motocicleta Royal Enfield Bullet 500 en marcha hacia la Akhara, su lugar diario de entrenamiento físico y mental.

Toda la propiedad de la academia de lucha estaba rodeada por altos muros recubiertos de

yeso. El suelo era de tierra apisonada, excepto las zonas de entrenamiento, donde los círculos para la lucha estaban cubiertos de arena. Era un lugar sombreado por amplios techos metálicos y por las ramas de árboles ancestrales, de manera que todo el interior en las épocas se mantenía fresco, incluso al mediodía.

La Akhara, financiada por Hassena, estaba dirigida por una persona a la que todos le llamaban simplemente Gurú. Tenía el pelo blanco, la piel de color castaño oscuro y una boca ancha que dejaba al descubierto una serie de dientes blancos irregulares. Era muy musculoso, a pesar de su prominente barriga, y emanaba un poder espiritual que fascinaba al español.

Fue ella quien propuso a Gurú la creación de aquella institución. Desde entonces, había formado en la lucha a muchos sicarios para la jefa del crimen organizado. Pero de quien estaba especialmente orgulloso era de su único discípulo extranjero.

Gurú conocía muy bien a David Ribas. El progreso anímico y físico del español había sido en gran parte gracias a él. Era consciente de que su discípulo no creía en ningún dios hindú o de cualquier otra religión, ni en el destino ni en la providencia, sino en la capacidad de tomar las propias decisiones sin interferencias: en el caos, porque ahí nadie podría controlarlo. Pero esto sería su perdición.

Después de un intenso entrenamiento los dos estaban sentados bajo la sombra de un árbol. David bebía un vaso de *lassi*, bebida refrescante hecha a base de yogur.

—En cualquier momento y circunstancia puedes adoptar una identidad nueva. Utilizando tu creatividad y análisis, puedes ser cualquiera. Puedes rehacer tu propia historia. Sin embargo, esto implica ciertos sacrificios en tu vida: nada de amigos, nada de familia... Pero ¿hasta cuándo podrás vivir aislado del mundo real?

—¿A qué te refieres, Gurú?

—Te estoy hablando de lo que te estás haciendo a ti mismo, David. No puedes construir nada nuevo sin haber eliminado lo que había antes. —Gurú se inclinó hacia él y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Es el odio que anida en tu interior, lo que me preocupa de ti. El odio convierte a los inteligentes en estúpidos. Y si conviertes tu corazón en algo destructible como un arma, en un futuro no muy lejano terminarás utilizándola contra ti mismo. El odio te mata si no te libras de él, porque es una emoción poderosa.

Sus palabras penetraron en la mente del español como el aguijón de una avispa.

A pesar de que el precio del suelo urbano está por las nubes, rivalizando incluso con las calles más demandadas en Occidente, las calidades empleadas en la construcción de edificios en Bombay son malas y el clima, extremo, los deteriora rápidamente. Además, las infraestructuras y suministros de agua y electricidad están a merced de la situación que sufre el resto del país: hay cortes de luz y el agua se almacena en depósitos, que en la mayoría de los casos no se limpian, por lo que anidan pececillos, se acumula arenilla e incluso aparece flotando el cuerpo de algún roedor.

Se les vio por primera vez un jueves por la mañana, entrando al edificio residencial exclusivo Bharatkrishna junto con un conocido agente inmobiliario que no dejaba de hablar sobre la oportunidad de alquilar aquella vivienda. Además, argumentó, se encontraba situada a escasos metros de la residencia del archiconocido y veterano actor Amitabh Bachchan.

Como muchos edificios modernos de Bombay, las ventanas de sus seis plantas estaban herméticamente cerradas, además de no poseer alféizar en el exterior, quizá como medida de ahorro o para evitar los suicidios que en ocasiones se producían.

Una vez en el apartamento de la quinta planta, los visitantes echaron una mirada rápida y despreocupada al inmueble.

Desde el salón se podía ver perfectamente y a escasos metros un solar cuadrado, un enorme pozo en la tierra donde estaban construyendo los cimientos de otro nuevo edificio residencial de lujo. Las obras se habían detenido por la rotura de una enorme tubería de aguas residuales que nadie había previsto que estaba bajo el terreno. Ahora todo aquel solar estaba convertido en un pantano, lleno de mosquitos y animales muertos flotando, además de ser un vertedero y sumidero local, donde todo tipo de basura acababa tirada.

Les encantaba, sentenciaron sin más preámbulos. La única condición que pusieron fue que el contrato de alquiler estuviera listo dentro de tres horas en la suite del hotel Oberoi, en el que se hospedaban.

Para el agente inmobiliario la actitud arrogante del hombre indio no le llamó la atención; al fin y al cabo, estaba acostumbrado a aquellos modales inherentes de la clase adinerada: la prepotencia. Pero lo que le llamó la atención fue la mujer extranjera, más fría que el hielo, portentosa, bella, y como le comentó más tarde a su socio de la agencia mientras elaboraba el contrato, más atractiva que Madhuri Dixit y Aishwarya Rai juntas.

Al cabo de unos veinte minutos, desde el balcón del matrimonio Mukherjee, se les vio salir del edificio y entrar en un coche Range Rover.

La criada de Anita que se cruzó con ellos en la entrada fue quien le informó con más detalles de los futuros inquilinos.

La señora tenía todo el aspecto de ser extranjera, le dijo. Rusa. Cómo no, claudicaron. El hombre de aspecto indio era gordo y mucho más bajo que su mujer. Ella será su amante, o quizá su novia, conjeturaron. Ambos vestían de forma impecables, y el perfume de ella, le dijo la criada, olía a mucho dinero.

Las obras de reformas y decoración suntuosa comenzaron al día siguiente y tardaron una semana. Durante aquellos días los Mukherjee y el resto de los residentes tuvieron que soportar un incesante ruido y el ir y venir de operarios.

—Se llama Prasad Sharma, y tiene acento hindi de Delhi —le dijo su criada.

Dedujeron que estaba completamente forrado.

Al día siguiente la criada tenía más noticias. Le dijo que a través del conserje había averiguado que durante la tarde anterior habían estado trayendo cajas de whisky y vodka de la tienda *gourmet* Amma Nana.

Ella fue a la tienda y preguntó a una amiga dependienta, quien le confirmó que la señora extranjera había comprado bebidas y aperitivos para unas treinta personas con la intención de dar una fiesta.

—¿No dijo de dónde era? —inquirió Anita.

—Creo que es europea —sugirió la criada.

—Quizá británica —sentenció Anita.

Al llegar el fin de semana, mientras Anita sorbía su té verde en la terraza tras finalizar su sesión diaria de yoga con su monitora privada, vio en la sección de cotilleos del suplemento *Times of India* la fotografía de sus nuevos vecinos comprando en una joyería recientemente inaugurada. «La feliz pareja que forma el matrimonio de los Sharma», mencionaba el pie de foto. Le indignó y la llenó de envidia.

Anita Bhaduri Mukherjee formaba parte de esa base embrionaria de urbanitas adinerados de la India que se dan el gusto de consumir lujo tanto por razones de estilo como de estatus. Por esta razón, en su fuero interno le estaba sentando fatal que la nueva inquilina no tuviera la cortesía de llamar a su puerta y presentarse; al fin y al cabo, su marido era un multimillonario muy conocido en Bombay.

—Es una de esas —comentó a su criada enseñándole la hoja del periódico—. De las que le gusta dejarse ver.

Concluyeron que el indio poco atractivo y gordo era un empresario con mucha suerte al tener a una bella esposa extranjera más alta que él. En cuanto a ella, según quien hasta entonces la había tratado, como el conserje y las empleadas de la exclusiva tienda de alimentación, era una mujer muy guapa pero extremadamente antipática.

—Es española —le dijo más tarde su criada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho el jardinero, que estuvo hablando con su chofer.

Anita detestaba cada vez más a la pareja que se había instalado en su edificio, pero al mismo tiempo ansiaba poder conocerlos.

Varun Grover, único empleado indio en el Cervantes y genio informático, se hacía pasar por Prasad Sharma, representante en la India de la empresa estatal española Navantia, dedicada a la construcción naval civil y militar. Laura García representaba el papel de su mujer y secretaria, Marta Sharma; así lo hizo saber ella en el consulado cuando fue a inscribirse.

Julián les había instruido para que ante el personal de servicio escenificasen discusiones y tiranteces para dar una imagen de que el matrimonio de los Sharma no era del todo feliz. También les había ordenado que mantuvieran la farsa tras las paredes del apartamento.

El personal de servicio debía de estar convencido de que eran realmente lo que aparentaban. Ellos se comunicaban en inglés con la señora y al señor le evitaban siempre que podían. Según una cocinera que cotilleó con la criada de los Mukherjee, la extranjera era fría en el trato y muy disciplinada, lo quería todo limpiísimo.

Como cada mañana, en la habitación del matrimonio dejaban las sábanas de raso revueltas. Pero en realidad él dormía en el sofá del salón y ella en el dormitorio. Antes de que el personal

de servicio entrara por la mañana temprano, él ya estaba despierto y había recogido todo.

—Tengo pensado invitar al cónsul de España y a los empleados del consulado.

Mientras ellos desayunaban, las señoras de la limpieza iban y venían limpiando con profundo esmero habitaciones, suelos y muebles.

—¿Qué dices, querida? —dijo muy concentrado en la pantalla de su teléfono móvil.

—Digo que he invitado a la comunidad española de Bombay a nuestro nuevo apartamento.

—Ah, lo apuntaré en mi agenda —dijo sin levantar la vista.

Laura se levantó y se puso a su lado, con la mirada distraída en algún lugar de la mesa.

—Me parece que estás disfrutando mucho —le susurró al oído haciendo amago de coger una tostada de la cesta del pan—. Yo de ti no me acostumbraría.

Él sonrió.

—¿Qué planes tienes para esta mañana, querida?

—Creo que me iré de compras.

—Me han dicho que en el Palladium Mall hay un buen surtido de tiendas.

—¿Quieres algo en particular? —preguntó dejadamente.

—Sí, una caja de habanos para la fiesta con tus compatriotas.

Al salir del ascensor, Laura cruzó el vestíbulo, y siguiendo el carácter del personaje que representaba, ignoró el saludo ceremonioso del conserje. Pasó por la acristalada puerta principal y se dirigió a la puerta que mantenía abierta el chófer de su Range Rover.

Mientras el vehículo cruzaba la imponente verja de seguridad, recibió un mensaje en el móvil. David la esperaba en la cafetería de un conocido recinto comercial.

Al llegar al recinto de tiendas de lujo, Laura se encaminó hacia la cafetería situada al fondo del complejo. De camino no pudo por menos que maravillarse ante tan llamativo contraste entre el sucio paisaje exterior y las bellas *boutiques* exclusivas de diseñadores indios.

Desde el amplio ventanal miró hacia el interior; la cafetería estaba muy concurrida, parecía hacer un frío acogedor dentro, con aire acondicionado. «Ah, un oasis de temperatura», se dijo.

Sobre la barra había un buen montón de cruasanes, sándwiches y tartas. En una mesa apartada distinguió a David Ribas, sorbiendo una taza de café mientras leía el periódico.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo sin más preámbulo, tomando asiento.

—¿Qué tal estás?

—Cansada y pasando mucho calor.

—Ya falta poco.

—¿Qué quieres decir?

—Que Ishaan tiene programado un viaje a Singapur mañana y otro a Berlín dentro de dos días.

—Entonces mañana abordaré a su esposa e iniciaré los toques finales de la siguiente fase de la operación.

—Conviene tener la información que conoce. Eso me ayudará una vez que dé con su marido en Berlín.

—Descuida, que la tendrás. Solo que con una condición.

David sonrió.

—¿Cuál?

—Que te pases por una peluquería. Esos pelos y esa barba no te sientan bien. Pareces un personaje de la ópera rock *Jesucristo Superstar*.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. No sé qué debí tomar ayer, porque tengo el estómago revuelto. Todo por hacer caso de Varun.

David sonrió.

—¿Qué tal lo lleváis?

—Él, fingiendo ser mi marido, divinamente. Yo, con ganas de volver a España.

—Hassena me dijo que no entendía el porqué de todo este plan...

—Que yo sepa esto fue idea tuya y de Julián.

—No pensé que fuese a durar tantos días.

—Julián quiere que las cosas se hagan de esta manera. Además, quiere tener a todo el personal del consulado español fichado organizando una fiesta en nuestro apartamento. Quiere que Varun grabe todas las voces y cotejarlas en nuestros sistemas de escuchas para estar seguro de que el cónsul ha estado actuando solo. Igual Hassena la secuestraría y la interrogaría hasta obtener el más mínimo detalle de su marido, empleando hasta electrodos, si fuese necesario.

—Sí, sus métodos suelen ser más persuasivos.

—Julián me ha comentado que ha hablado contigo, que ha intentado persuadirte para que vuelvas a España.

David arrugó el ceño.

—Sí, no pierdes el tiempo en recordármelo cada vez que nos vemos.

—Está preocupado, eso es todo. Tú serías de muchísima ayuda en nuestra organización de inteligencia. Te necesitamos. Además, a mí me parece que te sería de mucha ayuda hablar con nuestro orientador, es una persona con la que puedes desahogarte.

—Quieres decir, psicólogo.

—Para nosotros es orientador, además de que nos da clases de yoga y meditación. Te puede ofrecer una opinión objetiva sobre cómo afrontar determinados problemas.

—¿No me digas?

—Fue idea de Julián, para aliviarnos el estrés.

—Aún no estoy preparado para volver, y sobre el orientador o psicólogo, estoy capacitado para realizar mi trabajo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero eso es a corto plazo. Piensa en un futuro. Aquí estás sometido a un enorme estrés. Has enviudado muy joven. Fue una tragedia, pero aún tienes una vida por delante.

David negó con la cabeza con aire cansino.

Era la primera vez que David oía a alguien hablar en ese término. La palabra «viudo» le sonaba antigua, anclada en un pasado remoto, como si se hablase de una época lejana que a él no le concerniese. Pero era eso lo que era: un hombre cuya esposa había muerto, asesinada.

—No he perdido el juicio.

—Nadie pone en cuestión que hayas perdido el juicio o que no estés bien de tus cabales, pero hasta que no pierdes el dominio de ti mismo, todo parece ir fenomenal. ¿No tienes miedo a la soledad?

David frunció el ceño mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas para contestar.

—No estoy solo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No me voy a desmoronar psicológicamente, si es eso a lo que te refieres.

—¿A qué no hablas sobre la pérdida de tu esposa con nadie?

—No.

—No te quiero disgustar, David, pero deberías hacerlo. Experimentar el dolor forma parte del proceso de duelo ante la pérdida de un ser querido.

—Estupor, agresividad, tristeza, desesperanza... —David expelió lentamente una bocanada de aire—. Ya lo viví con la pérdida de mi hermano mayor.

David Ribas, que había empezado siendo su enemigo, al que estuvo a punto de asesinar en las calles de Fráncfort por orden de su superior, Goyo Lebrede, se había convertido en su amigo, en una persona con la que podía contar. Trabajaron juntos en una operación en Inglaterra y se había despedido de él esperanzada en que en un futuro próximo él volvería a España y se uniría al Cervantes.

—Julián tiene una elevada opinión de ti, hazle caso.

Ante su silencio, notando su incomodidad, Laura decidió que era el momento de desviar la conversación. Alzó la vista hacia el amplio ventanal. Observó a un grupo de chicas que iban vestidas con ropa ceñida. A la española le sorprendió la cantidad de jóvenes que veía en Bombay enseñando el cuerpo con tanta indiferencia. India había sido cuna de la cultura del sexo antes de que la moralidad británica victoriana impusiera sus principios, y desde entonces se había convertido en una sociedad muy conservadora.

—Me sorprende cómo visten las chicas indias. Nunca lo hubiera imaginado. Siempre pensé que iban con ropa tradicional. Quizá es porque domina una cultura machista en la sociedad y las

jóvenes quieren sentirse bien consigo mismas, ¿es eso?

—Esa ropa es una manera de hacerse valer en una cultura y una sociedad que continuamente las devalúa y desprecia. Solo hace falta abrir los periódicos nacionales. —Abrió el que estaba leyendo y le mostró la sección de matrimonios—. Esta es una sección que mantienen todos los periódicos nacionales, dedicada a organizar matrimonios concertados entre familias de una misma casta, comunidad y religión. Como si en Occidente fuese la sección de deportes o de cultura.

—Qué barbaridad. ¿Y el amor?

—Claro que hay parejas indias que se han casado por amor y no de manera concertada por sus familias. Pero cuando pasa el tiempo y las relaciones se rompen por motivos diversos, la sociedad les señala: «Mirad a esos que se casaron por amor y cómo han acabado». La mentalidad india en general piensa que la relación por amor en unos jóvenes pierde fuerza a lo largo del tiempo, mientras que en una relación concertada están forzados indirectamente a quererse y de este modo el sentimiento mutuo va en aumento durante el matrimonio.

—Menuda mentalidad. Así entiendo tanto melodrama familiar en las películas de Bollywood.

Por la noche, ante la curiosidad de su esposa por los nuevos inquilinos, Ishaan se limitó a farfullar algo sobre la privacidad. A él le importaba más bien poco quienes eran.

Al día siguiente se marchaba de nuevo de viaje y no volvería hasta la semana siguiente. Ya no le ordenaba viajar con él. Desde hacía tiempo contactaba con una agencia de *escorts* y una atractiva joven le hacía compañía durante su cada vez más prolongada estancia en el extranjero.

Sin embargo, dejaba a su fiel guardaespaldas Hassan vigilando a su esposa para que no realizase ninguna gestión judicial o contactase con un abogado. Ishaan nunca permitiría el divorcio debido a todo lo que ella sabía sobre sus actividades fuera de la esfera social.

Anita ya estaba harta de aquella situación que no tenía fin.

Mientras él estaba en el baño, duchándose, cogió su cartera de la chaqueta colgada en el perchero y la abrió. De entre varias tarjetas de distintos bancos vio varios papeles con anotaciones, para ella incomprensibles, y algún recibo. Puso la cartera en su sitio.

Fue al maletín; un fino y pequeño ordenador portátil, una agenda y varios ficheros. Su teléfono móvil sonó. Ishaan acaba de recibir un mensaje. Ella se aproximó y rápidamente lo leyó, le comunicaba una persona llamada Tasya que le estaría esperando al día siguiente en la terminal 3 del aeropuerto a las 05:45.

Ishaan salió del baño con una toalla alrededor de su cintura. Anita dejó nerviosamente el móvil sobre la mesita de noche, sin poder evitar que cayera al suelo.

—Recógelo —le ordenó.

Ella le obedeció y lo puso muy despacio sobre la mesita de noche.

—Esto ya no lo puedo aguantar más —le espetó ella mirándole a la cara.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Divorciarte de mí?

—¿Qué esperas? ¿Qué siga aguantado esto? —repuso señalando al móvil—. ¿Que mi marido viaje al extranjero con una fulana?

Él no contestó, comenzó a vestirse.

—Voy a solicitar la custodia de nuestra hija —dijo de nuevo.

Ishaan se adelantó y le dio un bofetón que le hizo caer sobre la cama; se sentó a horcajadas sobre ella y siguió golpeándola. Anita gritaba intentando parar los golpes, pero era inútil. Él se levantó con rapidez y dijo mientras ella sollozaba:

—Tú no contactarás con ningún abogado, ni mucho menos te quedarás con nuestra hija.

Haces lo que yo diga y te callas.

No había anochecido cuando los faros de los taxis y coches particulares con chóferes se extendieron por el aparcamiento. Excepto los que tenían matrícula azul, distintivo del cuerpo diplomático, el resto tuvo que aparcar fuera del edificio, según las normas de la comunidad de residentes.

Desde la entrada se podían apreciar los amplios balcones del apartamento de los Sharma, que centelleaba y palpitaba al ritmo de la música.

Para Anita Bhaduri Mukherjee, la fiesta le estaba resultando tan estruendosa que pensó en avisar al conserje para llamarles la atención si aquel volumen se mantenía, pero al final se quedó dormida en el salón. Ishaan se había marchado por la mañana temprano y ella había aprovechado para despedir al personal de la casa y poder quedarse sola bebiendo whisky sin temor a que la estuvieran observando.

La fiesta en el apartamento de los Sharma fue más concurrida de lo que hubieran pensado. Unos becarios de la sección económica de la embajada en Nueva Delhi que estaban de paso se unieron a sus compañeros destinados en Bombay. Todos los empleados de la sección consular estaban disfrutando de la bebida y los aperitivos.

Pero también había muchos invitados que se habían enterado del sarao a través de las redes sociales de los jóvenes empleados en el consulado. Unos eran profesores indios de español, y otros, hombres de negocios, todos con la intención de realizar buenos contactos para sus propósitos profesionales.

La cerveza corrió a raudales junto al vino y los aperitivos, servidos y preparados por una empresa de *catering*. Los diligentes camareros indios iban y venían por todo el apartamento recogiendo vasos vacíos y ofreciendo más bebidas y tentempiés.

La pareja que formaba el matrimonio de los Sharma, según opinión de todos, no congeniaba en nada, pero a quién le importaba, eran millonarios y a ojos del público ese aspecto era secundario.

Fue de la opinión de todos que el señor Sharma era muy simpático y gracioso, lejos del carácter serio de los hombres de negocios a los que estaban acostumbrados a tratar. Se quedaron gratamente sorprendidos por cómo disfrutaba de lo lindo practicando su macarrónico español prorrumpiendo risas y carcajadas continuas.

El agregado comercial intentó ligar torpemente con una atractiva becaria de Cádiz, pero tuvo que contentarse con la compañía de una madrileña enamorada de Bollywood que no dejaba de hablar con entusiasmo sobre el cine indio y sobre cómo la película *Zindagi Na Milegi Dobara* había hecho famosa la fiesta de la *tomatina* en el municipio valenciano de Buñol.

El cónsul Eduardo Muñoz comenzó a comentar a la señora Sharma, de forma confidencial, lo que se cocía en las oficinas del consulado. Le atraía el físico y la personalidad de la esposa del empresario indio. Era alta y delgada, con el pelo recogido en un moño que dejaba despejado su hermoso rostro y el cuello. Se imaginó a la compatriota española poniéndole los cuernos a su marido. Con afán de mantenerla cerca de él, le hizo saber que recientemente habían pillado a una joven empleada india utilizando las instalaciones para llevar a cabo una empresa de reclutamiento de personal, para españoles en Irlanda, nada menos. Con tarjetas de compañías telefónicas españolas, hacía las llamadas a España.

—Era un magnífico *scam* el que tenía montado y las ganancias que obtuvo durante un año fueron enormes. Consiguió huir a Canadá antes de que las autoridades la detuviesen.

La intención de Eduardo era impresionarla, ganarse su confianza. Cuando Laura García, fingiendo ser Marta Sharma, se registró en el consulado como española residente en Bombay, Eduardo sintió curiosidad por las actividades de su marido; no tardó en aceptar la invitación a la fiesta y animó a todo el personal del consulado a que asistiera.

Sin ser consciente que todas las conversaciones estaban siendo automáticamente grabadas, comenzó a despotricar sobre el embajador de España en Nueva Delhi, quejándose de que se gastaba casi el ochenta por ciento del presupuesto anual de la embajada en la fiesta nacional del 12 de octubre y que no quedaba nada para suplir gastos en el consulado de Bombay.

En cuanto al agregado cultural, visiblemente bajo los efectos del alcohol, intentó articular en voz alta un poema de César Vallejo, sin éxito alguno. Pasó la mayor parte de la fiesta deambulando por el apartamento mientras divagaba e interrumpía a los demás invitados, llegando a ponerse de pie encima de la mesa del comedor para hablar sobre Tagore, y a punto de caer al suelo si no hubiera sido sostenido por dos becarios que no dejaban de reírse de su estado. Más tarde, aquella escena que había sido grabada por el teléfono móvil de uno de los jóvenes sería puesta anónimamente en YouTube para desparpajo de los empleados del consulado.

A medianoche ya no quedaba nada en el bufé y varias jóvenes se tiraron vestidas a la piscina situada en la planta superior del edificio. Hubo cierta rivalidad entre compañeros del consulado español, una pelea a puñetazos en la que intervino una compañera de trabajo y hasta se perpetró un acto sexual en el jardín.

El presidente de la comunidad llamó a la policía, pero cuando el primer *jeep* llegó a las inmediaciones alguien afín a Hassena lo echó, y por muchas reiteradas llamadas que hiciera posteriormente el presidente, nadie intervino.

Más tarde, a través de las redes sociales, todos convinieron que se lo habían pasado en grande.

Esa noche, cuando Eduardo llegó a su apartamento, se sirvió un vaso bien cargado de brandy Hennessy antes de llamar a Asgar Khan y confirmarle que ya tenía la persona oportuna. Se llamaba Marta Sharma.

Al día siguiente por la mañana, los ocupantes del edificio, arengados por el presidente de la comunidad, se reunieron en el gimnasio de la planta baja y redactaron una carta. Se consideraban personas respetadas socialmente, hindúes de la casta brahmán, que rechazaban todo tipo de saraos, obscenidades públicas y entretenimientos tan frívolos como el sucedido.

En la misiva a la familia Sharma se les achacaba el poco tacto con sus vecinos del edificio Bharatkrishna al organizar tal festejo y les advertían de que si se repitiese, obligarían a los dueños del apartamento a rescindirles el contrato de alquiler.

Laura rompió la carta en pedazos y salió del apartamento. Bajó a la planta inferior y llamó al timbre de la casa de los Mukherjee. Llevaba una camisa blanca ajustada, unos vaqueros Versace, unos zapatos de tacón alto y un bolso precioso Louis Vuitton en bandolera. Una ojerosa Anita, con resaca, le abrió la puerta.

—¿Sí? —inquirió advirtiendo con una rápida mirada al buen gusto de la visitante.

—Buenos días, soy la señora Sharma...

—Sé muy bien quién es usted —le interrumpió con un tono que denotaba animadversión—, la nueva inquilina del piso de arriba y la causante del buen escándalo de la fiesta de anoche.

—Por ese motivo vengo, para disculparme.

Anita advirtió su alianza en el anular, con un llamativo brillante.

—Disculpas aceptadas.

Laura se mantuvo en silencio durante un instante, esbozó una sonrisa irresistible y dijo:

—La invitó a tomar un café, y por favor, llámame Marta.

Anita se disponía a rechazar la proposición, pero la cordialidad de aquella atractiva extranjera la convenció. Además, no quería quedar con sus habituales amigas, sabedoras de la mala relación que mantenía con su marido, y por una vez decidió hacer algo distinto.

—Está bien —pronunció en un tono seco y cortante. Y dándole la mano, dijo—: Yo soy Anita. Dame quince minutos, Marta.

—Estupendo. Te espero abajo.

Laura la esperaba dentro del coche. Al verla salir del ascensor, sacó una mano por la ventanilla. Mientras Anita cruzaba el vestíbulo, Hassan se interpuso en su camino.

—Debe llamar al señor Ishaan antes de salir del edificio.

—¿Desde cuándo tengo que pedir permiso para salir a tomar un café con una amiga? —protestó Anita con vehemencia, haciendo un gesto con la mano levantada para que se apartase de su camino.

Viéndola partir en el Range Rover de los nuevos inquilinos, sacó su teléfono móvil y llamó. Tras contestar Ishaan y explicarle Hassan lo sucedido, le ordenó seguirla de inmediato.

Hassan cruzó corriendo el vestíbulo y bajó por las escaleras que daban al aparcamiento. Entró en el Audi, y tras arrancar y dirigirse hacia la salida, el coche frenó en seco. Sorprendido, volvió a arrancar.

Desde un vehículo en el fondo del aparcamiento, Varun Grover manejaba el funcionamiento del Audi desde su ordenador portátil. Había reprogramado ciertos componentes del vehículo haciéndose con los comandos de control para controlarlo a distancia. «Ya verás la sorpresa que tengo preparada», se dijo a sí mismo.

Ante la impotencia de Hassan, el Audi fue marcha atrás a gran velocidad. Hassan subió el freno de mano antes de golpear la pared. Comenzó a prorrumpir improperios en voz alta. Volvió a ponerlo en marcha y avanzó hacia la salida, pero la velocidad aumentó y chocó contra una columna. Varun cerró el portátil mientras se desternillaba de la risa.

El chófer de los Sharma salió de la calle Maharsi Dadhichi Marg y tomó la dirección opuesta en Mahatma Gandhi Road. Sorprendida, Anita se inclinó en su asiento y le dijo en hindi al conductor que la zona de Colaba estaba hacia atrás. El hombre miró a Laura por el espejo retrovisor.

—Ha habido un ligero cambio de planes.

—¿Por qué? —inquirió sorprendida.

—Quiero presentarte a un amigo. Solo quiere hablar contigo en privado.

—¿Hablar?

—No tienes por qué alarmarte, de verdad.

Anita sintió que le ardía el rostro.

—Quiero que le digas que pare el coche, inmediatamente —replicó con frialdad.

—Eso no será posible.

Sacó de su bolso el teléfono móvil y marcó. Le temblaba la mano.

—Si es a la policía o a tu marido a quien llamas, no lo van a coger. Hemos bloqueado todas tus llamadas.

Anita la miró bruscamente.

—¿Hemos? ¿A qué se debe todo esto?

—No tenemos mucho tiempo. Te digo una vez más que estás en buenas manos. No vamos a hacerte ningún daño. Hemos investigado las actividades de tu marido y solo queremos hablar contigo. Será muy breve, te lo prometo.

—¿Quién eres?

—El servicio de inteligencia español —contestó con calma—. Deja el móvil en el bolso y respira hondo. Estoy aquí para ayudarte, Anita.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a un piso franco que David Ribas había dispuesto previamente.

Cuando llegaron al edificio, Laura salió primero, y dando rápidamente la vuelta al coche, abrió la puerta para que Anita saliese.

A pocos metros de distancia, Saabir, desde el interior del vehículo y tras sacar su última foto, bajaba la cámara con su potente objetivo, la dejaba sobre el asiento del copiloto y cogía el teléfono móvil para llamar a Asgar.

Al entrar en el apartamento de la segunda planta, David Ribas se adelantó a saludarla.

—Anita, perdona las molestias. Solo queremos hacerle una serie de preguntas. Será cuestión de minutos. Después el conductor le llevará de vuelta y podrá decir a Hassan que ha estado con la señora Sharma dando un paseo por Colaba. Así, su marido se quedará tranquilo.

Dijo todo esto en hindi con un acento que Anita no supo distinguir si era verdaderamente indio del interior del estado de Maharashtra o un magnífico simulador de acentos. En ese momento no estaba segura de nada, pero aquel hombre, por su porte físico, bien podría ser una estrella de Bollywood. Era el calor, pensó. En Bombay podía ser muy agobiante en esa época del año. Sintió que le flaqueaban las piernas.

—Toma asiento, por favor —le conminó Laura.

Los ojos de Anita fueron saltando de cara en cara.

La habitación era amplia, ventilada, con el ligero viento del mar Árabe entrando por las ventanas. Laura se aproximó a cerrarlas para amortiguar el ruido de los insoportables cuervos y del tráfico. Puso el aire acondicionado a tope.

Anita advirtió que el desconocido parecía sentirse muy cómodo. Como si llevara en la India interrogando a la gente desde hacía mucho tiempo.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre carece de importancia. Pero le diré que soy un amigo de la señora y del señor Sharma.

—¿También del servicio de inteligencia?

—No, no lo soy, pero sus fines me conciernen.

—¿Qué tiene que ver mi marido con España? Que yo sepa no tiene negocios allí.

—Se lo explicaré dentro de un momento.

—¿Cómo habla tan bien nuestro idioma? Lo habla perfecto. —le dijo en hindi.

—Digamos que tuve buenos profesores. Si no le importa, sigamos hablando en inglés, así Marta nos podrá entender.

—Creo que debería llamar a un abogado o incluso a la policía.

—Perderías la única oportunidad que tienes de salir de tu situación, Anita —dijo Laura como si fuese una amiga desde hacía años—. Escucha lo que quiere decirte, por favor. No somos policías, nosotros nos dedicamos a obtener información, y tú tienes una información que necesitamos.

—Mire, Anita, sabemos que Ishaan la maltrata físicamente y que se encuentra usted en una situación bastante precaria emocionalmente. Psicológicamente, su situación es insostenible. Nosotros estamos aquí para ayudarla porque somos los buenos de la película. La imagen social de emprendedor multimillonario y conferenciante y toda esa diatriba en su canal de YouTube, así como su empresa de cerveza, son meras tapaderas que encierran su verdadero carácter despiadado para blanquear los beneficios de su auténtico negocio.

Un denso silencio cayó en la estancia.

—Que es... —dijo Anita mirando a David fijamente. Unas lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas.

—El tráfico de armas y su venta al Estado Islámico, además del narcotráfico. Su marido está vinculado con una célula terrorista que supone una amenaza para la seguridad nacional española.

—Ahora viene la parte en la que tú nos vas a ayudar —añadió Laura, cogiéndole de la mano. Ella negó con la cabeza, moviendo su pelo alborotado.

—Si se entera de que he hablado con vosotros, me matará —dijo rotundamente.

—No se enterará.

—Su guardaespaldas es un matón. Ha asesinado a gente. Me da miedo.

Laura miró fijamente a David y este asintió con la cabeza.

—Lo resolveremos —dijo ella muy segura de sí misma—. No debes temer nunca más por él. Considera que ya no existe.

David se acercó a Anita.

—Seguramente no sabe dónde Ishaan guarda su dinero en cuentas en el extranjero, pero tiene usted acceso a una gran cantidad, los bienes inmobiliarios y varias cuentas a su nombre. Cuando él desaparezca, sus abogados se pondrán en contacto con usted para hacerle beneficiaria de todo. Pero, aunque no lo hicieran, sabe tan bien como nosotros que dispondrá del dinero suficiente para llevar a cabo una nueva vida regalada, por fin sin él. Piense en su hija, que ya no crecerá en un internado sino junto a usted.

Al mencionar a su hija, Anita se estremeció y entornó los ojos. No sabía quiénes eran exactamente esas dos personas; todo cuanto sabía era que no tenía más remedio que colaborar con ellas. Por su hija, pensó. Por los inocentes que morirían con las armas vendidas por su marido a terroristas. Por ella misma.

—¿Qué quieren que les diga?

TERCERA PARTE
UN HOMBRE PELIGROSO

Hassan se encontraba en el taller Karim Auto Works de la zona de Juhu. Allí reparaban todo tipo de coches, especialmente los de gama alta.

Los dueños mandaban allí a sus chóferes en vez de a los concesionarios oficiales, donde las piezas de recambio originales costaban una fortuna y muchas veces tenían que pedir las a las oficinas europeas, demorándose así la reparación del vehículo.

En el taller de Karim trabajaban con piezas de contrabando, que no eran originales pero daban el mismo resultado y a un precio mucho más asequible. Como las carreteras estaban mal mantenidas, ir a un taller a una revisión era algo habitual, de ahí el gran coste de mantenimiento en Bombay de un coche de gama alta.

Hassan se encontraba tumbado boca arriba sobre una plancha horizontal con ruedas inspeccionando los bajos del vehículo y la parte interior de las ruedas delanteras. No se dio cuenta de cómo los cuatro trabajadores se marchaban del lugar.

—No sabes cuánto me alegro de volver a verte —le espetó David Ribas.

Hassan, sorprendido por aquella voz desconocida, salió de los bajos del coche y se puso de pie, en alerta.

—¡Tú!

David sonrió.

—¡Yo! Te sorprende, ¿verdad?

—Mucho.

Hassan levantó un tubo de hierro, tratando de utilizarlo como un bate. Ya precavido, David había dado unos pasos hacia adelante, colocándose en el arco que trazó el tubo. Con un golpe seco propinado con el canto de la mano le rompió la nariz, con tanta fuerza que le hundió el cartílago. Hassan cayó de espaldas sobre la carrocería del vehículo e hizo amago de levantar el tubo de hierro, pero David se lo quitó e inmediatamente lo descargó brutalmente contra su cabeza.

El español estaba mirando el cuerpo tendido de Hassan cuando oyó una voz gutural a su espalda.

—Suelta el hierro.

David se giró lentamente y vio a un gigante vestido con un mono de trabajo lleno de manchas de aceite, empuñando una navaja con la que le apuntaba directamente.

—Me figuro que tú debes de ser Karim.

—Te he dicho que lo sueltes —insistió.

—Lo siento por tu amigo. Me imagino que al ser un cliente habitual estarías al tanto de sus negocios y actividades con su jefe, un tipo llamado Ishaan Mujerkee.

—Lo que te puedes imaginar es lo doloroso que puede ser una puñalada en la barriga si no tiras ese tubo.

David lanzó el hierro a un lado.

Por puro instinto, Karim, sin poder reprimirse, echó un vistazo a Hassan. Al hacerlo, el movimiento de la navaja le hizo bajar la dirección de la mirada, lo que aprovechó el español para asir con fuerza la muñeca, agitándola hacia arriba y hacia un lado. Con total rapidez, se situó a su espalda, enlazó al indio por el cuello y, con un fuerte tirón, se lo rompió. El hombre se tambaleó y cayó al suelo con todo su peso.

Al día siguiente, el matrimonio Sharma había desaparecido del edificio Bharatkrishna, dejando sorprendidos al presidente y a la comunidad de vecinos, que se regocijaron de haber sido ellos los causantes de su precipitada marcha por no cumplir las normas de convivencia establecidas. Todos los muebles utilizados para la decoración, así como utensilios de cocina, fueron donados a una ONG.

Según Anita, después de su breve estancia en Singapur su marido se reuniría en Berlín con un hombre llamado Omar Abdulla. Dando con el paradero de su contacto, conseguirían saber el lugar de encuentro y así poder eliminar al miembro del Estado islámico.

Una vez en el Cervantes, Laura comenzó a estudiar el pasado y las actividades recientes de Omar, pero no encontraba indicios de que hubiese viajado a Berlín, sino a Bélgica. Habría estado viajando por Europa de forma clandestina y de tal modo se encontraría en Berlín. Le comunicó a David por teléfono, a través de una línea segura, que le llevaría por lo menos una semana en dar con el paradero en Alemania de Omar. Él, por su parte, le contestó que lo averiguaría de un día para otro con ayuda de Hassena, y le mantendría informada.

A quien le sorprendió particularmente la marcha del matrimonio Sharma fue al cónsul español en Bombay, Eduardo Muñoz. Pensó que igual no se habían adaptado a la vida de la India o más bien ella no quería permanecer allí más tiempo. Recibió un mensaje en su móvil. Asgar le solicitaba que se reuniese con él en el lugar de costumbre, en la cafetería del hotel Marriott.

—¿Sabes quién es este hombre? —le preguntó mostrándole una foto en la que aparecía David Ribas—. Saabir dice estar seguro de que es español por la forma tan distendida con la que conversaba con la señora Sharma.

—Nunca lo había visto. En la fiesta que organizó, no estaba.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntar mostrándole más fotos.

Eduardo las observó una a una con detenimiento.

—Completamente, la esposa española de Prasad Sharma no mencionó a ningún español en la India con quien estuvieran realizando negocios como intermediario. Incluso no me dio a entender que fuese ella quien realizase los negocios de su marido.

—¿Tú qué crees que estarían haciendo?

—Seguramente llevando a cabo algún tipo de acuerdo comercial ¿Quién es la otra mujer?

—Anita Bhaduri Mukherjee. Su marido es el dueño de las cervezas BluTiger. Para nosotros es intocable. Lo que pienso es que ella estaría reuniéndose con tus compatriotas por algún proyecto multimillonario.

—Si lo han llevado a cabo, es ya demasiado tarde para pensar en secuestrarla, porque ya se encuentran fuera del país.

—De todos modos, quiero que averigües quién es este hombre, sin duda un intermediario comisionista que puso a las dos mujeres en contacto. Estoy convencido de que es un pez gordo y puede ser nuestro objetivo.

Estaban frente al mar, sentados en el interior del vehículo Embasador de color blanco que siempre utilizaba Hassena. Ambos miraban el exterior a través de los cristales. Fuera del vehículo, el conductor y el fiel guardaespaldas Arjun observaban a su alrededor que nada sospechoso sucediera para proteger con sus vidas a la jefa del crimen organizado.

Se veía parte de la playa de Chowpatty desde donde estaban situados, en la empinada cuesta que corona Marine Drive. Más allá, la primera oleada de jóvenes, parejas y familias se disponían a disfrutar del atardecer probando suerte con los dardos, comprando globos, cucuruchos de cacahuetes tostados o tomando helados y sorbetes.

Hacía unos diez minutos que Hassena había recogido al español en el edificio donde un empleado suyo realizaba pasaportes falsos. Se había cortado el pelo y afeitado, le habían tomado las debidas fotos e incluso incorporado su nueva identidad en los ordenadores gubernamentales. Según le explicó, sus contactos en Berlín le harían saber dónde se encontrarían Omar Abdulla e Ishaan Mukherjee.

—Hassena, entiendo que estés preocupada, pero mi vuelo sale en tres horas, y ya sabes el tráfico que hay hasta el aeropuerto.

Ella siguió guardando silencio, con la mirada fija al frente. Suspiró, y por fin, dijo:

—Quien sobrevive a un naufragio, difícilmente sube por su propia voluntad a otro barco, aunque sea un transatlántico.

—¿Una de tus nuevas frases de autoayuda? —preguntó David, esbozando una sonrisa.

—Todavía no he acabado. Esa persona que ha sobrevivido a una desgracia solo quiere estar en tierra firme. No porque se haya rendido, sino por seguridad, para obtener venganza de los que causaron el daño que le infligieron.

—Comprendo lo que me quieres decir. Gurú te ha hablado de mí, ¿no es así?

—Sí.

—Si te tranquiliza, yo aún no estoy dispuesto a dejar la India y acabar mi vida en España, sentado frente a un ordenador y con una jornada diaria de ocho horas, como mínimo.

—De acuerdo, concentrémonos en tu misión —dijo ella. Guardó silencio para volver a hablar al cabo de un instante—. Meses antes de que Indira Gandhi fuese asesinada, ella había autorizado el asalto al Templo Dorado de Amritsar, el lugar más sagrado para la comunidad sij. Su objetivo era acabar con un grupo de terroristas que se habían refugiado en el interior a sabiendas del carácter sagrado del templo y de que, por tanto, las fuerzas de seguridad no entrarían en él. Esos terroristas, liderados por su carismático líder Bhindranwale, eran militantes que luchaban por crear un estado sij independiente de la India, llamado Khalistan. Utilizando el recinto como madriguera, durante semanas los terroristas habían estado atacando a hindúes e incluso a sijes que no comulgaban con sus ideas. ¿Te va sonando la historia?

—Algo me dice que estás haciendo una similitud con el Estado Islámico.

—Sigo. Atacaban y volvían a entrar en el templo a esconderse. Las fuerzas del orden se sentían impotentes, ya que no podían entrar en un lugar sagrado para no mancillar la opinión pública de los creyentes sijes. Pero Indira Gandhi ya estaba cansada de esa tomadura de pelo. Era una situación intolerable. No podía consentir que esos terroristas impunemente llevaran a cabo sus crímenes y se burlasen del gobierno, y además matasen a ciudadanos indios que profesaban

incluso la religión sij. No solo estaba sobre la mesa la importancia de salvaguardar vidas humanas, sino que si no actuaba daría una imagen a toda la nación de indecisión y debilidad. Decidió de una vez por todas enviar al ejército.

»Aquella operación recibió el nombre de Operación Estrella Azul. A pesar de que los terroristas sijs usaron a peregrinos y civiles como escudos humanos, el recinto del Templo Dorado fue desalojado. Murieron más de seiscientas personas, entre militares y terroristas. Entonces, Indira dio una imagen a la nación muy lejos de parecer débil, sino adorada, admirada, reverenciada como madre del país.

»¿Y qué pasó? Le habían advertido de que retirase a sus escoltas sijs, pero ella dijo que no lo haría, porque ellos no le causarían daño alguno, según ella. Pero el fanatismo es muy poderoso en la mente de las personas. Al poco tiempo, los propios guardaespaldas sijs de Indira la asesinaron por venganza al profanar su más sagrado santuario. ¿Qué sucedió? Que hubo consecuencias. Por parte de la víctima, los fanáticos seguidores de Indira salieron a las calles y comenzaron las matanzas, los asaltos y la destrucción contra la comunidad sij. Mataron a muchas personas inocentes que nada tenían que ver con aquellos terroristas militantes de Bhindranwale ni con sus seguidores. Y al año siguiente, unos terroristas militantes defensores de Khalistan pusieron una bomba en el vuelo internacional de Air India que salía de Canadá, matando a más de trescientas personas a bordo. ¿Te va sonando la historia?

—El círculo se cierra, se repite.

—Sí, pero lo que quiero decirte es que el que sigue sus instintos conserva su naturaleza original hasta el final.

Hassena bajó la ventanilla e hizo un gesto a su guardaespaldas; este llamó la atención a su vez al conductor.

Se internaron en el tráfico de camino al aeropuerto.

—Himanshu nos ha hecho mucho daño. Él estuvo en contacto con Hassan, a quien advirtió de que tú, un extranjero que trabaja para mí, iría en tal dirección a tal hora. Hassan era el guardaespaldas de Ishaan Mukheerje, es este quien sigue vivo y debe morir. En cuanto a Omar Abdulla, entiendo que los españoles también lo quieren muerto. El Estado Islámico se está fragmentando, pero aún quedan sus células y lobos solitarios. —Suspiró con profundidad—. ¿En cuántos lugares más veremos la bandera negra ondeando? La marca del terrorismo salafista ha quedado inyectada en la sociedad.

—No va a desaparecer, no de momento. La violencia está lejos de acabar. Siempre habrá inversores saudíes listos a financiar la yihad con su interpretación wahabí. Siempre habrá extranjeros que respondan al llamamiento de los extremismos.

Hassena se giró y observó pensativamente a David.

Comenzaron a caer unas ligeras gotas de agua, pero enseguida la lluvia paró. La temporada del monzón se resistía a comenzar en Bombay.

La diferencia que había respecto a la última vez que Carlos Saavedra había visitado el Cervantes era que la seguridad había aumentado considerablemente. Los puestos de control eran mucho más minuciosos, hasta el punto de que parecía una fortaleza medieval.

Le recibió Laura García, con su aspecto duro y suspicaz, al mismo tiempo que fuerte y orgullosa. Lo acompañó a la planta del director. Carlos vio que era una mujer de físico impresionante. Sus pasos no eran ni lentos ni rápidos, ni muy largos ni muy cortos, eran anónimos. Eran los andares de un agente profesional, porque al igual que las huellas dactilares, la forma de caminar de cada individuo son particulares, de ahí que entre una multitud de viandantes se pudiese distinguir al adversario. «Julián ha sabido rodearse de lo mejorcito», se dijo.

Las paredes del edificio eran de hormigón armado. La decoración era muy austera, no había ningún añadido decorativo. No había cristales que pudieran romperse y todo el sistema eléctrico estaba completamente protegido.

Carlos tuvo que pasar por dos controles de seguridad antes de franquear las puertas que daban acceso al interior. El primer control fue en el vestíbulo, un lugar blindado a prueba de balas y bombas, donde le pidieron que pronunciase una contraseña que previamente Julián Fernández le había hecho saber, y que solo era válida para ese día de visita. El segundo control fue un escáner dactilar y someterse a una fotografía de retina.

Siguiendo de cerca a Laura, cruzaron por una sala de proporciones gigantescas repleta de pantallas planas de ordenador donde una docena de empleados trabajaba exclusivamente en la lucha contra grupos terroristas del integrismo islámico. Aquello le pareció una colmena de silenciosa actividad.

Más adelante pasaron por la sala de operaciones, un verdadero mosaico de pantallas de plasma en las que aparecían imágenes de estaciones de autobuses y trenes, terminales de aeropuertos, calles transitadas por viandantes, carreteras, parques... Un auténtico caos de imágenes en tiempo real entre las que un puñado de expertos analistas debían encontrar patrones e indicios concretos que pudieran suscitar una alarma o advertencia para afrontar el peligro planetario que presentaba el fundamentalismo islámico radical. Encima de las pantallas había una hilera de relojes que marcaban la hora de distintos lugares del mundo.

Tras pasar ante aquella panoplia de imágenes digitales se dirigieron al fondo de la sala. Laura abrió una puerta y le hizo entrar a una habitación inundada por una luz natural que se filtraba a través del ancho ventanal a prueba de bombas y balas. Los tacones de los zapatos del visitante repiquetearon sobre el suelo de madera bruñida. Se encontró allí con Julián, que inmediatamente se levantó tras su escritorio y fue a recibirlo con un apretón de manos.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

—Nada, gracias.

Julián meneó la cabeza hacia Laura y ella salió del despacho y cerró la puerta.

Fue Carlos Saavedra quien en su día le propuso la creación del Cervantes bajo la conformidad y decisión final del rey. El país estaba en alerta continua sobre atentados terroristas e infiltraciones de nuevas células yihadistas.

Los islamistas habían cometido un devastador atentado en Madrid, causando más de doscientos muertos y cientos de heridos: fue la gota que colmó el vaso y que dio pie a la creación

del Cervantes ante la ineptitud del gobierno y la burocracia política, que no sabían o más bien no se atrevían a tomar medidas contra la amenaza del islamismo radical.

Cuando se inició, a los trabajadores de la construcción se les investigó minuciosamente su vida íntima, familiar y profesional. Se les hizo firmar una serie de documentos bajo un acuerdo de confidencialidad. Si cometiesen el menor desliz, estupidez o error de romper el silencio sobre lo que se construía en el interior del edificio, se aseguraban una pena de muchos años en una prisión además de la inhabilitación de por vida para trabajar en el sector de la construcción en todo el ámbito nacional.

A su habilidad para solucionar problemas, Carlos creía que Julián era tan bueno como el director de inteligencia de Israel. Además, consideraba que tenía una habilidad especial para encontrar los puntos débiles de un adversario y cómo utilizarlos en su contra. Como este le dijo un día: «El truco está en ser rápido en tus decisiones, descubriendo las flaquezas de tu adversario, y cómo no, encontrar la forma más original de explotarlas en tu beneficio, ya está».

—¿Cómo viste a tu hombre en la India? ¿Lo has validado?

—Después de ser torturado en una comisaría de la India, la verdad es que pensé que estaría peor, con alguna incapacidad física o psíquica, pero no. Está totalmente recuperado.

—Me alegro. ¿Aún alberga la posibilidad de que se una al Cervantes?

—David Ribas libra su propia batalla, ha renunciado a todo, amistades, familia, afectos...

—Pero no a la justicia.

—Para él, la única justicia que alberga se llama venganza. Considero que su sed de venganza es justa, pero, sin embargo, ha hecho mucho daño a un corazón que siempre fue generoso. Yo conocí a su esposa, y además, fui quien lo reclutó, y bajo mi mando se formó como profesional. El David Ribas de antes no es el de ahora. La experiencia que sufrió en la India le ha cambiado, absolutamente.

—¿Y qué crees que le motiva para seguir en la India?

—Él se está sumergiendo en el sufrimiento, en el más profundo dolor, y ese es el único placer que encuentra para seguir con vida. Su objetivo sigue siendo el mismo desde que murió su esposa por los terroristas pakistaníes: matar cuantos más terroristas mejor. Nadie tiene esa firmeza, más ímpetu y perseverancia para acabar con esta lacra. Nada puede detenerle.

—Comprendo que contra los terroristas islamistas es difícil adivinar lo que pretenden y que tengas que hacer cosas tremendas para evitar que atenten. Con ETA sabíamos a qué atenernos. Sabíamos lo que querían y por qué la nación española no se lo concedía. Pero los islamistas, ¿qué pretenden?

—La verdad es que es un asunto muy complejo que da pie a largas argumentaciones. Son muchas cosas las que quieren. Echar a los americanos y aliados de Oriente Próximo, exterminar a todos los infieles, crear un califato en España, imponer la sharía. La lucha que emprenden para conseguir sus propósitos es ajena a las realizadas por ETA, GRAPO o incluso el IRA, en aquellos años. Ellos ponían bombas lapas en vehículos, o las accionaban a distancia, y hacían lo posible por no ser capturados por las fuerzas de seguridad, pero los islamistas utilizan terroristas suicidas. No tienen reglas. A esto hay que añadir que tienen células repartidas por todo el mundo.

—Por ese motivo se te encomendó dirigir esta organización secreta, para impedir que ocurra aquí. Hoy en día la moda es pensar que la amenaza terrorista ha disminuido.

Una célula del Estado Islámico había planificado una operación perfecta en Barcelona. Tres hombres habían adquirido entradas en el estadio del Fútbol Club Barcelona dispuestos a inmolarse con chalecos explosivos. Antes de que los explosivos llegaran a los seleccionados voluntarios musulmanes, el Cervantes había intervenido un contenedor de cuarenta pies en el

puerto de Barcelona que trasportaba componentes y accesorios de automoción, pero que en su interior escondía los detonadores y chalecos.

Meses antes, Laura García y un equipo de operativos consiguieron abatir a dos islamistas en una casa de campo a las afueras de Madrid. Fue el *hacker* Varun Grover quien, tras detectar una comunicación inoportuna a través de un móvil, y ser analizada por el departamento de idioma árabe, determinaron el macabro propósito de los terroristas: impactar un camión lleno de fertilizante explosivo contra el edificio del Museo del Prado, causando así una publicidad mediática que trascendería fronteras.

Las autoridades españolas no publicaron absolutamente nada sobre estos asuntos, ni solían aparecer en los medios de comunicación.

En lo que llevaban de año los agentes del Cervantes habían neutralizado —eufemismo utilizado para el asesinato—, a más de una veintena de terroristas.

Si la sociedad española hubiera sabido de lo cerca que el Estado Islámico había estado de causar tantísimo daño, habría perdido la confianza en los servicios de seguridad de la nación. Además, los medios los habrían crucificado porque, aunque la sociedad quería el país libre de terroristas, se les hubieran echado encima acusándolos de antidemocráticos y criminales por tener mano dura cuando hicieran lo que debieran hacer.

—Y así ha sido hasta ahora, porque en esta organización no nos debatimos sobre si es ético o moral neutralizar a un terrorista, sea mujer u hombre. Ellos llevarían a cabo el atentado más bárbaro y macabro que se hubieran imaginado si nosotros no se lo impidiéramos. Si en Gaza lanzan contra Israel cohetes desde colegios de niños, como escudos humanos, porque saben que el ejército israelí no les atacará estando allí, estos del Estado Islámico son iguales, son capaces de hacer volar un colegio entero para conseguir sus propósitos. Aquí, en esta organización, trabajamos como si todos fuéramos cirujanos dentro de un quirófano, intentando extirpar tumores, pero cuando conseguimos eliminar uno, inmediatamente tenemos que poner todo nuestro esfuerzo en otro.

—¿Quieres decir que siempre vais detrás de ellos?

—Desgraciadamente, sí. Pero, de momento, conseguimos prevenir los atentados. El motivo está en que hay células repartidas por toda Europa. Hay lobos solitarios a la espera de órdenes, a los que intentamos mantener vigilados las veinticuatro horas; pero hay personas que no tienen un historial sospechoso por el que podamos prevenir sus acciones, hay células que van a Rusia a adquirir ántrax, otras a países comunistas en busca de uranio para construir bombas.

»Al terrorista que lleva consigo un explosivo hay que abatirle apuntando a la cabeza, y aun así se corre el riesgo de que detone el disparador que lleva apretado en una mano, porque esa mano puede sufrir un espasmo al recibir en la cabeza un impacto de bala. Y si el terrorista suicida falla, otra persona puede accionar el mecanismo mediante un control remoto. Por eso, en alguna ocasión hemos tenido que recurrir al equipo de artificieros del TEDAX.

—¿Y quién es ese islamista que quieres que elimine David Ribas en Alemania?

—Se llama Omar Adbulla. Es el cabecilla de una nueva célula terrorista. Se dedica a seleccionar nuevos lobos solitarios, tiene una gran disponibilidad de recursos tecnológicos y se ha empeñado en falsificar billetes que mandan a Latinoamérica u otros países para blanquearlos, ya que allí las autoridades locales desconocen las técnicas para reconocer euros sospechosos y carecen de los equipos necesarios para determinar su autenticidad. Omar fue el causante del accidente aéreo en el que fallecieron seis *influencers* de nacionalidad turca.

—¿Y eso?

—Las jóvenes tenían miles de seguidores en sus cuentas de redes sociales e importunaban

bastante a los radicales islamistas por la influencia que ejercían en miles de personas, dándoles a conocer sus estilos de vida y actitud con el islam. Durante el trayecto entre Estambul y Emiratos Árabes, donde iban a asistir a una boda, el avión sufrió una fuerte explosión cuando sobrevolaban una zona montañosa del sur de Irán.

—¿Cómo pudieron colocar una bomba en el avión?

—Creemos que fue el copiloto quien, por orden de Omar Adbulla, se inmoló dentro de la cabina. Utilizó un explosivo muy pequeño, pero suficiente como para hacer caer el avión.

—Dime, ¿crees que tu hombre está capacitado para acabar con él?

—En la India David Ribas se mueve como un tiburón acostumbrado a sobrevivir en aguas peligrosas y profundas. Berlín, como otra ciudad europea, estoy convencido de que se le queda pequeña.

Emilio Zaragoza llevó en mano el mensaje al director de la Policía Nacional, porque, según le dijo desde un principio, no quería confiar nada de lo relacionado con tramas de escuchas y espionaje mediante comunicaciones informáticas. Nada era seguro en época de infiltraciones. Nada estaba a prueba de *hackers*.

—Señor director.

Con su atención puesta en unos papeles, Diego Muñoz frunció el entrecejo sin levantar los ojos.

—Dime, Emilio.

Sin decir nada, colocó el fichero sobre el escritorio, y él se apresuró a leerlo.

Mientras estudiaba el informe, la sangre se le subió al rostro.

Con los puños cerrados sobre la mesa, dijo:

—¡Es increíble! —Saltó de su asiento como si hubiera recibido una descarga eléctrica y comenzó a dar vueltas mientras pensaba en aquella información.

—David Ribas está vivo —aseveró Emilio.

No se molestó en bajar la voz para que no se le notase la satisfacción que sentía. Todavía no habían nombrado a un nuevo director de operaciones y él esperaba ocupar el puesto. Sabía que, si seguía mostrando su lealtad a su director, tenía muchas posibilidades de obtenerlo. Pero cometió el fatal error de querer ser amable.

—¿Hay algo que quiera que haga?

—¡Que *quiera que haga!* —le espetó levantando los brazos, tomando asiento tan rápido como antes se había levantado—. Pues claro que quiero que hagas algo. Siéntate. —Aún enfadado, preguntó—: No es una foto antigua, ¿verdad?

—Señor, lo he verificado. David Ribas fue fotografiado en el aeropuerto de Berlín, en Alemania.

—Emilio, sé dónde está Berlín.

—Llegó procedente del aeropuerto internacional de Bombay con el nombre de Francisco Quevedo Galdós.

—¿Me tomas el pelo?

—No, así consta.

—Encima con sentido del humor.

Observó con atención las imágenes tomadas por las cámaras del contador de inmigración.

El teléfono móvil vibró sobre su mesa. Era uno de los tres teléfonos que siempre llevaba consigo. El que había recibido un mensaje era el personal. Lo cogió mientras seguía observando las fotografías. Abrió la bandeja de correo, vio que era de su hermano, cónsul de España en Bombay. Apretó el botón, leyó el mensaje. No era la primera vez que Eduardo le pedía antecedentes de una persona. Iba a dejar el móvil cuando por pura inercia se fijó en la foto que le mandaba. Se repantingó en su asiento, la amplió y se la mostró a Emilio Zaragoza.

—Mira, por lo visto alguien ha dado con él en Bombay por pura casualidad. Con barba y pelo largo. No sé quién habrá sacado la foto, ni por qué diablos me piden que averigüe quién es. Igual intentó pedir algún documento en el consulado o quiso interceder por algún tercero, ¡qué sé yo! Pero tenemos que acabar con esto, ya, antes de que la gente sepa quién es.

—Nuestro *software* de lectura de rostros lo detectó al ser captado por las cámaras en el aeropuerto. Los alemanes no tienen nada contra él, ya que su nueva identidad no figura en ninguna orden de detención, y su pasado está limpio, borrado de los archivos informáticos. De este modo consiguió salir del aeropuerto sin que le molestasen. Es como si se tratase de un hombre nuevo, pero es él.

Diego no tardó en contestar a su hermano unas breves frases. «No te involucres con él. Se llama David Ribas. Es muy peligroso. Está siendo investigado. Si quiere algún trámite oficial, lo mandas a la embajada en Nueva Delhi. Un abrazo».

Observó de nuevo la fotografía y señaló el ángulo inferior izquierdo.

—Aquí pone fecha de hoy.

—Sí, es de hace una hora, por eso he querido informarle de inmediato, según las instrucciones que me dio.

—Sabía que estaba vivo, pero ahora tenemos pruebas. Nadie puede desvanecerse, no por mucho tiempo. Ese hijo de puta de Julián Fernández lo pagará caro. Haré que este caso le estalle en las narices.

Desde que supo el rumor de que el operativo David Ribas había sido visto anteriormente en Inglaterra, no cejó en el empeño de encontrarlo.

—¿Y si lo filtramos a la prensa?

Diego adoptó una expresión más endurecida.

—Ni lo vuelvas a mencionar. Lo tenemos en bandeja. No queremos promocionarlo dándole publicidad y que escriban de él crónicas como si fuese un James Bond revivido. Tenemos que eliminarlo y que la repercusión recaiga con todo su peso sobre Julián, que no tendrá más remedio que dar públicamente explicaciones de cómo un agente operativo, supuestamente fallecido en la India tras el asalto terrorista al hotel Taj Mahal Palace de Bombay, ha seguido vivo y se encuentra en Alemania.

Julián Fernández y el actual director de la Policía Nacional, Diego Muñoz, habían sido compañeros en la lucha contra el terrorismo, en la que habían tenido un papel decisivo vigilando a grupos insurgentes, diversas unidades chiíes y suníes, yihadistas y a numerosas facciones de organizaciones radicales expandidas por Oriente Próximo y Extremo Oriente.

Diego había estudiado la cultura islámica, lo que había conseguido aumentar su absoluta antipatía por el islam. No solo la religión, sino la forma de vida le parecía atrasada, medieval. Estaba plenamente convencido de que los musulmanes debían ser erradicados del suelo español, ya que nunca conseguirían conciliar sus creencias religiosas con el progreso de España.

Desde su alto cargo se había propuesto librar a España y al mundo entero de terroristas islámicos y sus simpatizantes. Pero debido a la crueldad en sus técnicas de interrogatorios, y después de matar a dos jóvenes estudiantes iraníes que no tenían nada que ver con el terrorismo islámico, Julián lo denunció a sus superiores y fue relevado del puesto.

Debido a sus contactos y afinidades políticas con cierto ministro, este le propuso como nuevo director del Cuerpo Nacional de Policía, no sin esperar un trato recíproco desde su nuevo cargo.

Ahora, él era consciente de que Julián dirigía una organización secreta dedicada al espionaje. Pero ¿dónde había conseguido los fondos? Era totalmente legal y al parecer obtenía total protección burocrática: no se explicaba la razón. Sabía que estaba metido en algo y sus intentos de averiguar qué era siempre habían fracasado. Nada. Era como si estuviese protegido ya de antemano.

—Continuará allí, me imagino.

—Sí, señor.

—¿Lo tienes vigilado?

—Todo el tiempo.

—¿Podrás encargarte de este asunto?

—Sí, señor. De hecho, desde que supe de su presencia en Berlín, estoy en contacto con un grupo de sicarios rusos. Los tengo a la espera.

—Ya sabes que por el dinero no hay problema.

—Lo sé. No son baratos, pero sí fiables.

—¿Cómo ha podido seguir vivo?

Emilio se encogió de hombros.

—Posiblemente fue solo cuestión de suerte.

Diego le miró fijamente.

—¿Durante todos estos años? No me lo creo. Se necesita *algo* más que suerte.

—Tiene usted toda la razón —aseveró asintiendo con la cabeza.

Diego meditó un momento, respiró hondo y expulsó el aire lentamente.

—Lo quiero muerto en la calle, hoy. —Sus ojos brillaron con maldad—. Que su cuerpo salga públicamente en los medios de comunicación alemanes, y después de la investigación sobre su identidad, salga a la palestra el ministerio de Exteriores. Ya verás cómo toda la responsabilidad acabará sobre Julián.

Emilio salió del despacho y se dijo así mismo: «Eres hombre muerto, David Ribas. Aunque aún no lo sepas». Marcó un número en su teléfono móvil.

Llegó a la Puerta de Brandeburgo. Un grupo de unos treinta turistas se arremolinaban alrededor de una guía que les hablaba en inglés y después en italiano. Llevaba levantada una bandera distintiva de su agencia para que todos ellos pudieran seguirla.

David Ribas se aproximó y se mantuvo cerca de dos italianos rezagados que miraban con curiosidad los puestos de recuerdos.

Uno de ellos levantaba un trozo de piedra mientras su compañera le sacaba una foto con el móvil. Era un pedazo del muro que el hombre berlinés quería venderles alegando su sello, repitiendo una y otra vez en voz alta: *Original Berliner Mauerstein*.

Al final, los turistas lo acabaron comprando junto a varias medallas del Ejército Rojo: unos recuerdos que ya no eran más que una profunda cicatriz en el rostro de la historia.

Cuando fueron a unirse al grupo, David los siguió y se colocó entre ellos como uno más. De este modo pasaría desapercibido ante las cámaras urbanas de seguridad y tendría tiempo de observar el GPS de su móvil.

Comenzó a llover. Las suaves gotas de agua eran empujadas por un suave viento del este, semejante a una sucesión de cortinas grises.

Un británico se puso la capucha del chubasquero, desprendiéndose de la gorra con los colores primarios de la compañía turística. El español la recogió del suelo y se la puso en la cabeza.

Todos se refugiaron bajo el edificio lateral de la Puerta de Brandeburgo.

La guía era ingeniosa, perspicaz en sus comentarios históricos y respondía a las preguntas sobre el comunismo y el capitalismo de los turistas más curiosos. De pelo rubio y ojos risueños, llevaba un impermeable ajustado negro brillante y poseía un físico exuberante.

Después de explicar que la famosa cuadriga era un símbolo de la gloria conquistada por Prusia en las guerras contra Francia y Austria y que la gigantesca figura femenina de la diosa de la Victoria, más grande que los caballos y con énfasis guerrero, reproducía las facciones de la amante del autor del monumento, dijo con desparpajo, levantando un brazo:

—¡La Victoria es la única mujer de Berlín que no tiene pareja!

David leyó en un panfleto de la agencia turística el itinerario a seguir y consultó su GPS.

Dejó de llover.

A medida que avanzaban hasta la Friederichstrasse, donde estaba el puesto fronterizo conocido como Checkpoint Charlie, la venta de objetos para coleccionistas era muy numerosa. La guía les comentó cómo los *vopos* disparaban desde torretas revestidas de falsos espejos en cuanto veían a alguien que trataban de escapar a Alemania occidental.

Subieron todos a un autobús, y después de recorrer calles con cines, pizzerías y *kebabs* turcos, la guía se levantó de su asiento, de pie junto al conductor, y con el micrófono en mano sugirió un receso en el Mall Europa Center y tomar un café para reponer fuerzas de cara a la siguiente visita programada, el Estadio Olímpico.

En el centro comercial, David aprovechó para ir a su cita, saliendo del edificio discretamente por una puerta lateral.

Nada más en el exterior, se cruzó con un grupo de lesbianas con tacones de punta y ceñidos vestidos, que se manifestaban ruidosamente a favor de los derechos sexuales mientras repartían

panfletos a todos los viandantes. David no les prestó la menor atención. Se dirigió a la Breitscheidplatz.

La fuente del globo terráqueo era un lugar de encuentros y desencuentros, para escuchar música, charlar con los amigos o simplemente un punto de cita. David se situó a un lado y desde la distancia vio el puesto ambulante de Mustafa Doner Kebab en el lado opuesto de la calle.

Se acercó y saludó dejadamente en hindi. El vendedor observó la fotografía del español en su teléfono móvil, comprobando que era el contacto de Hassena *madame*. Terminó de preparar un *kebab* y escribió algo en el envoltorio. Lo enrolló en una servilleta blanca y lo puso encima del mostrador para inmediatamente mostrarse ocupado en otros quehaceres. David dejó unos euros, cogió el paquete y se fue.

A los pocos metros lo desenvolvió y leyó: *Herr Schuster de SweetMona en Ku'Damm*.

Desde su móvil, escribió a Laura García la dirección. En Madrid, en la sala de operaciones del Cervantes, ella y Varun Grover seguían sus pasos virtualmente según la ubicación en tiempo real de su teléfono móvil.

Llegó a la avenida Kurfürstendamm, llamada coloquialmente Ku'Damm. Frente al SweetMona, un lujoso local de *striptease*, un hombre de unos cuarenta años y rostro huesudo repartía folletos sobre el negocio del sexo.

Cuando David tuvo la intención de entrar, el hombre se puso en el medio. Después de mirarle de arriba abajo, supo que no era alemán. Le habló en inglés.

—Eh, amigo, ¿a dónde crees que vas? El espectáculo es por la tarde.

—Tengo una reunión con *Herr Schuster*.

El hombre sacó un teléfono móvil del bolsillo y escribió algo.

En el cristal de la marquesina donde se exhibía un enorme cartel de mujeres semidesnudas, David vio el reflejo de una persona. Su mirada se detuvo en un rostro que había visto antes. Lo había visto al salir de los grandes almacenes, tras dejar al grupo de turistas.

Al cabo de un instante, el hombre recibió un mensaje, y sonriendo e inclinándose con gesto teatral, le abrió paso y dijo ceremoniosamente:

—Bienvenido a SweetMona, caballero.

El interior era tan retumbante como un castillo medieval. Había arcos góticos, cruces formadas con bombillas rojas y paredes de piedra que le daban un aspecto de institución eclesiástica; para quien no estuviera acostumbrado a la atmósfera que imperaba, acentuaba su carácter opresivo.

En un lateral, un grupo de chicas vestidas con ropa de deporte ajustada practicaban entre pantomimas y acrobacias el número erótico de un baile con la música de fondo de *Ich bin vom kopf biss fuss auf liebe eingestellt*, de Marlene Dietrich, bajo las órdenes y llamadas de atención de un coreógrafo, con tono de voz amanerado.

Todas las mesas estaban vacías, excepto una en la que había dos personas hablando mientras bebían y fumaban.

David se aproximó al tiempo que uno de ellos decía al otro en voz alta repetidamente: *Das ist unsere schande*, esta es nuestra vergüenza. Al ver la figura del visitante que se aproximaba, se levantó y con la mano levantada le indicó a que se acercara.

—Le comentaba a mi amigo que Alemania se ha degradado moralmente desde la caída del muro.

—Con la unificación —añadió el otro.

—Sí, con la unificación.

—Mal no ha ido, ¿no? Al menos para tu negocio —aseveró a su amigo.

—La libertad, como la verdad, siempre tiene sus desventajas y su precio.

David supo que el que mantenía la conversación era *Herr Schuster*, el contacto de Hassena. Tenía el rostro picado de orificios, una cicatriz en la frente y la nariz chata, pruebas de trifulcas callejeras y encontronazos casi mortales.

—Ahora me disculparás, Sebastian —dijo sonriendo, enseñando unos dientes uniformes y blancos, y señalando al español—. Tengo un recado que dar a este hombre.

Llevó a David a un extremo y le conminó a sentarse junto a él en una de las muchas mesas vacías.

—Las personas que buscas te estarán esperando en el apartamento número cinco, derecha, del edificio Odin, que está situado justo al lado de la parada de Boddinstrasse. No tiene pérdida. Les he hecho saber que eres un conocido falsificador portugués.

Hizo un chasquido con los dedos, llamando la atención de una chica que limpiaba vasos detrás de una barra, y le gritó algo en alemán.

La chica se acercó con una bolsa. *Herr Schuster* la abrió y sacó una placa del tamaño de un billete de cien euros.

—Esta es tu entrada para que te den acceso al apartamento, donde espera Omar Adbulla ansiosamente —dijo entregándosela. Añadió—: Desde hace tiempo sueña con un nuevo método más eficaz para falsificar dinero. Calculo que tendrás tres o cuatro minutos hasta que sepa que es una imitación de una placa falsificadora de billetes.

La chica, que había vuelto a sus quehaceres detrás de la barra, fue alertada por el hombre que repartía publicidad en el exterior y se volvió a acercar a *Herr Schuster* para murmurarle algo al oído.

—Parece ser que te han seguido.

—Lo sé.

—No tiene pinta de ser alemán.

—Me las arreglaré.

—Sí, pero es mala noticia que te hayan seguido hasta aquí. Quien sea, sabrá mis vínculos con Hassena *madame*.

—Descuida, no creo que tenga nada que ver con tus negocios ni con tu relación con Hassena —dijo David. Se levantó, se guardó en el bolsillo la fina placa de acero y se dispuso a marcharse—. Gracias.

—Mucho cuidado con Omar. Es un tipo muy peligroso.

Cuando se hubo marchado el español, *Herr Schuster* hizo de nuevo un chasquido al aire con los dedos.

Nada más salir del SweetMona, escribió a Laura la dirección a donde se dirigía. En escasos segundos ella ubicó el edificio.

Tras recorrer unos metros, un desconocido le abordó, poniéndole una pistola en los riñones.

—Sigue caminando y no intentes hacer nada —le ordenó en inglés con un fuerte e inconfundible acento extranjero, resultaba evidente que era ruso.

—¿Quién eres? —preguntó David girándose levemente.

El hombre le apretó aún más el cañón de la pistola contra su cuerpo.

—¿Te he dicho que te des la vuelta? Sigue adelante.

David hizo lo que el hombre le ordenaba, andando entre los viandantes. Sin duda, le quería

llevar a un lugar apartado, y no precisamente para robarle. Su instinto le decía que debía actuar a la mayor rapidez posible.

Un hombre absorto en la pantalla de su teléfono móvil caminaba en dirección opuesta. Tan pronto se acercó, David lo agarró y lo empujó hacia el sicario, instante que aprovechó el español para atraparle el brazo derecho entre su codo y el antebrazo, rompiéndole el hueso y cayendo el arma al suelo.

El hombre gemía de dolor cuando un coche se acercó a gran velocidad y subió a la acera. David saltó sobre el vehículo, que embistió al sicario. Desde el interior, dos hombres dispararon perforando el cristal delantero, pero David ya se había deslizado por el maletero y salió corriendo.

Los dos hombres salieron del vehículo tras él, pero la masa de gente que subía de la vecina boca de metro les impidió seguir adelante.

Tras escurrirse entre la multitud, David se perdió bajando lentamente por un subterráneo.

El lugar del suceso se llenó con el ulular de las sirenas y gente hablando a gritos, sacando fotos y grabando con los teléfonos móviles.

Entre la multitud agolpada se encontraba el hombre con rostro huesudo que repartía folletos frente al SweetMona; sacó su móvil, marcó y se fue del lugar de forma precipitada mientras hablaba por teléfono.

Llegó al edificio Odin. Pulsó el timbre del apartamento. Tras unos segundos y un sonido mecánico, empujó la puerta y entró.

Un hombre en el rellano le hizo una señal con la mano levantada para que no se moviese. Le cacheó minuciosamente. El hombre le palpó la cintura, la entrepierna y el trasero, luego le cacheó la cara interna de las piernas hasta los tobillos. De la pechera sacó la placa de acero, la observó y se la devolvió. De un bolsillo de la chaqueta sacó el teléfono móvil, lo encendió, lo apagó, lo puso sobre el armario empotrado de los buzones de correos y le hizo un ademán para que siguiera adelante.

Al salir del ascensor, un hombre de aspecto atlético le esperaba en el pasillo. Iba vestido de negro y, sin duda, armado. Le acompañó hasta la puerta, tocó tres veces, abrió y cerró tras entrar el español.

La habitación estaba decorada con muebles modernos y una alfombra persa dominaba el suelo de parqué bajo una mesa redonda donde dos hombres permanecían sentados.

Dedujo que uno de ellos, con piel cetrina, era Ishaan Mukherjee, que se levantó a recibir al visitante mientras que el otro, sin duda Omar Abdulla, con aspecto más curtido y occidental, permanecía sentado observando a David con la misma concentración que un animal salvaje está pendiente de su presa.

—Le estábamos esperando —se apresuró a decir Ishaan—. Por favor, no mencione su nombre. No queremos saberlo ni tampoco queremos que usted sepa el nuestro. Que nos haya puesto en contacto *Herr* Schuster es suficiente.

El indio era un hombre atractivo, de edad indefinida. Tenía una sonrisa amplia que dejaba al descubierto dos filas de dientes blancos. Omar seguía observando al visitante. Por su color de piel y nariz ganchuda, David dedujo que era evidente que procedía de Oriente Próximo. Su pelo era corto, aunque no excesivamente; una frente amplia, unos ojos vigilantes y oscuros, y un poderoso mentón. Su indumentaria era la de un profesional, sencilla, de las que vendía una empresa por catálogo y accesible en cualquier gran superficie.

David tomó asiento, mientras continuaba el escrutinio de sus modales por parte del musulmán.

—El profeta Mahoma, las bendiciones caigan sobre él, nos habló de matar a los infieles e invadirlos —dijo Omar con un tono de voz áspera, perteneciente a una persona acostumbrada a exhortar a seguidores exaltados; su inglés no tenía ningún acento apreciable.

—No creo que el Corán lo mencionase tan explícitamente —le refutó David.

—Tampoco encontrará nada en contra, y por tanto, nosotros lo interpretamos como una aceptación. A usted le arrastra el colaborar con nosotros el lucrativo beneficio económico, a mí, una misión, una meta, que va más allá de cualquier bien y satisfacción terrenal.

—El capitalismo no es lo suyo... —dijo Ishaan.

—Cuando decimos que tenemos muchas vidas para enterrar a infieles, ¿sabe usted a lo que nos referimos? A que tenemos una inagotable cantera de jóvenes que alcanzan la mayoría de edad cada año, futuros mártires a los que el paraíso les espera con los brazos abiertos.

Hubo un silencio en la habitación.

—¿Y bien? ¿Dónde está la placa? —preguntó Ishaan, impaciente—. Porque yo estoy

demasiado ocupado ganando dinero, esa es mi vida y mi preocupación.

David la sacó del bolsillo y se la tendió.

—Y yo dejo la semántica para otros que no tienen nada mejor que hacer con su frustrada vida.

Omar esbozó una ligera sonrisa ante el sarcasmo del falsificador portugués.

El indio, sin observar la placa, se la pasó a Omar.

Mientras tanto, en el Cervantes, Laura señaló la pantalla. Todos se quedaron mirando a cuatro figuras que entraban en el edificio. Al poco tiempo una quinta figura accedía al edificio pero se quedaba resguardada en un rincón de la entrada.

—¿Qué está sucediendo? ¿Quiénes son? —preguntó Laura.

Esto no tiene buena pinta —dijo Julián.

—¿Existe alguna forma de que podamos avisarle? —preguntó Goyo.

—El móvil fue desconectado en el vestíbulo y ahí se encuentra —contestó Laura.

—Por poder, puedo apagar y encender la luz del edificio —añadió Varun.

—Hazlo —le ordenó Julián.

El español vio cómo el aspecto de satisfacción del terrorista cambiaba antes de que el primer minuto transcurriese. Ishaan no quitaba ojo a su compañero, por eso cuando vio que ponía su mano en busca de su pistola, no pudo evitar mostrar una expresión de terror.

Hubo un inesperado apagón de luz que aprovechó David para empujar la mesa, tirando a Omar hacia atrás. En ese mismo instante se produjo una detonación ensordecedora. Ishaan saltó hacia atrás, convertido en un amasijo de sangre, y David vio que la parte superior de la cabeza del indio había desaparecido.

Un hombre había irrumpido en la vivienda disparando con un subfusil. Omar se había puesto ya en pie disparando contra el intruso. David se lanzó contra Omar y ambos cayeron al suelo bajo una lluvia de balas. La pistola quedó a escasos metros, y antes de que el español reaccionara, Omar corrió hacia el balcón y logró huir, a pesar de haber sido alcanzado en un costado.

David se apresuró a coger la pistola. Realizó tres disparos; el atacante cayó al suelo. Fue corriendo al balcón, y vio a Omar que se descolgaba del toldo de una frutería, donde había caído, alcanzando así la acera y metiéndose rápidamente en un vehículo aparcado frente al edificio.

David sacó una pierna por la ventana, iba a saltar e ir tras él, pero el empleado de la frutería, enfadado por haberse roto el toldo, lo enrollaba con ayuda de un gancho mientras profería insultos. Otros viandantes hablaban por sus móviles, sin duda alertando a la policía. Decidió entrar y salir corriendo del apartamento.

Nada más salir al pasillo un hombre le apuntó con una Sig Sauer. El español alzó los brazos al aire, dejando caer al suelo la pistola que sostenía. Pero enseguida le quitó a su adversario el arma de las manos con absoluta rapidez, levantó un codo y le asestó un golpe seco en la nuez de Adán e inmediatamente una patada en una rodilla. Al inclinarse, David le propinó un golpe seco en la nuca. Se guardó la pistola en la cintura y corrió escaleras abajo.

Cuando llegó al rellano del edificio y recogió su teléfono móvil, dos hombres se aproximaron rápidamente. En el suelo estaba tendida la persona que anteriormente le había cacheado. Como profesionales que eran, habían cubierto la entrada y la salida del edificio. David sintió un escalofrío en la espalda.

En ese instante, dos disparos acabaron con los sicarios. El hombre que había estado apostado a la entrada del SweetMoma salió de la oscuridad del descansillo de la escalera portando una pistola con silenciador.

—Será mejor que te largues de aquí cuanto antes.

Ambos salieron del portal.

—Gracias.

—Buena suerte —añadió el hombre marchándose precipitadamente en sentido contrario.

Mientras caminaba por la acera, David sacó su móvil, quitó la tarjeta SIM, la dobló y la tiró a una papelería. Conforme continuó caminando con prisas tiró el móvil en otro lugar.

Cruzó varios puestos de comida rápida y entró en un supermercado. Pasó entre secciones de higiene dental y cuidado del cabello, cogió un periódico alemán y un teléfono móvil en oferta con cuarenta minutos gratis de prepago. En vez de dirigirse a la caja, fue hacia un lateral, donde había una puerta blanca destinada a los empleados. Uno de ellos salió arrastrando un carrito lleno de cajas de productos. Antes de que la puerta se cerrase, David puso el pie, empujó y entró.

Caminó con prisa entre estanterías y cajas, hasta que dio con una puerta, la abrió y entró en un patio interior utilizado por los empleados para fumar.

Se subió a la tapia y saltó a otro patio parecido que daba a un callejón, posiblemente la parte posterior de un restaurante, a juzgar por la fila de cubos verdes y bolsas negras de basura que se alineaban a un lado de la pared de ladrillo. Se acercó, una bombilla fluorescente arrojaba una enfermiza luz.

Abrió despacio la puerta y entró en lo que era la parte trasera de un restaurante chino.

Cruzó por el almacén entre ruidos metálicos y gritos. Un empleado con delantal blanco, hablando en voz alta en su idioma, pasó a toda prisa por delante de él sin prestarle atención. David continuó hasta que salió y se mezcló con la multitud de viajeros y viandantes del subterráneo hacia las escaleras que daban a la superficie.

Mientras esperaba a que el móvil se cargase en el enchufe de la estación de tren, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

No había dormido mucho desde la noche anterior ni en general todas las noches desde que Julián se reuniera con él en Bombay.

Un pitido de un altavoz, seguido del anuncio de una llegada en un andén, le espabiló.

La gente caminaba frenéticamente por la estación. Como todos los días laborables a esas horas, se encontraba atiborrada de viajeros.

Desconectó el móvil y marcó un número. Una voz respondió.

—Mencione ahora su forma del servicio de entrega.

—*Die Welt* —contestó David observando el nombre del periódico que tenía en las manos.

Hubo una pausa y luego otra voz dijo:

—Sinaloa dos cuatro ocho.

«Sinaloa» era la sección de cultura. «Dos cuatro ocho» significaba «segunda página, cuarto párrafo, octava palabra». Recorriendo con el dedo la hoja del periódico, descubrió la palabra clave: Trump.

Volvió a marcar el mismo número de diez dígitos, y tras cuatro timbrados, murmuró «Trump». Se escuchó una serie de chasquidos procedentes de los mecanismos codificadores al tiempo que

la compleja red de servidores y *routers* enviaban su llamada a algún lugar remoto.

—¿Cómo estás, David?

—Yo estoy bien. Ha muerto Ishaan. Omar ha conseguido escapar.

—Sí, vimos a alguien saltar por el balcón, ¿qué ha pasado?

Antes de responder, David sintió en su fuero interno la antigua rabia contra las maquinaciones de sus superiores.

—Sicarios profesionales.

—Pero ¿cómo es posible?

—Cuanto menos sepas, mejor.

A Julián le molestó aquel comentario.

—David...

—Sea quien sea, me andan siguiendo. Alguien sabe que estoy en Berlín y los han contratado para eliminarme.

—Que no te quepa duda...

—Ya lo sé, Julián. Tú no tienes nada que ver en esto. Solo alguien con mucho poder ha podido planearlo.

—Haré mis averiguaciones.

—¿Tiene Laura la dirección a la que se ha dirigido Omar?

—Sí. Rosenthaler Strasse, 45. Cuarta planta, primero izquierda.

Sin decir nada más, se puso en camino. Mientras bajaba las escaleras automáticas, extrajo la tarjeta SIM del móvil y la dobló. Al pasar por varios cubos de basura, los tiró separadamente en su interior.

Llegó a Rosenthaler Strasse número 45. La fachada estaba pintada con grafitis. La puerta estaba entornada. Había manchas de sangre por el suelo. Sacó la pistola y entró con sigilo, atento al menor ruido.

Era un viejo edificio sin ascensor. Los buzones estaban llenos de publicidad y había muchas cartas y hojas de anuncios por el suelo.

Un reguero de sangre subía por las escaleras.

Un hombre disparó con un subfusil desde el rellano de la segunda planta. David, apoyado junto a la pared, efectuó varios disparos; el hombre cayó al suelo.

Comenzó a subir peldaño a peldaño atento ante cualquier ataque inminente. Pasó por encima del cuerpo caído; era un hombre con rostro pálido, nariz alargada, barba poblada y vestido con un largo camión musulmán color ocre. Dejó en el suelo su pistola Sig Sauer y cogió el subfusil MP5 del terrorista.

Llegó a la tercera planta y al instante se escuchó un grito desgarrador de mujer. Iba bajando hacia él gritando *Allahu akbar*. No tardó en darse cuenta del motivo, se dio la vuelta comenzó a descender buscando refugio.

Unos segundos después la mujer se tropezaba con el cuerpo tumbado del hombre en la segunda planta, y estalló la bomba.

Partes del cuerpo de la mujer cayeron a los pies de David, que se había salvado al refugiarse bajo las escaleras.

Subió corriendo. Un trozo de mano aquí, una pierna allá. Los restos desgarrados de la mujer yacían esparcidos por las escaleras. Saltó por encima del torso del hombre y de la mujer que habían sido reventados por la explosión. Llegó a la cuarta planta. A la derecha solo había una puerta, y en la izquierda había un pasillo alargado hacia la oscuridad. Continuó avanzando con cautela por el corredor.

Al llegar a la puerta movió el picaporte, pero estaba cerrada. La abrió de una patada y se echó a un lado. Omar, tumbado sobre una cama, tiró al suelo un teléfono móvil y echó mano de una pistola que tenía a su lado. David se incorporó y efectuó tres disparos con el subfusil.

Cuando corrió a su lado, el móvil sonó y vibró al mismo tiempo que producía un leve zumbido. David lo recogió y leyó el mensaje del receptor: «*Inshallah*». Luego leyó el mensaje enviado previamente por Omar: «Préndelos fuego».

Emilio Zaragoza era el único miembro de la Policía Nacional capaz de dar malas noticias al director. Era media tarde cuando Diego Muñoz estaba terminando su agotadora hora y media de sesión en el gimnasio del Centro Nacional de la Policía con su entrenador personal.

Desde la puerta de cristal, Emilio pudo ver a su jefe corriendo en una cinta mientras su entrenador se la graduaba de mayor a menor intensidad y viceversa. Empujó la puerta, poniéndose de manifiesto el aire caliente y el olor a sudor que invadía el gimnasio, y en silencio se quedó esperando en un rincón.

Diego tenía la camisa llena de sudor. Bajó de la máquina, y siguiendo las instrucciones de su monitor personal, hizo una tanda de quince flexiones sobre una esterilla rectangular. Sin dar tiempo al descanso, se tendió en un banco bajo la barra en la que el instructor colocó dos discos a cada lado. Diego levantó la barra y comenzó a subirla y bajarla.

—No arquee la espalda —le aconsejó el musculado monitor, que mantenía las manos cerca de la barra por si se le escapaba.

Cuando terminó la tercera tanda de diez levantamientos, el director de la Policía Nacional y su entrenador se chocaron las manos como satisfacción por haber completado el circuito de ejercicios diarios.

Diego se enroscó la toalla alrededor del cuello y se acercó a su ayudante. No necesitaba preliminares para darse cuenta de que eran malas las noticias que traía, de lo contrario no se hubiese presentado en el gimnasio.

—Suéltalo, Emilio.

—David ha conseguido escapar.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Diego quitándose la toalla del cuello con enfado—. ¿Cómo ha sido posible?

Emilio le soltó la excusa que había decidido mencionar.

—Es muy hábil y debió presentir que le andaban siguiendo.

Entraron a los vestuarios y se sentaron sobre un banco junto a las taquillas.

—¿Qué has averiguado de esa organización secreta que dirige Julián Fernández?

Emilio le mostró varias fotografías.

—En primer lugar, ¿de quién demonios es ese edificio? —preguntó señalando con el dedo las imágenes—. ¿A quién pertenece?

—A la Sociedad Cervantina.

Diego lo miró cariacontecido.

—Me tomas el pelo —gruñó.

—Así está inscrita.

—Esto es el colmo.

—Quien quiera que sea esa gente, no quieren ser conocidos.

—Te diré yo lo que son. ¡Una empresa fantasma! Está claro. En el pasado, todas nuestras investigaciones, todos nuestros rastros sobre Julián Fernández y David Ribas, se han complicado siempre. Por una cosa u otra hemos recibido carpetazo administrativo. No sé quién está protegiéndolos, pero desde luego, alguien muy poderoso.

—Es un centro cultural donde programan películas clásicas, retrospectivas de directores de

cine clásico e incluso presentaciones de libros.

—Hay que admitir que Julián es un auténtico hijoputa con huevos de acero. Lo que me sorprende es que haya instalado unas oficinas punteras de inteligencia con tanta rapidez y sigilo.

No solo el Cervantes estaba prevenido ante cualquier posible investigación, sino el apartamento de Julián Fernández, donde según constaba en documentos oficiales, estaba situado en la cuarta planta de un complejo de edificios en el centro de Madrid. Con sus paredes blancas y suelo laminado de madera de color roble natural, había sido decorado y amueblado como si hubiera sido sacado de un catálogo de Ikea.

Allí no guardaba absolutamente ningún objeto personal. Si alguien sospechara de las verdaderas actividades profesionales de Julián, por más que registraran la vivienda no encontraría absolutamente nada que revelara su auténtico trabajo. Las facturas de la comunidad de vecinos, de electricidad y de agua eran pagadas directamente por el banco y resistirían el escrutinio más exhaustivo.

—¿Está David Ribas todavía en Berlín?

—No. Ha viajado de vuelta a la India. Desconocemos cómo ha sido esto posible sin pasar un control de pasaporte. Es como si hubiera tenido acceso a un vuelo privado.

Diego se puso de pie, pegó una patada a una taquilla.

—A mí ya no me sorprende nada —dijo entre dientes—. Contactos. Tiene contactos en alguna esfera que a nosotros se nos escapa. ¿Qué opciones tenemos?

Emilio se levantó.

—Puedo enviar a un sicario a la India. Costará mucho más, pero no se me ocurre otra opción.

Diego volvió a golpear una taquilla, esta vez con más fuerza: el eco reverberó por todo el vestuario.

—Hazlo, pero por el amor de Dios, que no falle esta vez.

CUARTA PARTE
LA CHICA ESPAÑOLA

Detestaba el té indio, llamado popularmente *chai*, por su sabor azucarado y leche empalagosa. Como todas las mañanas, Eduardo Muñoz empezaba el día con un fuerte café solo que se hacía en la máquina Nespresso que había instalado en su despacho.

El suelo era de madera laminada de color oscuro, había un largo sofá de color beis, una mesita de centro con varias revistas y periódicos españoles, y un televisor de pantalla plana de cuarenta y tres pulgadas colgado en la pared retrasmitiendo sin sonido el canal internacional de TVE. Los cuadros que colgaban en las paredes de color blanco, reproducciones de famosas obras de Miró y Picasso, eran tan insulsos como todo el mobiliario.

Se sentó ante su ordenador y lo encendió, jugueteando con un bolígrafo y canturreando mientras se iniciaba.

Dio un sorbo a la taza de café y miró los correos electrónicos que tenía en el buzón. Sus pensativos ojos negros se concentraron en la lista de previsión de llegadas que su secretaria le había realizado de los españoles *vips* que tenían confirmada estancia en la India aquella semana. Observó un nombre, Mónica Gallardo.

Concentró en aquel nombre su mirada de avezado oportunista. Ese nombre lo había leído anteriormente. Miró la lista de sus correos recibidos en días anteriores. En su bandeja apareció un correo del empresario Luis Gallardo, presidente de la cadena de grandes almacenes El Corte Inglés, en el que solicitaba al consulado una reserva de dos suites en el hotel de lujo Taj Exotica Resort & Spa de Goa para su hija y dos amigos de ella. Recordaba ese correo y se lo había reenviado en su día al becario encargado de las reservas.

Eran días de festividad en el estado de Goa. Todos los hoteles y hostales estaban abarrotados. Turistas extranjeros habían reservado con muchos meses de antelación.

En tan poco tiempo la propia agencia de viajes de El Corte Inglés había sido incapaz de encontrar habitaciones en hoteles de cuatro y cinco estrellas. Para el empresario no había otra alternativa que conseguirlas a través del consulado en Bombay. Además, había estado recientemente en la India realizando gestiones con el cónsul económico en Nueva Delhi para abrir una oficina de representación en el sur de la India.

El padre de Mónica Gallardo alegaba por escrito que la cadena le comunicaba que no había habitaciones, pero que, si las solicitase el consulado, el hotel confirmaría la reserva, porque aun siendo temporada alta con afluencia de turistas extranjeros, guardaban habitaciones en caso de huéspedes *vips*.

Eduardo había dado su aprobación al becario para que procediese a la reserva. A las cadenas de hoteles de cinco estrellas les gustaba agrandar las solicitudes procedentes de consulados y embajadas, ya que celebraban muchos eventos en salas de conferencias y también reservas en grupo de empresarios que viajaban a la India en misión comercial con cámaras de comercio.

Se estiró en su silla de escritorio y quedó en estado pensativo, mordisqueando el bolígrafo. Volvió a estudiar la reserva: Mónica Gallardo y sus amigos llegarían mañana al hotel.

Se levantó, se hizo otro café, caminó por el despacho, evaluó los pros y contras. Sacó de un cajón una pelota de goma y comenzó a apretarla mientras caminaba de un lado a otro.

En su conciencia ganaron los pros: pediría una jubilación anticipada e incluso montaría su

propio negocio en España de consultoría. Pero antes les exigiría que trataran a la joven de manera servicial. Nada de sangre ni violencia física. «Lo alojaremos en una habitación de lujo, con baño, una cama cómoda, como si fuese exactamente una suite de este hotel», recordó.

Decidió hacer una llamada a Asgar Khan.

En el Cervantes habían leído el mensaje que Diego Muñoz había enviado a su hermano. El nombre David Ribas había saltado en la red de espionaje electrónico. Julián Fernández le telefoneó y quedaron en verse en el monumento a Velázquez, frente al Museo del Prado.

La tarde se había nublado. Un viento frío soplaba por las aceras y fachadas. Los peatones andaban encorvados, acelerando el paso.

Diego se frotó las manos aproximándose a Julián, que ya llevaba esperando cinco minutos de pie. A pocos metros, un perro que olisqueaba cada breve trecho guiaba a su amo por la acera.

No hubo choque de manos ni satisfacción manifiesta en verse de nuevo. A lo largo de sus carreras profesionales, ambos habían destacado por metodologías, historial y, sobre todo, ideologías totalmente opuestas. Ambos comenzaron a caminar muy despacio.

—Si hay algo en lo que te pueda ayudar, solo tienes que mencionarlo —dijo con sorna.

Julián hizo una mueca de desagrado.

—Creo que te confundes con un amigo tuyo, de tu misma calaña, quiero decir.

—No esperaba comentario más halagador por tu parte, pero los de mi calaña no son muy diferentes a los de la tuya.

—El día que te pida ayuda será el día que me ponga una pistola en la sien y apriete el gatillo, lo que es poco probable que suceda.

Diego lanzó una sonora carcajada.

Ambos tenían más en común de lo que creían, a pesar de la disparidad de sus contextos. Los dos habitaban en el mundo de sombras del espionaje, bordeando la ilegalidad y muchas veces cruzándola impunemente. Era el poder de encontrarse en esos límites de la sociedad civilizada que se aferraban a sus puestos de mando, pero con un fin común: la protección de España de sujetos perniciosos tanto del interior como del exterior.

—Querido Julián, con cuánta frecuencia se desprecia a los propios compañeros, tratándoles con tanta prepotencia por sus conocimientos superiores.

—Ve al grano.

Diego abrió las manos.

—Tienes un problema —señaló sin más preámbulos.

Julián dio un bufido.

—Tengo muchos, pero no son asunto tuyo.

—Tú sabes la dirección donde trabajo. Tú sabes el cargo que ocupo. Pero ¿y tú? ¿Qué haces hoy en día? ¿A qué te dedicas? ¿Qué cargo ostentas? ¿Sigues siendo funcionario del gobierno?

En su fuero interno Julián pensó qué placer le daría cogerlo por el cuello y retorcerlo hasta que le saliera los ojos de las órbitas y la lengua por la boca. Sin embargo, era consciente de su débil fuerza física. Al contrario que Diego, él no poseía un físico atlético.

Continuaron andando despacio en paralelo al Paseo del Prado.

Todo el perímetro del museo estaba fuertemente vigilado. Dentro de una furgoneta aparcada a escasos metros estaban Laura y Goyo monitorizando la reunión. Una señora que paseaba a un inocente perrito pequeño era un agente encubierto del Cervantes, lo mismo que dos turistas abrigados con bufandas y chaquetas Barbour que se afanaban en encontrar algún lugar de interés

en su ancho mapa desplegable de Madrid.

Por su parte, Diego Muñoz había prescindido de medidas de seguridad que pudiesen llamar la atención, pero tenía un coche patrulla y una furgoneta a ambos lados de la calle, y a corta distancia un grupo de policías nacionales fuertemente armados les seguían los pasos.

Tras un prolongado silencio, Julián dijo:

—Admito que quería encontrarme contigo hace tiempo, aunque en circunstancias muy diferentes.

—Qué halagador, *querido* —atajó Diego, sarcástico—. ¿Quieres decir que asistirías a mi funeral? Qué honor.

—Tienes una reputación de hacer trabajos sucios, y eso, proviniendo desde un despacho gubernamental, se paga muy caro.

—Bueno, bueno, es difícil que un hombre como yo esté a la altura de esos rumores de pasillo. Aún no me has contestado dónde trabajas y qué puesto ocupas.

—¿Cómo diantres te has enterado de que tengo un nuevo trabajo?

—Somos pájaros del mismo plumaje —sentenció Diego.

Julián frunció el entrecejo al tiempo que le miraba con agria hostilidad.

—Quiero que dejes en paz a David Ribas o lo lamentarás.

Diego se encogió de hombros, no dando importancia al comentario.

—Sigues sin contestar a mi pregunta. Así que te lo diré yo. Diriges un centro cultural llamado Sociedad Cervantina, o algo así, pero que en realidad es una organización fantasma a cuya sombra se cobija el sujeto en cuestión, David Ribas. Un operativo que supuestamente murió en el atentado en Bombay hace años, pero que aún sigue con vida, y que se dedica a cometer asesinatos aquí y allá.

»Después de los atentados en Madrid del 11-M hubo bajas por enfermedad, jubilaciones anticipadas, peticiones de traslado y cierres de archivos. Durante aquella época David Ribas fue reclutado por ti para trabajar en el Servicio Clandestino de Inteligencia. Y a pesar de que hace poco tiempo tú fuiste destituido de tu cargo por el ministro del Interior, ahora resulta que trabajas en una agencia secreta y lo tienes bajo tu mando cometiendo asesinatos. Que sepas que si sale todo esto a la luz te puede salpicar una investigación, ¿lo sabías?

—Sé que lo has intentado anteriormente y nada has conseguido. ¿A dónde quieres llegar? —preguntó visiblemente enfadado.

Diego sonrió.

—A David Ribas.

—¿Por qué?

Diego agitó el dedo índice hacia Julián.

—Al parecer, enterrasteis otro cuerpo en su tumba, engañaste al gobierno —adujo el director de la Policía Nacional—. Convertiste a David Ribas en un hombre nuevo, en una pizarra en blanco, un sicario profesional sin perfil, ni historial, que se moviese por el mundo con identidades falsas, cometiendo crímenes por encargo, es eso a lo que se dedica, ¿verdad? Quiero mostrar públicamente que está vivo y que se dedica a realizar asesinatos bajo tus órdenes, financiado por un patrón aún desconocido, pero que le ensuciaría la mierda de igual modo.

Julián había accedido a un viejo perfil psicológico de la época en que Diego Muñoz se había presentado como candidato al servicio de inteligencia. Era inteligente y talentoso, pero no tanto, lo cual indicaba que tenía cierto complejo. Era reacio a considerarse la persona mejor preparada y lista de su promoción. Por consiguiente, Julián sabía que su vulnerabilidad perfecta para explotar era la de recordarle el pasado.

—¿Por qué me sigues teniendo tanto rencor?

Diego se paró en seco, lo miró fijamente y dio un bufido.

—¿Rencor? Tú siempre has sido una espina en mi costado desde que dejamos de trabajar juntos porque decidiste denunciarme a nuestros superiores.

—No te denuncié, cumplí con mi obligación para proteger la institución en la que trabajábamos. En el Centro Nacional de Inteligencia eras tan corrupto como explotador, sin el menor escrúpulo. Engañabas al gobierno enviando a agentes a cometer atrocidades. Y sobre David Ribas, no es un sicario ni un matón de esos con los que tienes tú relación.

—¿Me acusas de algo? Que haya habido intentos de asesinato o que vayan a continuar no quiere decir que las órdenes las haya dado yo. Quizá diferimos en los métodos, pero tú estás igual de sucio que yo, por eso no te atreves a airear documentos, ficheros o pruebas en mi contra para llevarme a juicio.

Julián levantó la vista y vio a una joven deportista, con chándal de nylon, zapatillas impolutas de correr y auriculares en las orejas que trotaba hacia ellos, pasando de largo. Llegaron a la plaza Murillo. Julián se sentó en un banco y Diego hizo lo mismo, observando cómo un grupo de turistas japoneses se quedaban en la mediana de la carretera tras ponerse el semáforo en verde.

—Quiero que dejes en paz a David —dijo Julián con sequedad—. Sus métodos no se alejan de los tuyos o míos, pero su finalidad es la protección de los intereses de España.

—Al cuerno, Julián. Te recuerdo que antes de que tú lo seleccionaras para el Servicio Clandestino de Inteligencia, fue miembro del Cuerpo Nacional de Policía, institución que yo actualmente dirijo. Ese operativo se ha vuelto rebelde, imprevisible, no es leal a nadie ni a nada, y por lo tanto, peligroso. Los agentes descarriados provocan incidentes contra la seguridad nacional. Me voy a asegurar de diseccionarlo como si fuese un fenómeno de circo porque no existe ninguna otra forma de controlarlo.

Julián lo miró atentamente, guardó un instante de silencio y sacudió la cabeza con aire de incredulidad.

—Sí, de verdad es un fenómeno, pero muy peligroso. Ándate con cuidado.

Diego levantó las manos con las palmas hacia fuera.

—Vale, vale —dijo fingiendo transigir.

—Te lo advierto. No vuelvas a intentar eliminarlo.

—Julián, tus viejos métodos de hacer la guerra están anticuados, condenados a fracasar.

—¿Crees que me importa lo que un policía como tú piense de mí? Esta reunión ha terminado. Iba a levantarse cuando Diego le aclaró:

—Trabajar con un agente extranjero como David Ribas es alta traición y puedes ser castigado.

—Él es español.

—Eso lo dices tú, pero oficialmente está muerto, enterrado y ya no existe. Quien sea la persona en la que se ha convertido David Ribas, y que trabaja en tu nombre y en el de tu organización, es oficialmente un agente extranjero infiltrado. —Le señaló con el índice en un esfuerzo por aguijonear a Julián para que entrara en acción—. O haces lo posible para que yo lo detenga o utilizaré mis medios para acabar con él y destruirte a ti y a quien representas. Piénsalo bien.

Julián permaneció de pie.

—Dedícate a otros objetivos más perniciosos para proteger los intereses de España. David no presenta peligro alguno.

Diego se repantingó en el asiento y soltó una carcajada.

—Te recomiendo que te dediques a la política, que hoy en día es un campo despiadado y sucio. Igual te has equivocado de sector profesional.

—Nuestra reunión ha acabado.

Julián le dio la espalda y comenzó a alejarse.

—Tú mismo no puedes ni controlarlo. Admítelo, es él quien domina la relación. —Airado, alzó más la voz—: Voy a acabar con él y a ti te voy a hundir.

El cónsul de España, Eduardo Muñoz, negó con la cabeza mientras contemplaba a los tres jóvenes, como si le resultara imposible creerlo.

—¿Secuestrada? No puede ser —aseveró—. Aquí en la India no se comenten secuestros a extranjeros. Menos aún en Goa. Las represalias de las autoridades indias son terribles incluso cuando intentan violar a una turista, así pues...

—¿Por qué íbamos a mentirle? —la voz de Verónica se quebró y tuvo que realizar un esfuerzo para evitar romper a llorar.

—Os seré sincero, jóvenes. A Goa se va a divertirse. Y habéis ido allí porque sabíais que se toman drogas, que son baratas de conseguir, y a asistir a fiestas en la playa con música de esa que yo no entiendo mientras se fuman porros.

—Escribiremos a los periódicos. Llamaremos a nuestros familiares para que realicen una campaña por las redes sociales pidiendo su liberación.

—Un momento, un momento —dijo el cónsul poniéndose en pie, paseándose por su despacho con las manos a la espalda.

Tenía que fingir que había perdido su flema profesional.

—Lamento la forma en que me he expresado. No quisiera que organizarais ningún escándalo, perjudicando la imagen del consulado. Sin embargo, no quiero parecer incrédulo, pero una joven española en Goa que desaparece...

—¿Secuestrada! —le interrumpió Verónica.

—Es difícil que las autoridades lo crean si no hay pruebas.

Jaime, el novio de Verónica, dio un paso hacia adelante.

—Pero ¿cómo que no las hay? Si lo vimos nosotros.

—Admiro su abnegación, joven —señaló Eduardo—. Llevo mucho tiempo en Bombay y aún me sorprenden la mayoría de las cosas que aquí ocurren. Esta es la primera vez que me dicen que una española ha sido secuestrada en la India.

Dio la vuelta al escritorio y se sentó. Llamó por el interfono a su secretaria, que entró inmediatamente. Le dijo que tomara asiento y le resumió lo que los jóvenes le habían dicho.

La secretaria se limitó a asentir con cara de preocupación.

—¿Cómo se llama vuestra amiga? —preguntó la secretaria, girándose en su asiento.

—Mónica Gallardo —contestó Jaime.

—Su padre es el empresario Luis Gallardo —añadió Verónica.

—¿El presidente de El Corte Inglés? —inquirió Eduardo, fingiendo incredulidad.

—Sí —puntualizó Jaime.

—Apenas hace dos días que llegamos a la India, y, sin embargo, parece que ha transcurrido muchísimo más tiempo —comentó Verónica, tapándose la cara con las manos.

Eduardo se levantó de su asiento, hizo una larga pausa y dijo:

—Mi consejo es que vosotros guardéis la calma. No movilicéis a vuestros amigos y conocidos para hacer campaña en las redes sociales. Quien quiera que sean los culpables de su desaparición...

—¿Secuestro! —le interrumpió Verónica.

—Lo que quiero decir es que no interferáis, porque quien quiera que la tenga retenida, puede

estar atento a las noticias que se difundan por internet.

—Volveremos a Goa y la buscaremos por todos los hoteles, por todas las playas... —dijo Jaime airadamente.

El cónsul levantó la mano, interrumpiéndole.

—No es lo más prudente.

—¿Y qué nos sugiere? —preguntó Verónica.

Eduardo supo que era el momento adecuado de representar su papel.

—La mejor forma de ayudar a vuestra amiga, ahora mismo, es comentar de nuevo lo sucedido a la embajada por videoconferencia ¿Qué os parece? —sugirió encendiendo la pantalla plana de la pared—. Así ellos tendrán la información de primera mano y se pondrán en contacto con los familiares para agilizar cualquier demanda por parte de los secuestradores.

A pesar de sus gritos histéricos, la puerta del maletero se cerró sobre ella con un golpe rotundo. El coche se puso en marcha. El ruido enloquecedor de las ruedas sobre el asfalto era lo único que podía oír.

El corazón le palpitaba con energía. No dejaba de boquear. Presentía que se quedaría sin aire. Moriría ahí dentro, asfixiada. Intentó relajarse. Tenía que respirar más pausadamente. Tomó aire y exhaló muy despacio.

¿A dónde la llevaban? ¿Quiénes eran? Había leído en los periódicos españoles y escuchado en alguna ocasión en el telediario acerca de las noticias de violaciones a mujeres en la India. ¿Era ese el destino que la esperaba?, se preguntaba absolutamente envuelta en la angustia.

Una bocanada de gasolina ascendió y se apoderó de sus pulmones. Recordó que su tío tenía un pastor alemán y siempre que iba desde su casa al parque de perros a pasearlo lo metía en el maletero. Nada le ocurriría si guardaba la calma.

Había roto con su novio hacía tres semanas. Su amiga Verónica le había sugerido viajar con ella y con su novio Jaime a la India, ya que habían encontrado a última hora una oferta para una estancia de cinco días en la antigua colonia portuguesa, Goa.

El viaje le serviría para tomarse unos días de relajación, le argumentó su amiga. Se apuntarían a un programa de yoga y visitarían los lugares de interés antes de coger un avión y visitar en Agra el Taj Mahal. Luego cogerían el vuelo de regreso desde Nueva Delhi.

Los tres era amigos desde la infancia, así que cuando Mónica se mostró escéptica a viajar con su pareja de amigos, Verónica le dijo que no habría motivo alguno para que ella se sintiera incómoda, ya que sería «un viaje espiritual». ¿Qué mejor para ella que viajar con ellos? Al fin y al cabo, necesitaba «encontrarse así misma».

Llegaron y formalizaron el registro en el Taj Exotica Resort & Spa de Goa. Les parecía estar en un palacio de *Las mil y una noches*. Las habitaciones eran de un lujo y una comodidad increíbles.

Al día siguiente de llegar al hotel tenían planeada una visita al pueblo de Benaulim.

Como estaba programado, al mediodía tenían clase de yoga en el hotel, después la comida típica konkani, descanso, clase de meditación y finalmente la cena.

Según el recepcionista al que cuestionaron, les dijo que tenían tiempo de sobra aquella mañana para hacer alguna compra de bisutería en el mercadillo local y volver con tiempo suficiente para el inicio de las clases de yoga.

Cuando salieron con el chófer privado del hotel, conduciendo el todoterreno Toyota Land Cruiser, se quedaron parados durante quince minutos en medio del tráfico, ya que estaban asfaltando un tramo de carretera.

Jaime sugirió dar media vuelta y volver al hotel.

Fue en ese momento cuando un hombre alto y atlético se acercó a la ventana del conductor y le apuntó con una pistola. Le gritó algo y el conductor abrió la puerta, el hombre lo agarró y lo tiró al suelo. Se sentó al volante, accionó las puertas y señaló hacia atrás a Mónica; dos hombres sacaron a Jaime y a Verónica del vehículo con total fiereza y se montaron en el coche. Arrancaron con rapidez, dieron marcha atrás golpeando al vehículo que estaba tras ellos y se metieron en dirección contraria para salir del atasco en el que se encontraban.

En el interior del coche Mónica intentó gritar para pedir ayuda, pero el temor a lo que pudiesen hacer con ella pulsaba su voz hasta convertirla en un imperceptible gemido. Su hermoso rostro, ahora completamente pálido, estaba atrapado en un ceño aterrado.

Aceleraron con tanta furia que casi se estrellaron contra un autobús que tenían enfrente. Se perdieron de vista dejando boquiabierto a Jaime, sollozando a Verónica y temblando de miedo al conductor indio del hotel.

Había sucedido tan rápido que ninguno se acordaba con absoluta seguridad del aspecto físico que tenían los secuestradores: ¿llevaban barba?, ¿eran altos, bajos, musculados?, ¿cómo eran sus rostros?, ¿se habían expresado en hindi, inglés o konkani? Solo el chófer del hotel pudo asegurar a las policías que los secuestradores tenían acento de Bombay y eran musulmanes.

El Toyota estaba en una zona con mucho tráfico. Pasaron un cartel que anunciaba la proximidad de un aparcamiento subterráneo. Pasó al carril de la derecha, enderezó la dirección y se introdujo en el interior por la rampa de hormigón.

Llegaron a un lugar apartado del subterráneo, donde la sacaron. Ella lloraba insistentemente, le registraron los bolsillos con brusquedad, le quitaron el teléfono móvil y la metieron dentro del maletero de otro vehículo que pusieron en marcha de inmediato.

La oscuridad le impedía medir el paso del tiempo. Bajo sus pies silbaba la carretera. Pensó que sería mediodía. Le resultó extraño que no hubiera tráfico. Canturreaba una canción para sus adentros para quitarse el miedo.

Después de un largo tiempo, seis o siete horas, presintió que habían llegado a una nueva localidad, ya que el vehículo se paraba de vez en cuando debido al tráfico y no dejaban de sonar las bocinas de los *autorickshaws*, cláxones de coches y los ruidos de motores de distintos vehículos.

En el interior del coche uno de los tres hombres ordenó al conductor que se desviaran por calles intrincadas. Después de varias vueltas, fueron a detenerse ante un gran portón. El conductor hizo recular el vehículo y los tres salieron para detenerse frente al maletero.

Cuando lo abrieron, Mónica no pudo reprimir un grito de angustia al ver a tres hombres barbudos encima de ella. Uno de ellos le ordenó que saliese, pero ella permaneció encogida al fondo del maletero con los brazos pegados en el pecho, sin poder moverse: el miedo le había entumecido los músculos.

Dos de ellos la sacaron, al tiempo que el tercero le amordazaba la boca y la nariz con un trozo de tela. Mónica trató de contener el aire y deshacerse del brazo que la aprisionaba. Un horrible olor se adueñó de ella, trataba de gritar y buscar el aire fresco, pero era inútil; se sumió en la oscuridad y se desplomó en los brazos de los secuestradores.

Entre dos la llevaron en volandas al interior de un edificio. Caminaron por un pasillo y entraron a un ascensor.

A continuación, recorrieron un corredor enmoquetado. Uno de los hombres tocó con los nudillos a una puerta, esta se abrió de golpe y entraron apresuradamente.

El hombre más alto de los tres, que había dirigido el secuestro, se abalanzó a besuquear ruidosamente a Asgar Khan.

—¡Hermano! ¡Hermano! —exclamó alborozado—. Que las bendiciones de Alá recaigan sobre ti.

David Ribas se había llevado consigo el teléfono móvil de Omar Adbulla. Una vez de regreso a Bombay, se lo había dado a Hassena. Ella había encargado a su *hacker* averiguar el receptor del último mensaje enviado.

—Se llama Asgar Khan —anunció Jamal sin quitar la vista de la pantalla—. Está escrita en su historial de contactos con Omar Adbulla una sola palabra «*Inshallah*». Pero claro, eso no significa que hayan mantenido más comunicaciones en otras ocasiones y por otros medios.

Hassena estaba de pie, junto a él.

—Hay muchas personas con ese nombre —dijo ella—. Muéstrame su foto.

Tras un momento en el que estuvo tecleando, apareció la foto en tamaño grande.

—¡Con que Asgar ha estado trabajando desde Bombay como contacto con el Estado Islámico! —exclamó Hassena en voz alta, para sí misma. Señalándole con el índice, le ordenó antes de salir apresuradamente de la habitación—: Llama a Arjun inmediatamente.

Un altavoz anunció en hindi e inglés que todos los viajeros debían mantener vigiladas sus maletas y posesiones en todo momento.

Cuando la puerta de salidas del Aeropuerto Internacional Indira Gandhi se abrió, una bocanada de aire seco y caliente le dio en la cara. «Como salido de un horno», se dijo Julián Fernández.

Caminó paralelamente a una valla donde numerosas personas, chóferes, guías turísticos y familiares se agolpaban esperando a los pasajeros del vuelo recién llegado. Vio su nombre escrito en un papel y señaló al conductor, que fue a recogerle el equipaje.

De camino al aparcamiento el sol le chamuscó la nuca, amenazando con prenderle fuego al cabello. Una vez que llegaron al BMW que el embajador le había enviado, el chófer guardó la maleta y él tomó asiento detrás.

Con precisión cronométrica, y el aire acondicionado a tope, el BMW salió del aparcamiento, esquivó un taxi de prepago, pasó entre dos vehículos y enfiló la curva para adentrarse en la carretera ancha de cuatro carriles.

Al poco tiempo el tráfico resultó muy denso. Se habían producido varias caravanas debido a una serie de obras al entrar al centro de la capital.

Una turba de gente, miles de personas, bloqueaban una calle paralela, a unos cien metros de donde se encontraban. Aquella multitud estaba encendida de rabia.

—¿Qué sucede?

—Agua.

Conforme pasaban de largo, Julián los observó.

—¿Cómo dice?

—Es por el agua. Son agricultores del estado de Haryana. Protestan porque no llega el agua a sus cultivos.

Al poco tiempo. El vehículo quedó estacionado frente a un semáforo en rojo. En la calle opuesta había un templo hindú. Julián observó al conductor, que había cerrado los ojos. Vio cómo sus labios se retorcían y comenzaba a murmurar unas oraciones, y acto seguido, se llevó una mano a la frente y otra al corazón para poner de nuevo, con la misma atención, el coche en circulación tras el semáforo en verde.

Edwin Lutyens, uno de los arquitectos británicos más importantes del siglo XX, fue el urbanista que diseñó la ciudad de Nueva Delhi como se conoce hoy en día. Combinó el clasicismo occidental con elementos de la arquitectura local, especialmente la mogola y sus jardines acuáticos.

Lutyens distribuyó los alrededores del centro ministerial con un sistema de amplias avenidas, aceras anchas, espacios verdes y viviendas muy características, los bungalós.

Esta nueva distribución de la capital de la India fue inaugurada en 1931. Los peculiares bungalós de color blanco, con sus amplios jardines, un mar de césped y terreno arbolado, contrastaban de forma radical con los barrios densamente poblados del norte de la ciudad, como la vieja Delhi.

Aquella zona de interés arquitectónico e histórico suele representar la parte más occidentalizada de la ciudad y destaca por el esmerado cuidado de sus calles, la pulcritud de sus

aceras y el mimo que transmiten los setos y jardines. Por ello acogió desde un principio a la mayoría de las sedes diplomáticas presentes en el país, incluida la embajada de España, situada en el número 12 de la calle Prithviraj Road, alejada del ruido y la aglomeración del caótico corazón de la capital india.

Llegaron a la embajada. El conductor tocó el claxon dos veces. Al reconocer el coche y al conductor por la mirilla, un hombre de seguridad indio ataviado con uniforme arrugado de camisa azul y pantalón negro, se apresuró a abrir la puerta de par en par. El edificio se encontraba protegido por una agencia privada de seguridad y un personal del Cuerpo Nacional de Policía destinado temporalmente en la India.

Julián vio al policía dando vueltas por las instalaciones con cara de aburrimiento. Conocía su nombre, su ficha profesional y el motivo por el cual había pedido ser destinado al extranjero: quería reunir el dinero suficiente para poder pagar la hipoteca del piso que se había comprado en Valladolid. Además, se moría de ganas por volver a España. Julián le proporcionaría el medio para irse, arrestando a un criminal.

Al aparcar, el conductor se apresuró en abrir la puerta trasera.

—¡Por el amor de Dios! —resopló Julián al alcanzar el refugio en el edificio—. ¡Qué calor!

La expresión de cansancio prolongado que le mostró el embajador al recibirlo en el salón de la entrada lo delataba como un burócrata de carrera. Tras un formal choque de manos y preguntarle qué tal le había resultado el vuelo, el embajador condujo a su visitante por un estrecho pasillo.

El despacho era amplio y acogedor, decorado con un estilo muy sencillo y funcional, con muebles que parecían sacados de un catálogo de productos *low cost*. El suelo era de mármol blanco. Junto a la ventana había un escritorio con un ordenador de mesa; varios retratos descansaban sobre un armario entre varios libros gruesos: con miembros familiares, con su majestad el rey de España, con el presidente del Gobierno y, según pudo apreciar Julián, con el Dalai Lama.

Sobre una alfombra había dos sofás y una mesita de centro con revistas atrasadas de política exterior. Una bandera de España de grandes proporciones colgaba en una esquina. En un lateral había dos litografías de Murillo enmarcadas en blanco y sobre la pared principal una gran pantalla plana de televisión.

El sistema de aire acondicionado estaba en su justa temperatura.

El embajador le indicó con el brazo extendido que tomase asiento en el sofá.

—Debe usted hacer que se persone urgentemente aquí el cónsul Eduardo Muñoz —dijo Julián sin más preámbulos nada más sentarse.

—¿Por qué? ¿No cree que será mejor que permanezca en Bombay dado que la joven fue secuestrada en Goa?

—Tengo una orden de detención.

El embajador no daba crédito.

—¿Quién la firma?

—Un juez, por supuesto —respondió sacándose el documento del bolsillo de su chaqueta.

Julián le explicó cómo habían entrado explosivos en Europa en contenedores de muebles fabricados en la ciudad de Jodhpur, en el estado Rajastán. Aquel lugar era conocido en la India por ser un centro de fabricación y exportación de muebles de *sheesam*, acacia, mango y teca a grandes importadores, tiendas y reconocidos grandes almacenes europeos. De vez en cuando, pedidos de contenedores pequeños a nombre de Eduardo Muñoz eran enviados a puertos españoles, de donde eran transportados por carretera a Bélgica. Aunque en aduana habían sido

inspeccionados, paquetes de Semtex estaban ocultos en los huecos de los muebles. Los detonadores eran enviados de forma separada.

—En el transcurso de nuestra operación —continuó explicándole Julián—, hemos detenido a dos pilotos de Qatar Airways en el aeropuerto de Madrid. En compartimentos falsos de sus maletines de vuelo escondían detonadores. Una vez que informamos a las autoridades belgas, ellos han podido dismantelar una célula islamista que estaba a punto de atentar. En el piso franco encontraron despertadores digitales, cables, interruptores, soldadores, baterías, cajas de clavos para la metralla y tres chalecos explosivos.

»Seguramente Eduardo Muñoz no haya estado al tanto de esto, pero sí ha estado realizando negocios con las personas implicadas en el secuestro de Mónica Gallardo, y que han sabido cómo utilizar a un funcionario corrupto de la embajada, con inmunidad diplomática, para sus propios fines. Además, Eduardo ha estado amañando contratos, pasaba información confidencial sobre empresas españolas y se llevaba un tanto por ciento de comisión una vez que su asociado hubiese concedido a través del gobierno indio licencias para *joint ventures*.

»Una vez que ponga el pie en la embajada será detenido y extraditado a España para hacer frente a las acusaciones que se le imputan. Y poniéndole bajo las cuerdas nos podrá informar del paradero de la joven Mónica Gallardo o, al menos, de la persona que nos pueda proporcionar una información sólida sobre su secuestro.

—En realidad, yo tenía mis reticencias cuando supe del nombramiento de Eduardo como cónsul. No es diplomático de carrera. Y desde que tomó posesión de su cargo en Bombay ha tenido ideas raras, su comportamiento ha sido extraño, excéntrico y un tanto peculiar.

—¿Cuál es la situación actual del secuestro?

—Estoy en contacto por videoconferencia las veinticuatro horas con el abogado que ha contratado la familia —dijo el embajador en tono cansino—. He habilitado una sala para mantenerlo informado de cualquier adelanto. Los secuestradores han demandado una cantidad enorme de dinero y les pedí que me diesen el día de hoy para tomar una decisión con la familia.

»Yo creo que llegaremos a un acuerdo con el pago del rescate. De momento, como les hemos instruido, la familia no ha realizado ninguna conferencia pública. Los familiares viven con angustia cada hora que pasa sin noticias positivas por nuestra parte. Esta mañana temprano le prometí al padre de la joven que le devolvería a su hija lo antes posible, antes de que le hagan daño, y así lo haré. Estoy convencido.

—Parece usted muy optimista.

—Debe usted saber que yo me tomo muy en serio las promesas que hago.

Sacó del bolsillo su teléfono móvil y marcó.

Saludó a Eduardo, le preguntó sobre el clima en Bombay, hizo un comentario gracioso sobre el calor de Nueva Delhi y cómo deseaba que llegase el fin de semana porque se iba a jugar al golf en Cachemira con el embajador italiano. Habló con absoluta tranquilidad.

Después de haber escuchado las graves acusaciones que se cernían sobre el cónsul, durante la conversación no mostró ningún síntoma de que le hubiesen afectado. «Ciertamente, un diplomático de carrera», pensó Julián mientras le escuchaba hablar por teléfono.

El embajador pidió a Eduardo que cogiese el primer vuelo de Jet Airways, ya que quería discutir con él los avances en las conversaciones con el abogado y portavoz de la familia Gallardo, y sobre cómo iban a enfocar el pago del secuestro. Miró su reloj y le sugirió que cogiese el avión de las 13:45 para estar a primera hora de la tarde en la embajada.

Cuando colgó la llamada comentó a Julián que tenía tiempo para ir a su hotel, cambiarse de ropa, refrescarse y en dos horas le mandaría el coche a recogerle para estar con antelación a la

llegada de Eduardo.

—Su hotel está muy cercano a la embajada —dijo—. Se sentirá muy cómodo. Hay una delegación árabe hospedada que casi lo ocupa por completo. Desde hace unos días una caravana de coches de gama alta con sus banderines de la embajada de Arabia Saudí circula por toda Nueva Delhi.

El comentario no pasó por alto a Julián, que presintió cierta animosidad por parte del embajador.

—¿No tiene usted buena opinión de los árabes?

—Después de conocer el mundo entero el brutal asesinato del periodista Jamal Khashoggi en el consulado de Arabia Saudí en Estambul, no te da mucho margen, ¿no cree usted?

—Desde luego, cambia por completo la capacidad de cualquier occidental incluso de hacer negocios con Arabia Saudí.

—¿Qué puede hacer un gobierno si un jeque árabe viaja al país extranjero y hospeda en su suite de lujo a un adolescente o una esclava? Ese país europeo no puede permitir la esclavitud. Sin embargo, echan tierra de por medio para no dañar al poderoso invitado, para no recibir daños económicos. Esos árabes que amenazan con cortar el suministro de energía, en la Edad Media eran unos mugrientos pastores nómadas. Ahora van a Europa y se gastan sus fortunas. Pero ¿qué piensan realmente?

»Ellos piensan en su fuero interno que los occidentales los vemos con sus túnicas y aro negro sobre la cabeza, como chimpancés. Ese es un complejo que cargan sobre sus espaldas a pesar de toda esa riqueza que ostentan, delicadeza cursi y amanerada. Y en cierta medida es verdad, porque son unos ignorantes. Sin nuestra ayuda no serían capaces de sacar del suelo el petróleo del que tanto se vanaglorian y volverían a sus desiertos. Seguramente muy pronto los árabes serán dueños de las grandes empresas internacionales.

—Ya lo están siendo de equipos de fútbol, con sus patrocinios.

—Tal vez sea presuntuoso decir que habría que meter en la cárcel al primer jeque árabe que apareciese por España presumiendo de su séquito de muchachitos y mujeres jóvenes entre coches de lujo y criados. Así crearíamos en nuestros ciudadanos conciencia de lo que verdaderamente estos árabes son y el papel que juegan en todo este asunto del terrorismo islámico. En los últimos quinientos años no han hecho absolutamente nada por la humanidad.

El embajador de España en Nueva Delhi le recordaba a Julián a un personaje de una novela de espías.

Un empleado entró, interrumpiendo la conversación, y les sirvió café con galletas danesas de surtido variado. Una vez que se hubo marchado, Julián se aventuró a preguntar:

—Y qué me dice de la India. ¿Cuál es la opinión que le merece?

—La India vive día a día, corriendo a toda prisa como en un esprint por adelantar a China para ponerse al ritmo económico mundial. Pero es un país donde ocurren este tipo de desgracias, como nos ha pasado con esta joven española, más propias de países pobres y que viven bajo un régimen de dictaduras.

»En la India la gente puede desaparecer o incluso morir, porque, de hecho, muchísima prácticamente no existe, no están censados ni tienen un documento de identidad. ¿Cómo investigar a alguien del que nada o poco se sabe? Por este motivo, la mayoría de la población india tiene la desgracia o la suerte, según se mire, de no pertenecer al engranaje de la burocracia, con la desventaja de vivir siendo un desconocido o vivir para siempre en el anonimato si este es su deseo.

—Veo que conoce la idiosincrasia de la India muy bien —dijo Julián con la intención de

instigar al funcionario a que siguiese diseccionando sus opiniones personales.

—¿Quiere que le diga la verdad? —preguntó el embajador—. Este es un país de leyendas y mitologías. La verdad, como la justicia, es casi imposible de obtener. Los propios indios son racistas entre ellos. Se odian entre razas, castas y por la religión que uno procesa. La vida y la muerte no tienen aquí el mismo valor que en Europa.

—Si Eduardo Muñoz se negase a cooperar sobre el secuestro y tuviéramos que recurrir a las autoridades indias, basado en su experiencia en esta embajada, ¿qué confianza tiene usted en ellos?

—Si la chica aún sigue con vida es porque hemos seguido las indicaciones de los secuestradores. Me dijeron categóricamente que no nos pusiéramos en contacto con la policía india. Hasta el momento, la familia ha seguido nuestro consejo y no han hecho público el suceso. Si los indios mediaran, yo no confiaría mucho en que consiguieran un desenlace satisfactorio. Las autoridades de la India tienen la arrogancia que demasiado a menudo caracteriza a los políticos. Son capaces de arrojar al fango si es necesario al hombre de la calle que trabaja denodadamente por mantener a su familia y seguir con vida.

»La policía india se limitará a buscar a Mónica durante unos cuantos días, ya sabe... para tranquilizar la conciencia de los políticos presionados por nuestro gobierno. Luego, argumentarían cualquier motivo para justificar que ya hicieron todo lo debido, y volver a sus quehaceres diarios con la satisfacción del deber cumplido —aseguró el embajador, acercando de nuevo la taza de café a sus labios. Julián supo que disfrutaba explayándose sobre sus conocimientos de la India, como si ya estuviese cansado del país y la desidia burocrática le estuviese diezmado su aburrida estancia en la embajada—. Si en España la gente no se entera de lo que verdaderamente sucede en la India es porque no quieren.

»Cada día hay un hecho trágico. Este es un lugar con historia, de grandes hazañas, conquistas y grandes personajes históricos. También es un lugar con grandes energías, espirituales, si quieres, pero cada día los periódicos o la televisión hablan sobre una desgracia. Tantos muertos por una ola de calor, tantos de frío, cientos de muertos por unas lluvias torrenciales, un puente colapsado, un tren descarrilado, un avión siniestrado... ¿Y qué hacen los indios? Pues como no les concierne a su vida diaria y son insensibles al dolor ajeno por naturaleza, pasan la página o cambian el canal. Aquí, cada cual a lo suyo. Lo que verdaderamente le preocupa al ciudadano de a pie es cómo llegar a final de mes, aunque sea fraudulentamente, a base de timos y engaños, cuándo tal estrella de Bollywood estrenará su nueva película, si una celebridad está en relaciones con otra y cuándo hay un partido de críquet entre India y Pakistán.

Al salir del edificio fue hacia el coche y de nuevo creyó que el sol le chamuscaba.

El conductor estaba sentado en el asiento trasero, con las dos puertas abiertas para que corriera la brisa. El interior estaba ardiendo. El indio se disculpó poniendo a máxima potencia el aire acondicionado. «Este calor abrasará mis pulmones», se dijo Julián a sí mismo.

—¿Siempre hace tanto calor en Nueva Delhi? —preguntó una vez que salieron de la embajada y se adentraron en la carretera.

—No siempre. En invierno hace mucho frío. Pero ahora estamos en verano. Ha llegado a hacer más calor. Para la semana que viene está previsto que haga una media de unos cuarenta y siete grados y puede que llegue a cincuenta.

Julián resopló.

Mientras el conductor hacía sonar el claxon de forma insistente para hacerse paso entre el

tráfico, la impresión que le producía la India era de un país absolutamente heterogéneo.

Existía una India exótica de las agencias de viajes, con sus bellas fotografías del Taj Mahal en Agra, hoteles lujosos en Jaipur, excursiones con elefantes y recorridos en barcas en la verde Kerala llena de palmeras; otra India de pobreza e injusticia, como le había comentado el embajador; otra en la que predominaban las violaciones a mujeres y ataques de ácido; otra que exportaba la meditación y el yoga; otra para los mochileros, y había otras tantas y tantas...

Asgar Khan pidió siete millones de euros por la liberación de la joven española. Al día siguiente bajó a cinco e hizo saber al embajador que no volviese a regatear con él o lo lamentaría.

Utilizaba uno de muchos teléfonos con tarjeta de prepago que tenía en su poder. Se propuso mantener un máximo de cinco conversaciones, de lo contrario sabía que podrían identificar desde dónde se efectuaban las llamadas.

Cada teléfono que usaba lo desmontaba y tiraba por el retrete la tarjeta SIM. Llamaba desde Bombay al teléfono móvil de emergencia de la embajada de España en Nueva Delhi. Ese número se les daba a los residentes españoles en el país para cualquier eventualidad o problema. Además, estaba mencionado en la página web para que los viajeros de nacionalidad española lo utilizaran en caso de emergencia que requiriese la asistencia o mediación de la embajada.

Puso la condición de que, si diesen a conocer públicamente el secuestro a los medios de comunicación y a las autoridades indias, comenzarían a cortarles los dedos de las manos a la joven por cada día que transcurriese hasta el pago total del rescate.

Desde la primera llamada efectuada a la embajada, Eduardo Muñoz había aconsejado al embajador que sugiriese a la familia que pagasen el rescate sin demora. En cambio, el embajador aludía a la calma, a la tranquilidad, al sosiego: «Hagamos las cosas bien hechas y despacio». Desde España el portavoz de la familia pidió dos días, máximo tres, para reunir la cantidad de euros exigida.

La secretaria del cónsul le consiguió un asiento en el vuelo de SpiceJet que salía una hora antes que el de JetAirways mencionado por el embajador. Más tarde ella confesaría que, a la hora de marcharse, Eduardo Muñoz presentaba el aspecto de una persona que intuye que el mundo en el que vive está a punto de cambiar, pero no necesariamente a mejor.

Tras casi dos horas de vuelo aterrizó en el Aeropuerto Internacional Indira Gandhi. Como no había informado a la embajada de su llegada anticipada, no tenía un coche oficial esperándolo, así que contrató un taxi privado en el interior de la terminal.

Eduardo pidió al conductor que encendiese el aire acondicionado. Al enfilarse el vehículo hacia la salida, se fijó en que sobre el salpicadero había instalado un altar de plástico de figuras doradas, rosas y verdes dedicado a Lakshmi, la diosa de la riqueza, a Ganesha, el dios de la buena fortuna y prosperidad, a Jesucristo y a un Buda gordo que desentonaba con el resto.

El conductor le miró por el espejo retrovisor interior, y con la intención de agradar al pasajero extranjero, apretó al Buda, expeliendo de su boca un fuerte perfume a lavanda que llegó hasta los asientos de atrás.

Bajando la ventanilla, Eduardo soltó una palabrota y le indicó que no volviera a hacerlo. «¡Qué olor más horroroso! Apesta como todo en la India, joder», dijo en voz alta.

Durante el recorrido no dejaba de cavilar sobre cómo iría a manejar la reunión. «Lo que debo hacer es revertir el orden de las cosas cerrando definitivamente el capítulo de mi relación con Asgar y pasar página. Quién sabe si por su red de intermediarios involucrados se llega a saber de mí».

Aquel hombre se estaba poniendo muy peligroso. No se lo haría fácil cuando le comunicase

que *enough is enough*. Por supuesto, siempre surgen dificultades cuando uno se enriquece ilícitamente.

Sin embargo, una cosa era vender información confidencial sobre empresas y otra colaborar en un secuestro. «Pero este está justificado porque el padre es muy rico, y como tal, tendrá enemigos, porque habrá gente a la que habrá cabreado en asuntos de negocios o gente que saldría beneficiada con su muerte o un secuestro de un familiar suyo. Sentencia: el padre de la joven ha cometido una imprudencia al permitir que su hija viajase a la India sola con una pareja de veinteañeros inmaduros».

Se estiró en el asiento y cerró los ojos mientras continuaba dando rienda suelta a sus pensamientos.

Tras elaborar mentalmente una lista de todas las posibles opciones que podía tomar, decidió descartar la menos mala de todas: la que conllevaba el riesgo más bajo y con más posibilidades de éxito. Le diría al embajador que no existía ninguna otra opción sobre la mesa que no fuese pagar el rescate.

Le mencionaría una y otra vez que la seguridad física de la joven no se debía poner en peligro por querer rebajar uno o dos millones. «Al fin y al cabo, el padre de la chica es millonario y tiene un seguro privado que se hará cargo del pago».

El taxi estacionó junto a la acera en Prithviraj Road, frente al portal de la embajada. El guardia de seguridad abrió la mirilla y, al reconocer al cónsul, abrió sin demora la puerta pequeña de visitantes. Tras dar al conductor uno de los dos recibos por el pago que había efectuado en la terminal, salió del vehículo y cerró la puerta.

Iba a caminar hacia la entrada cuando vio a Saabir sentado en un coche al otro lado de la calle. Sintió como si una gota fría de sudor le recorriese la espalda. Una sombra de terror le invadió el rostro. «¿Por qué razón Asgar le ha mandado hasta aquí, para seguirme?», se preguntó.

Eduardo fue a cruzar la avenida y cuestionarle su presencia, cuando el indio, aferrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos como los huesos, pisó el acelerador y el coche arrancó como una exhalación.

Eduardo lo miró estupefacto. «¿Qué pretende? ¿Se ha vuelto loco?».

—*Allahu akbar!*—gritó.

El coche embistió a Eduardo, que cayó de espaldas mientras agitaba los brazos y era aplastado por todo el peso de la carrocería.

—*Allahu akbar!*—gritó de nuevo, estrellándose con violencia contra la puerta de la embajada al tiempo que oprimía el botón.

El vino blanco estaba en su punto y las brochetas estaban excelentes. Era un ambiente agradable, exquisito. Julián Fernández se había duchado y cambiado de ropa y había bajado al bar del hotel, de estilo colonial británico. Había cuadros antiguos de maharajás y fotografías en blanco y negro de safaris en elefante y de la caza de tigre.

Dos ingleses sentados en altos taburetes frente a la barra hablaban distendidamente y en voz muy alta. Intentaron arrastrar a Julián en la conversación que mantenían sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea, pero él optó por ignorarlos, porque reconoció en sus gestos y palabras que iban a querer buscar una audiencia que les sirviera como excusa para seguir bebiendo y hablar más y más.

Miró el reloj, tenía una hora por delante hasta que el chófer de la embajada fuese a buscarle. Tan pronto terminase su aperitivo, miraría su correo y llamaría al Cervantes para conocer

novedades.

De pronto se pudo oír en el interior del bar una fuerte detonación.

Julián conocía muy bien ese sonido, había sido una explosión. Salió corriendo al pórtico.

Una humareda sobresalía entre los árboles que cubrían la entrada del hotel. Recibió una llamada en el móvil. Goyo Lebrede le confirmó que se había producido un atentado en la embajada y que en ese mismo momento estaban visionando el edificio vía satélite. Tenía que salir del país cuanto antes para evitar la posibilidad de que la investigación de las autoridades indias cuestionara su anterior presencia en la embajada.

Vivía en un apartamento de lujo situado en Marine Drive, una zona de Bombay conocida como «el collar de la reina» porque, si ve por la noche desde un punto elevado en cualquier lugar a lo largo de la carreta, que tiene forma de C, las luces de la calle se parecen a un collar de perlas.

Asgar Khan se sirvió un plato de lentejas y arroz y se sentó en el sofá frente al televisor. Estaba entusiasmado con la acción de Saabir. En toda la India no había otra cosa de la que hablaban los medios de comunicación y por las redes sociales.

Al día siguiente tenía pensado mandar un ultimátum amenazador al embajador español para que la familia española hiciese la transferencia del rescate.

Mediante un conocido de la última célula de Omar Abdulla, había abierto una nueva cuenta bancaria en Jordania. El dinero obtenido por el secuestro sería invertido en la creación de nuevas células terroristas.

«Últimas noticias —decía un canal de noticias nacional—. El atentado perpetrado contra la embajada de España en Nueva Delhi, ha sido reivindicado por el Estado Islámico... ».

De repente sintió la presencia de un hombre en la estancia, fue ya demasiado tarde.

Asgar se agachó para coger la pistola que tenía oculta bajo el sofá. Pero no estaba. Se levantó de un salto para hacer frente al intruso, pero al ver quién era, se quedó paralizado. Incrédulo.

Arjun salió de la sombra desde donde había estado oculto y marcó una tecla en su móvil. Alguien abrió la puerta principal y cuatro personas entraron en el apartamento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Asgar, con voz nerviosa y entrecortada, sabedor del pasado criminal de aquel hombre y la fama que llevaba a sus espaldas de brutal asesino.

—Te has interpuesto en los intereses de Hassena *madame*.

—Arjun, ella y yo somos musulmanes —dijo alterando bruscamente su tono de voz—. No puede hacerme esto.

—La diferencia entre tú y ella es que ella es una musulmana buena y tú eres un musulmán malo.

Asgar miró alrededor. No tenía escape.

—¿Qué quieres? —Preguntó recuperando su tono amable.

—Quiero que me digas dónde tienes secuestrada a la chica extranjera.

—¿Qué tiene que ver eso con Hassena *madame*? Nunca me he interferido en sus negocios.

—Eso es muy discutible —dijo Arjun sonriendo muy afablemente—. Para empezar, la opinión que tiene ella sobre el islam es muy diferente a la tuya, que quieres imponer con muerte y destrucción.

Estaba seguro que iba a morir en el transcurso de los próximos minutos. Sabía que su vida había llegado a su fin, que no tenía ninguna oportunidad para reconciliarse con la jefa del crimen organizado.

—¿Qué me prometes a cambio?

Arjun dejó sobre un cojín la pistola que había encontrado bajo el sofá, envuelta en un trozo de tela.

Tras unos segundos en silencio, Asgar dijo:

—Está en la suite 455 del hotel JW Marriott, en Juhu Tara Road.

Arjun se mantuvo quieto, de pie, observándole con su mirada penetrante. Asgar sabía a qué esperaba: cogió lentamente la pistola, murmuró unas oraciones.

—*Allahu akbar!* —gritó.

Se puso el arma en la parte superior de la cabeza, y disparó.

La sangre salpicó la pared, buena parte de fragmentos del cráneo y de los sesos se desparramaron por el suelo. Su cuerpo cayó segundos más tarde e impactó contra el suelo con un golpe seco. Su pierna derecha se movía espasmódicamente hasta que, acto seguido, se quedó inmóvil.

Hassena, en el despacho de su residencia, colgó la llamada de Arjun y le dijo a David Ribas:

—Se encuentra en el JW Marriott, habitación 455.

David se apresuró a salir.

—Un momento —le espetó ella, levantándose del asiento y sacando del cajón del escritorio un bulto envuelto en papel de periódico—. Lleva contigo esta pistola. Está limpia. Ningún investigador podrá rastrearla. —El español analizó la Glock, la cargó y se la guardó en el cinto cubriéndola con la camiseta—. Ahora date prisa, porque si tienen la mínima sospecha de que Asgar Khan se encuentra desaparecido, antes de huir la matarán.

Julián llamó desde el aeropuerto a David, que conducía a toda velocidad su Bullet 500. Se puso el auricular en el oído y con el sistema de manos libres contestó a la llamada.

Le comentó lo sucedido en la embajada.

La fachada interior había sido dañada, así como el muro exterior, que era ya solo un amasijo de hierros y cemento. Todo el personal español había salido ileso, excepto el cónsul Eduardo Muñoz.

Además del propio terrorista, habían fallecido dos guardias de seguridad y cuatro ciudadanos indios que se encontraban haciendo cola para solicitar el visado Schengen. El policía nacional había sido herido en un brazo y dos empleadas españolas habían sufrido ataques de ansiedad.

El gobierno español había forzado al embajador a informar a las autoridades indias sobre el secuestro. Ya no habría mediación.

—Ahora más que nunca la seguridad de Mónica está en peligro.

—Sé dónde se encuentra —dijo David.

—¿Dónde estás? —le preguntó Julián.

David esquivó un ciclista y zigzagueó entre una fila de vehículos a gran velocidad.

—De camino.

—Dados los actuales acontecimientos, el abogado de la familia va a dar una conferencia de prensa, y si lo hace, echará por tierra definitivamente el tiempo que queríamos ganar con la posible negociación de un rescate para poder encontrarla viva.

—Conseguiré liberarla.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No. Te mantendré informado.

—Ándate con mucho cuidado. Eduardo Muñoz estaba en contacto con las personas que mandaron asesinar a Berlín. La noticia de su muerte habrá incrementado aún más el deseo de verte muerto.

David cortó la llamada.

Julián llamó a Goyo Lebrede y le ordenó que averiguasen la localización de David y visualizasen su actividad en la sala de operaciones.

Goyo informó a Varun y a Laura. Tras teclear en sus respectivas consolas, consiguieron visualizar en la pantalla gigante a David conduciendo a gran velocidad por las calles de Bombay.

—Si nosotros hemos podido acceder a él porque lleva encima un Samsung Galaxy, los malos también pueden —dijo Varun.

—Su conversación ha podido ser interceptada por un satélite espía flotando a miles de kilómetros por encima de su cabeza, así como su ubicación —se aventuró a decir Laura.

—Pero ¿por qué utiliza un *smartphone*? —preguntó Goyo.

—Estoy segura de que es el último móvil que ha estado utilizando para permanecer en contacto con Julián durante su estancia en la India. Cuando estábamos en Bombay, vi que usaba un simple Nokia.

—Los aparatos electrónicos son muy fáciles de rastrear y hay muchas formas de hacerlo... —comentó Varun.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó de nuevo Goyo.

—Ahora nada, pero conociendo el peligro que corre, en un futuro tendremos que ponernos en contacto con él mediante un mensaje escrito, que puede ser destruido con una simple cerilla. Es la mejor defensa contra los piratas informáticos que pueden acechar a David Ribas, infiltrarse en las redes más sofisticadas e incluso hacerse con archivos ya borrados.

—Tiene razón —asintió Laura—. En los tiempos que corren, para contactar a David no conviene confiar en la tecnología.

—Esperemos que no den con él antes de que encuentre a Mónica.

Los tres se quedaron observando la pantalla.

David aparcó la moto en las inmediaciones del hotel JW Marriott. Se guardó el auricular en un bolsillo y se dirigió corriendo al pórtico de la entrada.

Antes de llegar, para no ser captada su presencia por las cámaras de circuito cerrado, se quedó quieto e hizo un gesto con la cabeza desde la distancia al gigante portero sij de facciones inexpresivas, ataviado en un immaculado traje granate con turbante azul oscuro sobre la cabeza.

Ambos se reunieron en el lado izquierdo del edificio, junto a la entrada del personal del servicio.

—Tienes exactamente diez minutos —le dijo el portero dándole una llave electrónica—. Después, las cámaras se reactivarán.

—Estaré antes fuera, no te preocupes.

—He mandado al servicio de seguridad a tomar un descanso y he desconectado desde la central sus *walkie talkies*, en caso de que desde recepción alguien les comunique ruidos de disparos. Volverán a sus puestos en quince minutos. Les he dado cinco minutos más porque si no te tendrás que enfrentar a ellos.

En ese instante el coche Ambassador blanco de Hassena se estacionó junto al edificio. Desde el interior, el conductor hizo un gesto a David con el pulgar alzado, indicándole que estaba listo en su puesto. El español le devolvió el saludo.

—Sígueme y te indicaré el camino —le dijo el fornido sij.

En el Cervantes, Varun intentó acceder a las cámaras internas del hotel, pero confirmó que habían sido apagadas.

—Puedo encenderlas, pero eso significaría poner en peligro a David, ya que alguien las ha pagado intencionadamente.

—Habrás sido el hombre del turbante, quien le está asistiendo —dijo Laura.

Todos contemplaron a David, verdozo y envuelto en una refulgente aureola de calor corporal.

—En la habitación 455 he detectado personas armadas —anunció Varun, señalando su monitor. A través de su complejo sistema tecnológico podía detectar dentro de edificios armas que anteriormente habían sido disparadas en al menos una ocasión—. Uno en el pasillo, dos, tres... dentro de la habitación. Todos ellos armados. Hay otro que no lo está. También en un piso superior hay una persona armada. Está en una zona de fumadores, caminando de un lado a otro, nervioso. Es muy probable que esté hablando por teléfono.

Laura y Goyo se situaron detrás de él y observaron las siluetas termográficas.

—Estará intentado localizar a Asgar Khan —dijo ella.

—Aquí hay otra persona —dijo Goyo indicando con el índice un punto alejado de los demás en la pantalla.

—Esa persona tampoco está armada —dijo Varun observando con el ceño fruncido la figura confinada en una habitación más pequeña.

—Debe de ser Mónica —dijo Laura.

—Parece que está encerrada en un cuarto de baño —aseveró Varun.

—David se está metiendo en la boca del lobo —murmuró Goyo.

—Lo conseguirá —añadió Laura.

David caminó tras el portero. Cruzaron un pasillo estrecho, pasaron por la lavandería.

El sij movía el dedo al aire como señal, indicando a los empleados del departamento del servicio de habitaciones que tendrían que estar callados e ignorar la presencia del extraño que caminaba tras él.

La sola presencia del sij, caminando marcialmente, era suficiente como para saber que los empleados debían guardar absoluto silencio respecto a sus actividades, so pena de perder el puesto de trabajo.

Tras cruzar un largo pasillo, se paró y le dijo, señalándole un ascensor utilizado únicamente por el personal de limpieza:

—Te llevará a la cuarta planta.

David le correspondió con un leve movimiento de cabeza y el sij se marchó para ocupar de nuevo su puesto en el pórtico.

Entró en el ascensor, esperó a que se cerrase la puerta y pulsó el botón número cuatro.

«Tu vida no está exenta de preocupaciones. Tu vida, en el mejor de los casos, es muy complicada y difícil de sostener. Pero en el peor, es una pesadilla», recordó que le dijo un día Gurú en el Ahkara.

«Sí, mi vida es una maldita pesadilla y quien intente alterarla es hombre muerto», se dijo a sí

mismo apretando los dientes.

Sacó su pistola, que tenía guardada en la espalda, dispuesto a todo.

Llegó a la cuarta planta. La puerta se abrió.

Salió del ascensor y se dirigió apresuradamente a la habitación 455.

Había un hombre con los brazos cruzados adormilado sentado en una silla. Cuando presintió que el visitante no se dirigía a ninguna habitación contigua, sino que iba encaminado hacia él, se levantó de un salto. Pero fue ya demasiado tarde. David detuvo su mano que sujetaba una pistola al mismo tiempo que lanzaba un puño contra su cuello. El cartílago cedió y el hombre se vino abajo jadeando por falta de oxígeno.

Sin esperar un instante, introdujo la tarjeta maestra que le había proporcionado el portero sij, y tras un chasquido, entró en un salón cubierto con una moqueta gruesa.

La suite estaba alumbrada por una luz tenue, la que provenía del exterior a través de los grandes ventanales de la parte izquierda de la habitación.

Cruzó el vestíbulo y entró en el dormitorio. Era una suite muy grande. Se quedó alerta ante cualquier movimiento.

Una enorme sombra se le vino encima. David levantó el arma y efectuó tres disparos que perforaron el pecho al atacante, cayendo instantáneamente al suelo.

A poca distancia vio otra sombra. Inmediatamente, el español rodó por el suelo hacia un lado, y poniéndose en posición de tiro con la rodilla izquierda en el suelo, disparó y le incrustó la bala en el rostro. El hombre se derrumbó sobre la moqueta.

Otro hombre apareció desde un lateral y asestó a David un golpe en la sien con el canto de la mano. El español cayó al suelo. El desconocido le siguió golpeando con los puños. Era como si su voluntad de querer destruirle no tuviera fin. David le hizo una llave de piernas, desplazándole hacia atrás, momento que aprovechó para incorporarse y darle una patada en el rostro; se puso detrás de él con rapidez y le agarró del cuello. Durante un momento la fuerza de su adversario adquirió tales proporciones que pareció que iba a soltarse. Le torció el cuello al tiempo que el hombre lanzaba un grito ahogado.

Jadeando, se agachó y recogió la pistola. Miró alrededor, pensando en dónde podría estar la joven. El último hombre había salido de la sombra que proyectaba el pasillo de la izquierda. Decidió ir allí.

En el pórtico de entrada el gigante sij observaba nerviosamente su reloj. Echó un vistazo a la pantalla del monitor situado dentro del atril de madera, junto a las escaleras de acceso al *lobby* del hotel: el grupo de seguridad fumaba, bebía té y conversaban de forma distendida entre ellos en el área trasera al edificio.

Llegó hasta una puerta. Vio una luz parpadeante desde la rendija inferior. La abrió con sumo cuidado. Era el baño iluminado por una vela.

—Suelta la pistola o la mato —dijo muy nervioso un hombre con pronunciada barba, con un *kufi* blanco musulmán sobre la cabeza y vestido con un holgado *kurta* blanco hasta las rodillas. Tenía la cara bañada en sudor. Sostenía un cuchillo bajo el cuello de la joven española, que presentaba un rostro más blanco que el papel.

David supo del miedo que había dominado por completo al hombre, así que quiso utilizarlo en su beneficio, desconcertándolo.

—Soy amigo de Asgar Khan —dijo—. He venido a ayudar. He matado aquí fuera a un policía.

David se giró hacia el exterior, levantó el brazo izquierdo como si estuviese señalando a algún punto fuera del pasillo, mientras mantenía pegado a su cuerpo el brazo derecho, con el que sujetaba el arma.

Un día su hermano Miguel le dijo: «Los policías que salen en el cine y en la televisión entrando por las puertas y enfrentándose a los malos, llevan la pistola rígida entre las dos manos, como si sujetasen un palo frente a sí mismos para golpearlo contra una piñata».

David recordaba que a su hermano le parecía estúpido sostener el arma de aquella forma cuando el momento requiriese lo contrario. Aquel momento al que se refería era en el que se encontraba ahora.

El hombre hizo ademán de relajar el brazo, dejando de presionar el cuchillo sobre la piel de la joven. David lo percibió, levantó rápidamente el brazo derecho y efectuó un disparo.

«¿Ves, David? No hay que ser una lumbrera. Solo hay que acercarse, apuntar y disparar. Eso sí, solo con la práctica podrás perfeccionar tu puntería».

Le metió una bala en el cráneo y se desplomó de golpe sobre el suelo de mármol.

La joven se tapó la cara con las manos, sollozando de forma histérica.

—Está bien, Mónica. Es hora de irse —dijo David en castellano.

Al oír hablar en su propio idioma, se reanimó y se puso de pie de un salto.

—¿Eres español?

—¡Vámonos! —le dijo cogiéndola de la mano y sacándola del baño.

El móvil de David vibró dentro de su bolsillo. Lo miró rápidamente. «Falta uno. Armado. Ascensor», le escribía Laura desde el Cervantes.

Salieron de la habitación, cruzaron el pasillo con cautela y caminaron hacia el ascensor.

La puerta se abrió y apareció un hombre con una pistola en la mano. Tenía igual aspecto que los anteriores; barba poblada, un *kufi* blanco sobre su cabeza y un *kurta* hasta las rodillas. Les apuntó con la pistola, pero le faltaron reflejos. David le golpeó con el cañón de su arma en la cara y se oyó el crujido de un hueso al fracturarse. Sin embargo, hizo amago de disparar, pero David le dio un golpe en la sien.

Aunque este último golpe era casi con absoluta seguridad letal, David no quiso dejar nada al azar. Empujó a Mónica a un rincón y descerrajó al hombre un tiro en el cráneo. Le cogió de los tobillos y lo arrastró fuera del ascensor, dejando un reguero de sangre en el suelo.

El portero sij, tras dar la bienvenida ceremoniosamente a un recién llegado, cerró la puerta trasera de un Mercedes. El huésped puso discretamente en su mano un billete doblado y se encaminó hacia el interior del hotel.

El sij dio unas zancadas hacia su atril y observó a los de seguridad a través de la pantalla del pequeño monitor: vio cómo un empleado llegaba corriendo y con aspavientos les informaba de algún suceso; tiraron al suelo los vasos de té y se marcharon corriendo, desapareciendo del encuadre.

El sij no se lo pensó dos veces: cogió su *walkie talkie* y dio una orden.

Los empleados de seguridad corrían por un pasillo cuando de repente un carro que transportaba enormes bolsas blancas para la lavandería les bloqueó el paso.

Accionó el botón y comenzaron a descender. David observó a la joven, que no le soltaba el brazo. Era evidente, por su estado, que había sufrido un ataque de pánico por el suceso traumático del secuestro. David conocía muy bien aquel estado psicológico: la severa reacción emocional a un trauma. Lo había experimentado tras la muerte de su mujer y no consentiría que ahora se le

fuese la vida de aquella joven.

—Todo ha acabado, Mónica —dijo.

—¿Quién eres? —preguntó con ansiedad.

—Un amigo.

El ascensor llegó a la planta baja, la puerta se abrió y caminaron con prisas hacia la salida, por el mismo camino que anteriormente había tomado él.

Salieron al exterior.

—Ahora te irás con este amigo mío al hospital —dijo David señalando al chófer de Hassena, que se apresuraba a abrir la puerta trasera.

La joven le miró con preocupación.

—Todo irá bien. Necesitas que te cuiden, recuperarte y descansar. Pronto llegarán los de la embajada y te atenderán.

Ella entró y él cerró la puerta.

David apoyó su mano abierta junto al cristal. Al otro lado, la joven hizo lo mismo, apretó la mano en el cristal junto a la suya y dijo algo que él no pudo oír.

El coche arrancó apresuradamente.

Desde el interior del hotel se escuchaba un intermitente pitido desagradable. Temerosos de que estuviese sucediendo un asalto por terroristas, el sistema de alarma del hotel había sido accionado por los empleados de seguridad. La intensidad del sonido iba en aumento.

David se quedó de pie viendo cómo el vehículo enfilaba cuesta abajo y se perdía en el tráfico de Bombay.

Desmontó la pistola y la tiró a un enorme contenedor de basura del hotel. Sacó su teléfono móvil y mandó un mensaje a Laura: «Está sana y a salvo. Va de camino al hospital Fortis Hiranandani».

Inmediatamente ella le respondió: «Deshazte del móvil. Urgente».

Apagó el teléfono, quitó la tarjeta SIM y tiró las piezas por separado en dos contenedores.

En el Cervantes aplaudieron de alegría y siguieron el recorrido del vehículo por las calles de Bombay.

Goyo se apresuró a mandar un mensaje a Julián y acto seguido a informar al embajador en Nueva Delhi.

Desde otra pantalla más pequeña, Laura siguió unos minutos más observando a David, que se acercó a un puesto callejero de té y se sentó a beberlo despacio sobre un taburete de plástico mientras miraba impassible el transcurrir del tráfico.

Ella sonrió y apagó la pantalla.

David pagó al vendedor de té y se marchó.

Se dirigió hacia donde había dejado aparcada su moto.

Presintió que alguien le estaba siguiendo. Se paró en seco y se dio la vuelta.

A pocos metros, desde la acera de atrás, un desconocido le miraba fijamente; sostenía en un brazo un anorak gris. Era de tez rubicunda; musculado y muy alto. Tenía el pelo rapado: al estilo militar. No era indio, indudablemente extranjero: era un asesino a sueldo, de aquello no tenía la menor duda el español.

Intentó comprender el modo en que había dado con él y cayó en la cuenta de que la última conversación que mantuvo desde su teléfono móvil con Julián le había delatado.

Siguieron unos segundos de tensión en que los dos hombres, en lados opuestos de la calle, se escudriñaron el uno al otro.

El estruendoso tráfico circulaba entre ellos.

—¿Para quién trabajas? —gritó David.

El rostro del desconocido se ensombreció aún más. Algo maléfico pudo distinguir el español cuando le sonrió como respuesta.

Todo ocurrió en un momento. El asesino tiró el anorak poniendo a la vista un fusil de asalto AR-15, apuntó y disparó. David se refugió tras un vehículo aparcado en la acera.

Los peatones comenzaron a correr en todas las direcciones. El conductor de un autobús de dos plantas frenó en seco, produciendo un profundo y sonoro ruido de frenos, y todos los pasajeros salieron corriendo en desbandada.

El hombre siguió disparando mientras avanzaba, acercándose a David. La carrocería del vehículo bamboleaba por los impactos de bala.

David escuchó maldecir en voz alta al sicario, en un idioma que bien podría ser ruso. Supo que iría a quitar el cargador y sustituirlo por otro. Se levantó, y con rapidez bordeó el vehículo, situándose al lado de un *autorickshaw*, alargó la mano y de debajo del asiento abrió una caja de madera de herramientas, de donde sustrajo un destornillador; se inclinó y salió corriendo hacia el hombre.

El asesino volteó el fusil con la intención de hundirle la culata en la cabeza. Al hacerlo, David esquivó el movimiento y le clavó el destornillador en el costado, al tiempo que le agarraba del cuello, cayendo los dos al suelo, en medio de la carretera. El hombre soltó el fusil e intentó agarrar a David.

Enzarzados sobre la carretera, parecía una pelea de una sola persona con dos cuerpos. El sicario abrió los ojos como platos y gimió. Con un ágil movimiento, David extrajo el destornillador del cuerpo del individuo y se lo clavó en el cuello, perforándole la arteria carótida. Brotó un chorro de sangre.

David se deshizo de él empujándole hacia un lado y se levantó.

Sobre el suelo, la sangre describía un arco intermitente mientras el hombre le miraba con una enigmática sonrisa, gesto con el que le daba a entender el peligro que aún seguía corriendo, porque llegarían más para matarle.

David apretó los dientes con decisión, como si estuviera haciéndose un juramento, se dio media vuelta y con brusquedad se marchó con el paso decidido.

Había rabia en él, también dolor. Tenía tensos los músculos de los brazos, del pecho y de la espalda. Los puños los mantenía apretados.

Un relámpago rasgó el cielo y un trueno le siguió como un sonoro aplauso.

Las nubes bajas dejaron escapar las primeras gotas y acto seguido una lluvia pertinaz acribillaba Bombay, oscureciendo sus altos edificios financieros, salpicando las calles, corriendo en cascadas por callejuelas, tamborileando los techos de vehículos y marquesinas de los comercios.

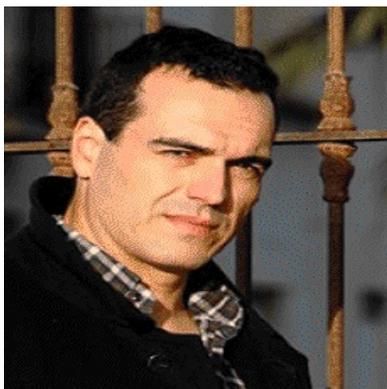
Un grupo de niños salió corriendo a la calle y empezaron a bailar entre risas y alegría.

El cielo pesado como el plomo parecía desmoronarse sin piedad sobre las inmensas barriadas de chabolas, convirtiendo la ciudad en algo despojado de color.

La lluvia arreció, pero una inquietud que no podía combatir obligó a David Ribas a seguir caminando.

La temporada del monzón había comenzado en Bombay.

SOBRE EL AUTOR



Braganza es autor de la novela histórica *Amrita: la apasionante historia de la Frida Kahlo de India* (Suma de Letras-México), *La princesa Noor* (Ediciones B-México); *thriller* ambientado en la Segunda Guerra Mundial con prólogo del célebre periodista y escritor César Vidal, y de las novelas *Nadia sin miedo*, *Ganga bruta*, *Niño*, *Tigre y Soldado*, y *Matar a Dawood*. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Durante muchos años ha vivido en la India. Actualmente prepara su siguiente novela.

<http://www.alfredodebraganza.com/>

Otras obras del autor

[MATAR A DAWOOD](#)
[NIÑO, TIGRE Y SOLDADO](#)
[AMRITA](#)
[GANGA BRUTA: EL IMPERIO DEL CRIMEN](#)
[NADIA SIN MIEDO](#)
[LA PRINCESA NOOR](#)
[EL OPERATIVO](#)